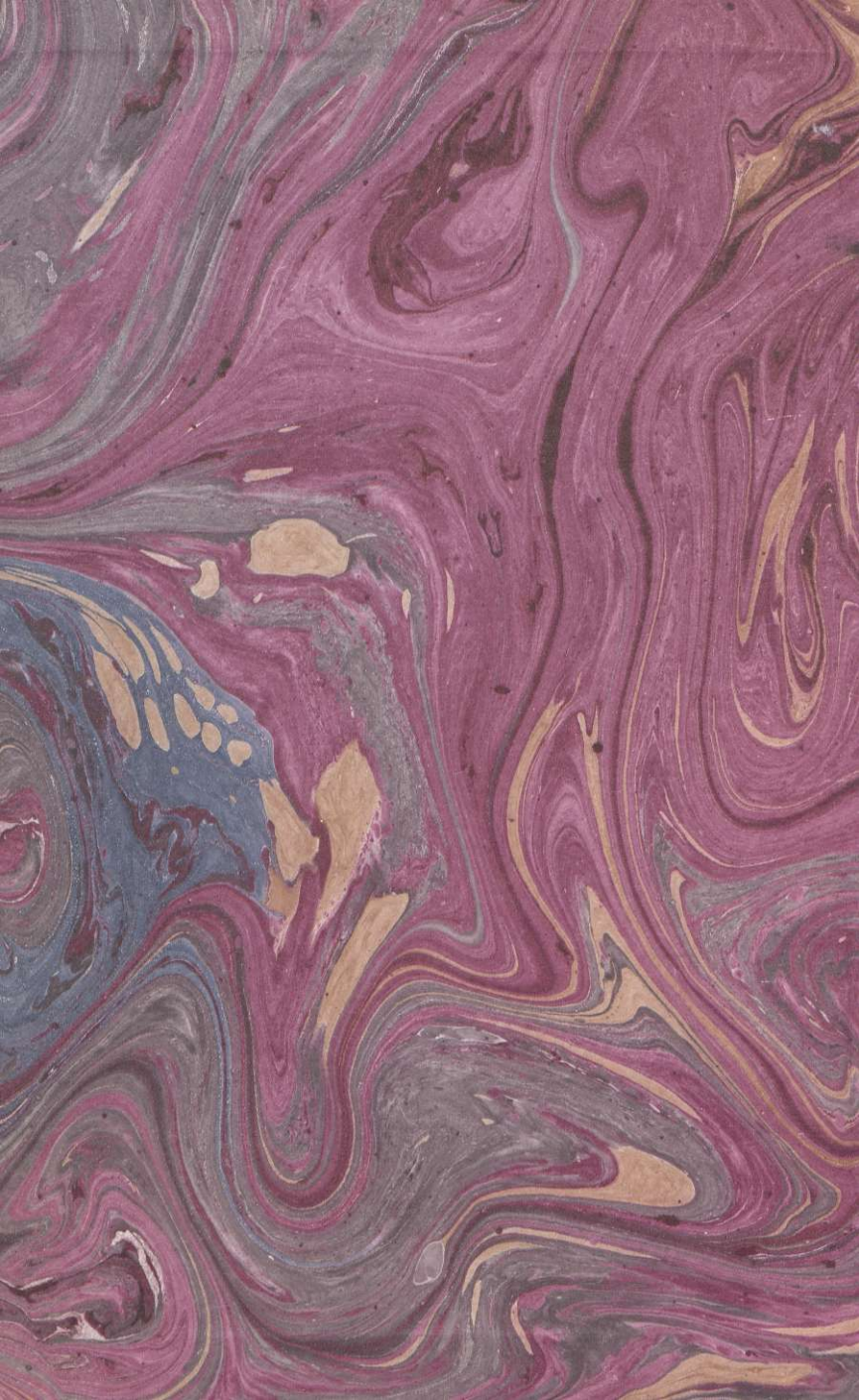

ANTONIO FLORES

TIPOS

Y

COSTUMBRES

ESPAÑOLAS

EDICION PUBLICADA BAJO LA PROTECCION

DE

S. M. EL REY DON ALFONSO XII

SEVILLA: 1877

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, EDITORES

Tetuan, 24

ANT
XIX
739

TIPOS Y COSTUMBRES ESPAÑOLAS

SEVILLA

Establecimiento tipográfico de **Francisco Alvarez y C.ª**
impresores de Cámara de S. M. y de SS. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes
Duques de Montpensier.

20 cms. R.43.503

ANTONIO FLORES

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA · Granada ·

TIPOS

Y

COSTUMBRES ESPAÑOLAS

SEVILLA: 1877

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, EDITORES

Tetuan, n.º 24

ES PROPIEDAD

PRÓLOGO

PRÓLOGO

Nada más difícil, y honroso al mismo tiempo, para el escritor que se propone retratar las costumbres de la sociedad en que vive, que el ver sus obras popularizadas. No se conquista el general aplauso en un género que exije tan especiales dotes de ingénio, espíritu observador y recto sentido, si no existe una verdad completa en los cuadros que copia de la vida social, ya la considere colectivamente, ya se refiera al indivíduo en sus relaciones con la misma, acertando á reproducirle fielmente con su propia fisonomía.

Sin duda ha alcanzado esta envidiable glória, con su chispeante agudeza y donoso y peculiar estilo, el malogrado escritor D. Antonio Flores. No necesitan, ciertamente, encomio alguno sus obras, cuya lectura tan grato solaz proporciona, y que, agotadas sus ediciones, en vano son buscadas por aquellos que anhelan saborear sus bellezas, y recrearse en los animados cuadros que ofrecen de nuestras costumbres populares. Los que forman el presente tomo, publicados

años hace en diversas revistas y periódicos literarios, merecen hallarse reunidos, porque guardan entre sí una perfecta analogía.

Necesario era, pues, que coleccionadas todas las obras literarias de Flores, se diesen de nuevo á la prensa; y así llega á verificarse bajo los auspicios y alta proteccion de S. M. el Rey Don Alfonso XII y de su augusta hermana la Serma. Sra. Princesa de Astúrias que, demostrando su amor á las letras pátrias, conservan en su memoria los honrosos servicios que, como funcionario de Palacio, prestó largo tiempo tan distinguido escritor.

Las festivas escenas trazadas por el mismo, rebosan ese natural y espontáneo gracejo que complace y cautiva, y llama la risa á los lábios. Su estilo fácil seduce por su ligereza; sus tipos, hábilmente fotografiados, no sólo entretienen, sino enseñan, porque al describir las debilidades y flaquezas inherentes á la condicion humana, ofrece el ridículo que conviene evitar y que tan encontrado se halla con la sensatez y el buen juicio.

Tal vez la crítica severa juzgue que en algunos escritos de Flores hay poco asunto para la extension que les consagra; pero en esto mismo, así como en la repeticion que hace á veces de las descripciones de costumbres y personajes de que yá ha tratado, hallamos sin duda motivo de alabanza. Merécela, ciertamente, quien posee el dón difícil de excitar siempre el interés y de conseguir que entretengan otra vez al lector, gustoso y complacido, aquellas escenas y figuras que, aunque con distinto aspecto, le hubo yá presentado con su constante donaire. Esto, que para nosotros no es objeto de censura, se ve confirmado en los vários artículos que se incluyen en el presente volúmen.

Los escritos del autor de *Ayer, hoy y mañana* siempre han de hallar lectores, porque pertenecen á ese género que se adapta á todos los gustos. Ya cultive la novela, produccion literaria que excita la más general aficion, ofreciendo al público aquella que lleva por título el nombre de las virtudes teologales, *Fé, Esperanza y Caridad;* ya con sus felicísimas facultades, talento observador y agudeza, trace la fiel pintura de las costumbres y de determinados tipos, como en su notable estudio que denomina *Doce españoles de brocha gorda*, y aquellos humorísticos cuadros vivos matrimoniales que forman la *Historia del matrimonio;* ya para contribuir con su ingénio á la notable coleccion de *Los Españoles pintados por sí mismos*, copie con pincel maestro las figuras del *Barbero*, *La Cigarrera*, *El Hortera*, *El Boticario* y áun con mayor fortuna *La Santurrona;* ya describa *Una semana en Madrid*, para despues, ampliando más el asunto, ofrecernos lo que es un año en la capital de España; siempre es el escritor que obliga á ser admirado en la lectura de sus obras, por la mágia de su estilo ligero y chistoso. Rara vez lo abandona quien asegura que no entra en su costumbre escribir sério y formal. En raras ocasiones, en efecto, falta á ella en sus producciones. Nótase esto mismo en la série de artículos descriptivos que titula *Un viaje á las Provincias Vascongadas, asomando las narices á Francia.* Sus episódicos lances rebosan siempre esa gracia espontánea que dá un carácter tan especial á sus obras.

Aquellas escenas que trazó á la ligera en sus revistas de los dias de la semana y los meses del año, son luégo bajo su pluma, estudios más detenidos; tales como los que ofrecen las populares fiestas las *Vueltas de San Anton*, la romería de San Isidro, el Carnaval, la Semana Santa considerada bajo el aspecto profano con que es mirada

por algunos, las verbenas, las corridas de toros, la que no es alegre esparcimiento, ni para todos el acto de tributar un piadoso recuerdo á los que no existen, la visita á los cementerios, las gratas y generales espansiones de la Navidad, y otras várias solemnidades que van sucediéndose periódicamente.

España, refiriéndonos sólo á la época moderna, cuenta con escritores dotados de gran agudeza, ingénio y profunda observacion de nuestras costumbres, que han fijado el modo de ser de la sociedad que alcanzaron, bien copiando con fidelidad escrupulosa esos tipos de personajes populares y españoles á carta cabal, simpáticos para los que prefieren la naturalidad propia á la imitacion de agenos usos; bien aquellos que por sus ridiculeces, sus debilidades, sus vicios ó pretensiones, demuestran de cuánto es susceptible la flaqueza humana. Los que así se han consagrado á este género literario, han prestado un gran servicio á cuantos estiman conocer las vicisitudes que los tiempos, las influencias extrañas y otras causas diversas ejercen en las variaciones que constantemente se advierten en el aspecto de la vida social. ¿Quién no reconoce el que á la história de nuestros usos de una época dada, debemos al popular sainetista don Ramon de la Cruz? ¿Quién no aprecia el mérito superior del buen hablista y excelente narrador de nuestras costumbres, que, bajo el pseudónimo del *Curioso Parlante* oculta al distinguido académico Don Ramon de Mesonero Romanos, autor de las *Escenas matritenses*, obra de índole análoga á las que produjo la pluma de Flores? Traza el primero de aquéllos la sociedad en que vivia al terminar el siglo XVIII, y principalmente, con admirable verdad, los hábitos, caractéres y tipos del pueblo de su tiempo; observa, siendo siempre oportuno, epigramático y chistoso, los acontecimientos de

la vida privada y pública de esta clase, penetrando en sus viviendas, siguiéndola á los lugares que busca para su recreo y asistiendo á sus tradicionales fiestas. La casa de vecindad, el teatro casero, las romerías, las verbenas, el antiguo Prado, la plaza de toros, y otros vários parajes donde coloca las figuras que con sus lances y diálogos llenos de donaire ofrece con un carácter tan peculiar, son el escenario en que desenvuelve sus pequeñas fábulas. Estos personajes tienen, juzgado cada uno aisladamente, un sello de verdad y exactitud que revelan el talento perspicaz del satírico sainetista. El majo valiente, la garbosa y discreta maja, la petrimetra ridícula, el linajudo hidalgo de casaca y espadin, el ligero abate, el payo y otros muchos tipos de aquella sociedad antígua, se conservan retratados para el estudio de los curiosos y el conocimiento de los usos de entónces, con admirable maestría.

El *Curioso Parlante* continúa años despues, desde 1832 á 1842, estudiando y describiendo las costumbres de la sociedad madrileña, y ofreciendo con no ménos verdad, con más correcta pluma y tambien con lenguaje chistoso y ligero, las escenas que á aquellas se sucedian, hoy en desuso. Sus personajes son asimismo perfectos retratos. Las costumbres que van alterándose esencialmente y reformándose bajo el poder é influjo extranjero, para tomar nueva fisonomía, son el objeto de su exámen, y asi, muestra confundidos los españoles que no han perdido su carácter antiguo, opuesto á toda innovacion, y los que han adquirido los hábitos modernos.

Don Antonio Flores, que en su notabilísima obra *Ayer, hoy y mañana*, comprende tambien el período inmediato siguiente al tratado por el popular don Ramon de la Cruz, y el mismo que recorrió el *Curioso Parlante*,

prosigue, continuando la época en que dejó fechados sus artículos el segundo de los expresados escritores, las mismas escenas; reproduciendo iguales ó análogos personajes, con idéntica fidelidad y segun las variaciones que van sufriendo. Ofrece como en aquellas, el ridículo y las faltas de las clases que describe, de tan hábil manera, que consigue el fin moral que debe ser el preferente objeto del escritor de costumbres; esto es, que tales faltas y ridiculeces puedan correjirse, advirtiendo sus inconvenientes dignos de censura, sin causar á nadie ofensa.

Á otros fines de no menor importancia deben ir asimismo encaminados los propósitos del que se consagra al estudio de las vicisitudes porque van pasando las costumbres públicas y privadas: á procurar se conserven en los pueblos sus buenos usos tradicionales, evidenciando sus ventajas en contraposicion con las innovaciones perjudiciales ó que no reportan bien alguno, que impongan la moda, los intereses de circunstancias, las pasiones ménos contenidas, las tentadoras ideas del lujo y la ostentacion, el desmedido anhelo de goces y bienestar nunca satisfecho, ó los sucesos públicos que tanto suelen cambiar el modo de ser de las sociedades. Acontecen estas variaciones sin que medien largos períodos, y España ha sufrido no pocas desde el siglo anterior. El estado de las costumbres de un país ha de ser, por lo tanto, de sumo interés para su história.

¿Quién duda que se observa rápida variacion en las que alcanzamos en el nuestro, conforme con el espíritu actual de suyo inquieto, febril, voluble, sin gustos determinados y afanoso de novedades? Quiérese yá recorrer la vida con la vertiginosa velocidad con que el vapor allana las distancias y el hilo eléctrico trasmite el pensamiento, en contínuas emociones, imitando lo

de fuera, complaciéndose en renegar de las tradiciones pátrias, falseando el carácter propio áun á costa de salir pocas veces ganancioso en el cambio, y pretendiendo aclimatar en nuestro suelo las costumbres especiales que imperan en la capital de una nacion vecina. La influencia que ha tiempo ejercen los aires que nos vienen del lado allá del Pirineo, no es nueva ciertamente. Flores la hace notar, lamentándola, más de una vez en sus escritos. Hacíale recelar que el génio destructor del presente siglo, convertiria bien pronto los cuadros de nuestras costumbres en elogios fúnebres de escenas desusadas.

«El espíritu innovador de la época,—dice refiriéndose á los primeros personajes de sus bocetos que luchan por salirse del cuadro,—los arrastra á renegar de sus más inveteradas creencias, y la moda les fuerza á combatir y desechar sus mejores aficiones. Pero en el fondo de su alma, en el interior de su vida privada, acarician esos hábitos antíguos, y se complacen en observarlos estrictamente. La sociedad moderna de nuestro pueblo, no ha abjurado aún de sus antiguas costumbres, por más que á primera vista lo parezca. Bajo esa fisonomía vaga, superficial y frívola que presenta, oculta un corazon que late por cultivar los usos de sus mayores, y tiembla cuando imagina que podia perderlos algun dia.»

Si á Flores, con su profundo talento observador, le hubiera sido dado apreciar hoy la actual sociedad, trascurridos algunos años desde que escribia las anteriores palabras que revelan tan noble patriotismo, ¿persistiria en sus afirmaciones de entónces, expresadas de un modo tan general y absoluto? Cuestion es ésta inoportuna á nuestro proposito. Cada cuál puede juzgar á su manera si ese laudable y digno espíritu de tradicion que conserva lo ventajoso y rechaza lo inconveniente, subsiste

aún de igual modo en nuestros dias, tan extendido en la generalidad de las gentes.

Si las costumbres pueden conservarse en el retiro del hogar doméstico con mayor duracion, no sucede lo mismo con ciertos tipos sociales. El mismo Flores decia: «los usos característicos de la córte española están de viaje, y sin darnos lugar á que se calcen las espuelas, no se hallará una *maravillera* para un remedio, ni un *chispero* para un apuro.»

Hay tipos que, como los citados, desaparecen, en efecto, del todo, y otros que pueden variar en su condicion y modo de ser de una época dada, aunque en el fondo conserven su carácter, segun los cambios de las costumbres sociales; pero los hay tambien que no se hallan sujetos á tan notorias trasformaciones, si bien nunca serán exactamente hoy lo mismo que ayer. Obsérvase tambien de un modo notable tal variacion, en las obras dramáticas del género de costumbres, ofrecidas al público en el siglo presente. Moratin retrataba la sociedad de su época: Breton de los Herreros despues hizo otro tanto, y, sin embargo, desde años anteriores al fallecimiento de este discretísimo ingénio, ya desdecian en mucha parte de los usos y caractéres de entónces, los que presentaba en sus excelentes obras, siempre dignas de aplauso.

¡Qué partido hubiera sacado el ingénio del que tan bien supo diseñar los tipos que se ofrecian á su vista, de los que hoy existen con tan opuesto carácter al tradicional de nuestros mayores, al que se presentaba como ejemplo de sesuda gravedad ó de la hidalguia castellana! ¡Qué rasgos humorísticos y qué discreta sátira hubieran brotado de su pluma, al estudiar las costumbres de esta novísima época en que coincide la aparicion del *can-can* pretendiendo tomar carta de naturaleza en nues-

tro suelo, con la del género llamado *bufo*, y entre otras novedades, muy dignas de aprecio para algunos cuyas aficiones no envidiamos, el establecimiento de la estafa pública, teniendo de su parte en el afan del lucro, dios del presente siglo, no pocos partidarios de buena fé!

Complácenos reconocer en Don Antonio Flores las cualidades que el autor de las *Escenas Matritenses* considera necesarias para llenar cumplidamente la mision del que se dedica á cultivar un género que proporciona á la vez enseñanza y deleite.

«Grave y delicada carga, dice, es la de un escritor que se propone atacar en sus discursos los ridículos de la sociedad en que vive. Si no está dotado de un génio observador, de una imaginacion viva, de una sutil penetracion; si no reune á estas dotes un gracejo natural, estilo fácil, erudicion amena, y sobre todo un estudio contínuo del mundo y del país en que vive, en vano se esforzará á interesar á sus lectores; sus cuadros quedarán arrinconados, cual aquellos retratos que, por muy estudiados que estén, no alcanzan la ventaja de parecerse al original.»

Quien trazó con tan feliz éxito los amenísimos episódios de *Ayer, hoy y mañana*, se hallaba dotado en efecto, de esa perspicacia y génio observador y de las demás enunciadas cualidades. Con verdad pudiera preceder á las obras á él debidas, el texto que adoptó para las suyas el discreto *Curioso Parlante*, á quien acabamos de referirnos, y que pertenece á La Bruyère, el autor de los *Caractéres* ó las costumbres de su siglo.

J'emprunté au public la matiere de mon ouvrage: c'est un portrait de lui que j'ai fait d'aprés nature.

«El público me ha servido de original: mi obra es su retrato.»

Ángel Lasso de la Vega.

TIPOS Y COSTUMBRES ESPAÑOLAS

UN AÑO EN MADRID

I

ENERO

La última campanada del reloj que señalaba las doce de la noche del 31 de Diciembre de 1848, era el último suspiro del vástago más calavera que ha tenido la ilustre familia del ilustrado siglo XIX. El dia 1.º de Enero de 1849, vió morir á su hermano, con esa indiferencia estóica que tanto distingue á la impávida parentela del tiempo. Recibió el último adios del monarca que le entregaba su cetro, sin exhalar un ¡ay! á su memoria y empezó á regir los destinos de los mortales, sin detenerse un instante siquiera á examinar el mundo que era llamado á gobernar. El primer acento que con voz grave y terrible lanzó al aire, anunciaba que era pasada yá una hora de su vida, y era la primera voz de alerta que dirigia á sus vasallos. El compasado movimiento

con que avanzaba su pupila en ese círculo de misteriosos signos que han inventado los hombres para seguir los pasos al tiempo, daba á entender bien claramente el respeto con que practicaba el código fundamental de sus mayores, y la inmutable resolucion que traia formada de seguir avanzando en su carrera, sin volver nunca la vista á lo *pasado*, sin pararse á gozar el *presente*, ni asustarse del *porvenir*. Traia contadas las horas de su reinado y no podia perder un instante, aunque la mano de un nuevo Josué parára el astro luminoso que alumbra sus actos. Eterno para algunos, breve y fugaz para muchos, seguia inexorable su marcha hácia la eternidad, sin cuidarse de los descabellados proyectos que la miserable humanidad tenia aplazados para cuando él rigiera el mundo. El libro eterno de lo pasado le habia enseñado á conocer los hombres, é indiferente y frio los veia olvidarse del tiempo presente para ocuparse de plazos futuros que no se cumplen jamás....

Así llegó hora tras hora la primera alborada del primer dia del año en que escribimos estos artículos, y el indolente mortal que, para encubrir su habitual pereza, habia pasado los últimos meses del año anterior formando planes para el presente, dormia á pierna suelta, sin cuidarse de las horas que habrian trascurrido cuando despertára, para repetir con desaliento lo que con falso entusiasmo habia pronunciado al cerrar los ojos el dia 31 de Diciembre.

Año nuevo, vida nueva, dijo como quien cree que ese plazo no ha de llegar nunca, ó cual si pensára

que el tiempo ha de cambiar su invariable rumbo, por los períodos en que á él le convino dividirlo. Asústase contando las horas que yacen en el panteon de lo pasado, y al ver cuál huyen las otras á sus propios ojos, se pára á pensar en el tiempo que ha perdido para sus locas quimeras y así le sorprende un año y otro siempre creyendo que es tarde y despreciando el tiempo presente por correr ciego tras del que no ha de alcanzar nunca.

El mes de Enero es un testigo terrible de la debilidad humana, es.... (permítase esta espresion al que contra su costumbre está escribiendo formal y sério) un acreedor molesto que viene á protestar una letra que no ha sido pagada á su vencimiento. El mes de Enero quiere realizar todas las ofertas que se hicieron en los últimos dias de su antecesor, y pone de manifiesto la indolencia de la raza humana, especialmente en nuestro país donde no se sabe conjugar de presente el verbo *hacer*. Pasamos la vida esperando el fatídico «mañana» que nunca llega, y pensando siempre en lo que *harémos*, jamás hacemos nada.

Ejemplos á millares tendrán mis lectores de esta verdad, sin que yo me esfuerce en probarla; pero tal es mi afan por complacerles, que á falta de otro mejor, yo mismo me ofrezco en holocáusto. Véanme aquí distraido en explicarles cómo vuela el tiempo, miéntras malgasto el mio sin ocuparme de cumplir lo que ofrece el título de estos artículos, que serán doce, si ese fuere el número de los meses que tenga este año, y si ántes de escribirlos no dispusiese Dios

de mi vida, en cuyo caso les ruego que me dispensen la falta, seguros de que habrá sido contra mi voluntad. Yo tambien hice mis planes de vida nueva para el presente año, y uno de ellos fué el bosquejar estos cuadros de costumbres, empeñando al efecto mi palabra con mi buen amigo D. Francisco de Paula Mellado, editor de libros, que contra la costumbre de sus semejantes, rara vez dice que *hará;* pero *hace* mucho.

La Europa anda revuelta, decia yo para mí ántes de pensar en decírselo á los lectores; el mundo civilizado y parte del que nosotros tenemos la modestia de llamar bárbaro, se agita por descubrir verdades, que despues de halladas han de ser tan mentiras como las que hoy conocemos, pues estémonos quietos en este rincon donde nos hallamos, y no faltará por nuestra desgracia quien nos diga lo que más nos valdria ignorar. Si lo que se buscan son verdades, el tiempo es un gran testigo, y él nos ahorrará de cruzar la Europa en locomotoras de ninguna especie, y de andar traduciendo signos telegráficos, para anticiparnos noticias cuya mayor parte sería de desear que se quedáran en el camino.

Un viaje por Madrid me parece que sería una gran ocupacion para el presente año, y aunque yo bien sé que al que sólo habla del pueblo en que vive, lo comparan con el cura de cierto lugar, que no sabía leer sino en su misal, y le dicen que no ve más allá de sus narices, y otras cosas que me callo porque no las digo, aún tengo esto por mejor que el hablar de lo que no se entiende, presumiendo tener

razon, porque los oyentes no lo entienden tampoco. Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena, y el que quiera conocer al prójimo empiece á conocerse á sí mismo, que si dejamos lo propio por buscar lo ageno, de fuera vendrá quien de casa nos echará. Y baste de preámbulo con lo que queda dicho, que el que mucho habla mucho yerra, y oveja que bala, bocado pierde. El mes de Enero nos presenta sus treinta y un dias en órden de parada para que los pasemos revista, y no sería justo que le hiciéramos aguardar mucho tiempo. Quizás se incomodara, y recogiendo la blanca luz con que ilumina sus noches, y á cuyo hermoso resplandor medita los frios designios de su helada atmósfera, se fuera con la música á otra parte, á Lóndres, por ejemplo, cuyos habitantes sacrificarian gustosos sus nieblas, por tener un cacho de esa luna de Enero que á fuer de negociantes, cambiarian por el pálido sol que alumbra sus frias regiones.

Bienaventurados nosotros, que si no podemos decir como antíguamente que el sol no se pone nunca en nuestros dominios, aún tenemos razon para asegurar que la luz es eterna en nuestro suelo, y que el sol y la luna nos alumbran á competencia. Ámbos me han servido para observar lo que ahora pienso escribir á la hermosa luz de una lámpara solar, que yá en más de una ocasion me ha prestado su poderosa ayuda para aprovechar el melancólico silencio de la noche, trazando cuadros de costumbres que el génio destructor del presente siglo convertirá bien pronto en elogios fúnebres de escenas

desusadas. Estremece coger la pluma para pintar los usos característicos de nuestra capital, al considerar que los primeros personages de estos bocetos, luchan por salirse del cuadro, en que á pesar suyo se hallan colocados. El espíritu innovador de la época, los arrastra á renegar de sus más inveteradas creencias, y la moda les fuerza á combatir y desechar sus mejores afecciones. Pero en el fondo de su alma, en el interior de su vida privada, acarician esos hábitos antíguos, y se complacen en observarlos estrictamente. La sociedad moderna de nuestro pueblo, no ha abjurado aún sus antíguas costumbres, por más que á primera vista lo parezca. Bajo esa fisonomía vaga, superficial y frívola que presenta, oculta un corazon que late por cultivar los usos de sus mayores, y tiembla cuando imagina que podria perderlos algun dia. El sombrero francés no ha logrado aún privar á las señoras del gozo interior que sienten cuando pueden lucir la graciosa mantilla española, so pretesto de andar de trapillo; y el empleado que, víctima de la moda, hace el sacrificio de vestirse un *paletot*, está deseando que concluya la oficina para tomar la capa y burlar con el embozo las traidoras intenciones de la atmósfera madrileña. La generalidad de los habitantes de Madrid, repito, no ha desechado las costumbres de sus abuelos, como el renegado que abjura sus creencias religiosas; ni las defiende como el idólatra que muere mártir de su fé, sino que á imitacion de aquellos creyentes pusilánimes que aparentan vivir en una religion contraria de la que observan privadamente, ridicu-

lizan en público las costumbres y los usos que forman las delicias de su retiro particular. Allí, sin temor de que les critiquen lo que por una inconcebible ridiculez no osan cometer en público, se despojan de sus verdaderos postizos traspirenáicos, y entregándose con gusto á los placeres domésticos, se ocupan de recorrer el calendario para que no pase desapercibido el cumpleaños de su esposa; anuncian á sus hijos con un mes de anticipacion que el dia que salga el *Dios grande* de su parroquia, han de comer leche cuajada, y tiemblan que llegue la hora de salir á la calle, porque con ella empieza el fingimiento y la hipocresía. Acuden á las sociedades compuestas en su mayor parte de gentes que piensan del mismo modo que ellos, y allí es donde tienen que mentir (en mal francés por supuesto) para hacer el nécio alarde de que no han visto á las prendas de su corazon en toda una semana, de que no saben cuándo es Pascua ni Cuaresma, y de que acaban de almorzar cuando suele hacer dos horas que han comido.

Esas son las causas que han hecho creer á muchos de nuestros escritores, que el pueblo español, y con especialidad el de la Córte, habia perdido completamente sus costumbres, y que en la actualidad ofrecia un cuadro descolorido sin carácter propio, y cuya copia era imposible. Pero al sentar semejante error, han incurrido en la debilidad de añadir que la fisonomía de este pueblo habia desaparecido, y esa verdad que nosotros dejamos confesada anteriormente, indica que su estudio ha sido demasiado superficial, y que no se han tomado el trabajo de

profundizar su exámen, para averiguar las causas de esa pretendida mudanza. Han creido que las viruelas que afean el rostro, pueden llevar tras sí los sentimientos del corazon y las virtudes del alma.

En el curso de estos artículos, cuyo principal objeto es combatir ese extravío, ofrecerémos cien ejemplos prácticos que ahora nos conducirian á prolongar esta digresion, que tal vez haya disgustado á los lectores por demasiado larga. Pero á bien que yá estoy arrepentido de haberlo hecho, y nunca es tarde si la dicha es buena.

Eso decia mi amigo D. Lúcas, el dia 1.° del año justamente, cuando yo entré en su casa disculpándome de haber faltado el primer dia de Pascuas, á deseárselas felices. Nunca es tarde si la dicha es buena, repetia, llamando á su hija para que me diera las credenciales de haber *salido* conmigo (la chica por supuesto) en el sorteo de *damas* y *galanes* verificado en su propia casa la noche anterior. Léele los *motes*, añadia sonriendo, para que vea qué bien han salido.

La niña, que á despecho de mi amigo se llama Elisa, y estudia francés en un colegio, se avergonzaba de oir á su padre, y dijo que habia perdido las papeletas, porque eso de *echar los años*, es una tontería española que como otras muchas sólo las practica hoy dia la gente rancia. Las razones de la niña, autorizadas por la esperiencia de sus trece años de edad, me convencieron de que las diversiones de D. Lúcas eran estravagancias del antíguo régimen; pero tardé bien poco en hacer la oposicion á la

eminente doctora, porque habiéndome presentado su generoso papá una copa del licor que le habia regalado un amigo boticario, y ciertos mantecados de las Monjas Teresas, se queria rebelar contra mi estómago, negándole aquel dulce refrigerio. Hablaba de *buffet* y de *raout*, y pretendia que me sirviesen un té, pero que se llevasen los bollos y el licor, porque semejante ordinariez la crispaba los nervios. Afortunadamente D. Lúcas se incomodó con su hija, y yo mortifiqué mi cuerpo comiendo un par de bollos y apurando la copa, para contribuir á la buena educacion de Elisa, enseñándola á respetar á su padre.

Despedíme de mi amigo, deseándole, ó diciendo que le deseaba prosperidades en el año nuevo, y me fuí á visitar otras várias casas donde me trataron poco más ó ménos que en la primera. Volví á mi casa riéndome de cierto aristócrata moderno que no cabia en sí de gozo, porque en vez de regalar á su médico dos pavos y una docena de botellas el dia de Noche-Buena, con una tarjeta que dijese: *Aguinaldo*, le habia remitido una caja de dulces franceses el dia de año nuevo, con una tarjeta que decia: *Etrennes*. Esa ridícula remonta que habia echado á la inveterada práctica de nuestros abuelos, le hacía pasar por hombre de buen tono, y le distinguia de la gente chapada á la antígua, que en vez de mendigar voces estrañas para bautizar sus costumbres, respetan los nombres con que les fueron trasmitidas. Hé ahí una innovacion que apénas hiere la corteza del árbol, y que ciertos críticos consideran como un cáncer incurable.

Los paseos, las fondas, los cafés y los teatros, todo es invadido este dia por la muchedumbre, que en vano quiere negar con sus palabras lo que descubre su presencia. Van trascurridos ocho dias de fiestas y es inútil, sin embargo, buscar una localidad vacía en ninguno de los teatros. La mejor comedia moderna no logra llenar el teatro diez noches seguidas, y sin embargo el sainete más absurdo se repite por espacio de quince dias en la temporada de Pascuas. Esa parte de la poblacion, que seguramente no es tan numerosa como era veinte años atrás, compuesta de gentes que no asisten al teatro sino dos veces al año, y una de ellas es en los dias de Pascua, es otro de los testigos que ofrecimos presentar en apoyo de nuestra opinion sobre el estado actúal de nuestras costumbres. Ese público, bastante numeroso, puesto que él forma la figura principal del cuadro en esos dias, y para él se escriben las llamadas funciones de Noche-Buena, no compra su asiento en el teatro con el sólo objeto de asistir al espectáculo que anuncian los carteles; el suyo es mucho más estenso, y empieza á gozar el valor del billete desde el momento en que le ha colocado en su bolsillo. Si piensa acudir á la funcion de la tarde, desde las doce de la mañana está pidiendo la comida, y aunque viva á veinte pasos del teatro, á las dos y media, yá baja la escalera de su casa, y se dirige al coliseo, porque como él dice: «miéntras se baja, se llega allá, y una cosa y otra son las cuatro.» La cosa y la otra, son esperar á que abran las puertas del teatro, asegurarse de que no se ha perdido el

billete en el camino, y últimamente llegar con anticipacion, que no se trata de ir á un duelo, sino de divertirse y sacar jugo del billete. Los acomodadores ganan esos dias el sueldo del año, y se aburren colocando á cada cual en su asiento, sin conseguirlo jamás por completo. Á las tres y media yá están llenas todas las localidades, y empieza la funcion por ver cómo encienden la lucerna y cómo la suben, y cómo la paran, y no quitan la vista de ella hasta que ha dejado de oscilar en el aire. Luégo miran con atencion los adornos del techo y el telon de boca, y mueven la cabeza á un lado y á otro para ver si les estorbarán los que tienen delante cuando se alce el telon, y gritan pidiendo música y aplauden cuando suena la orquesta, y así al empezar la funcion se han cobrado yá medio billete por lo ménos.

El dia 2 de Enero se abren los tribunales y los estudios sin que ni los muchachos ni los criados acudan á sus respectivas obligaciones; todos aplazan sus trabajos para el dia siete, y la víspera del seis por la noche, se lanzan á la calle asustados al parecer por el estruendo de los cencerros que media docena de hombres tiznados, arrastran por el suelo. La misma algazara se repite en todos los barrios de Madrid, y aunque aquellos inocentes constitucionales que van á *esperar los reyes* están borrachos, la muchedumbre que invade las calles se detiene á verlos, y su presencia es una sancion solemne de semejante fiesta. Parece imposible que sea una diversion el ir cargado de cencerros, con un hachon de viento en la mano y una escalera en la otra,

gritando «á la puerta de Toledo.... por allí vienen;» pero lo cierto es que esa ceremonia no ha perdido nada de su primitiva barbarie, y no lleva trazas de caer en desuso por ahora. Valdria más que esos artesanos que salen á las calles huidos y avergonzados de lo que seguramente no es un crímen, representasen en esa noche farsas á propósito de la supuesta llegada de los reyes magos: diversion que entónces lo sería para todos y daria lugar á bailes públicos que inaugurasen el Carnaval de una manera oportuna y notable. Pero eso lo pueden hacer los pueblos entusiastas de su nacionalidad, no los que se tiznan el rostro para aullar en medio de una plazuela. Poetizar esas costumbres, que no valen ménos que la procesion francesa del *buey gordo*, sería una buena especulacion para esas gentes que pierden su dinero por querer aclimatar diversiones estrangeras que nuestro carácter, no ménos que nuestro clima, rechazan. Si los pueblos del Norte tuviesen ese cielo que tanto nos envidian, no se afanarian por parodiar los astros luminosos inflamando gases, ni presumirian realizar el quimérico ideal de falsificar las grandes maravillas de la naturaleza. Ni el lujo de los salones, donde se guarecen de la atmósfera glacial que los cerca, sería tan esquisito, ni cultivarian con tanto esmero sus jardines de invierno si pudieran gozar de nuestro envidiable otoño, y vivir al aire libre la mayor parte del año. Entónces pondrian el lujo de los salones en medio de los jardines y no llevarian las plantas al interior de los palacios. Así, en vez de marchitar las

flores con la angustiosa atmósfera de los festines, embalsamarian el aire de sus saraos con los frescos aromas del pensil.

Pero pretender que nosotros tengamos el noble orgullo de lucir las bellezas que á Dios le plugo darnos, es algo peor que predicar en un desierto, porque allí nadie oye, pero nadie se rie en cambio, y aquí escuchamos yá la carcajada del ministro que traduce las leyes del estrangero para gobernar su país; la del concejal que arregla al español los bandos del ornato público francés; la del arquitecto que por hacer una casa á la inglesa, obliga á los inquilinos á vivir con luz artificial la mitad del año, y las risas de tantos otros rapsodistas como produce esta desdichada tierra. Dejemos el sermon por ahora y sigamos pisando adoquines por las calles de Madrid, hasta concluir esta revista del mes de Enero, con el acontecimiento de más bulto que en él se encuentra, siquiera no sea ésta ni la primera ni la segunda vez que de él escribimos.

El dia de la Epifanía, ó de los Santos Reyes, pasa sin otra novedad particular que la de acudir la oficialidad de la guarnicion á felicitar á sus jefes, y el pueblo á la capilla del Real Palacio á ver el trage que S. M. estrena, y que segun privilegio antíguo, lo regala después al duque de Hijar, cuya casa tiene con ese motivo un museo de trages reales que vale algunos maravedises. Desde este dia se empiezan las reuniones semanales en las casas de buen tono, y en los altos círculos diplomáticos se entablan más contradanzas que tratados, y se concluyen más

polkas que negociaciones. Pero de esas fiestas nos ocuparémos en el artículo siguiente, y por ahora darémos un salto de diez dias, en el que ruego á mis lectores que no me acompañen, porque mi pluma ha hecho una cosa, que aunque no es nueva hoy dia, me causa rubor el confesarla. Mi pluma se ha vendido á.... Más vale que vds. lo ignoren, puesto que los creo bastante prudentes para dar por terminado este artículo y no leer lo que sigue. Confiados en que vds. lo harán así, decimos.... esto es, dice mi pluma:

¡Que el dia 17 de Enero no pertenece á los habitantes de Madrid! ¡Se le han cedido á los cuadrúpedos, ó estos le han señalado para su beneficio! Las llamadas *vueltas de San Anton* es una fiesta consagrada á la memoria del burro, y él es el héroe de la broma, por más que el público asista al espectáculo que se celebra todos los años en la calle de Hortaleza, desde la madrugada hasta las ocho de la noche.

Los vecinos de Madrid admiten las caballerías á su servicio, respetando la cláusula de que el dia de San Anton le han de tener libre para correr á su antojo por las calles de la capital, llenas de cintas y moños, presentándose á recibir los panecillos de cebada que un sacerdote bendice, para librarlas de muerte repentina, vejigas, esparabanes, alifafes y muermo. Ni el fogoso alazan de parada, ni la envilecida yegua de tiro, ni el castigado macho de carga, ni la resignada mula de tahona, ningun cuadrúpedo, en fin, falta á la invitacion del humilde filósofo, que hace ese dia los honores de la fiesta con una dulzura proverbial entre los de su especie.

Los portales de la carrera que conduce á la iglesia de San Anton, donde se dan los panecillos de cebada, están colgados de vistosas telas, y en ellos se venden panecillos de trigo para el inmenso gentío que acude á la fiesta. Los balcones se llenan de gente para ver pasar la comitiva que vá y viene repetidas veces, piafando y haciendo piruetas, como si los animales quisieran pagar al hombre la complacencia de asistir á su teatro. Todo es animacion y *trote* en esa broma, hasta que al sol le cumple embozarse en su capa, y la noche tiende su mantilla sobre la calle de Hortaleza.... Entónces, los actores de la funcion se retiran cabizbajos y mústios á la oscuridad de la vida privada. Los unos á roer el freno en una escuela de equitacion, los otros á esperar eternamente el pienso en casa de un alquilador de carruages.... y el pobre beneficiado á despreciar con su acostumbrada filosofía los argumentos de fresno que le hace su dueño. *¡Sic transit gloria mundi!...* Así se acaban *las vueltas de San Anton.*

En otros tiempos, y no hablo de fecha muy antígua, en que éramos ménos sabios, y teníamos la pobre idea de creer que habia algunos ignorantes entre nosotros, acostumbraban los estudiantes de segundo año de filosofía á llamar burros á los de primero, y los llenaban el aula de paja el dia de San Anton. Esa broma solia tener mal resultado, y aunque semejante ley, por demasiado *física*, no la encontraban nada *lógica* los que estudiaban la susodicha, aún me parece á mí más propia de muchachos que el orgullo con que hoy se presenta

un niño de catorce años á exijir de su catedrático la certificacion que no ha ganado, enseñándole un periódico con su nombre y apellido al pié de unos renglones cortos y largos. La criaturita ha salido poeta; ha despuntado por ese camino, dicen sus padres, y yá no necesita estudiar. Seguramente, digo yo: el argumento no tiene réplica. El catedrático le enseña lo que aprende en los libros; el muchacho hace libros, *ergo* la consecuencia es clara, sabe más que su maestro.

El resto del mes no ofrece nada de notable, si se exceptúa la muerte de infinitas publicaciones periodísticas y literarias que empiezan su vida con el año nuevo, llenas de pompa y vanidad, queriendo regenerar el mundo, sin hacerse cargo de que todo perece en él.... todo.... hasta este artículo que á muchos les pareceria que no acababa nunca.

II

FEBRERO

Tiritando de frio por las heladas de su antecesor, viene al mundo el segundo hijo del año, enfermizo y raquítico, hasta el estremo de morir tan jóven, que si su padre no duerme *la siesta dos veces*, sólo vive 28 dias, y aunque el año sea *bisiesto*, muere á los 29. Es por esta razon el más mimado de la familia, y sus calaveradas le han valido el justo renombre de *loco*. Dispone á su antojo de los elementos, y tan pronto se entretiene en robar el calórico de la atmósfera, poniéndonos á 8 grados bajo cero, como en regar la tierra, para secar despues con su frio aliento las tiernas hojas de la inocente semilla, que tuvo la imprudencia de asomarse á saludar la temprana primavera. Su mayor diversion es reunir las nubes representando con ellas el diluvio universal, y sin dignarse avisarnos para que construyamos un arca, suele convertirnos en ranas, dejándole á Marzo el cuidado de secarnos con su incansable fuelle. Pero si oye que los labradores le llaman *febrero cebadero*, endurece la tierra de tal modo, que los granos no alzan cabeza en todo el año. Figúrase á veces que nuestros concejales quieren contratar un

nuevo pavimento para las calles de Madrid, y de la noche á la mañana tiende una alfombra blanca como la nieve y mullida como un colchon de pluma. Seca de repente la atmósfera, y nos deja un suelo de cristal, sobre el cual nos resbalamos y caemos, gracias á la dulzura de su aliento que se entretiene en ayudarnos. Si apreciando sus cristales nos ocurre cubrirlos echando paja ó serrin por las calles, entónces se divierte en quemar la alfombra con un sol de Julio que le presta su hermano Agosto, y nos pone perdidos de lodo; en fin, baste decir, que no hay locura que no invente ni maldad que no medite para atormentarnos. Seguramente el señor Numa Pompilio le añadió al año, para castigo de la raza humana, y algun alma caritativa (médico quizás) le abrevió los dias de su vida para que hiciera ménos estragos. Pero yo que he ofrecido á mis lectores no salir de Madrid en todo el presente año, habré de tomarle tal cual es, y divertirme con las máscaras que me proporciona.

Venga en hora buena su dia 1.° y plázcame ó nó el saberlo, quiera ella decirlo ó callarlo, pregunté-mosle á mi vecina la beata, para qué diablos engalana con lazos colorados y azules ese hermoso par de pichones moñudos que con tanto regalo y tanto mimo ha criado en su propia casa. Averigüemos por qué los coloca en un canastillo tan lujoso, y sepamos á la vez qué torta es esa que tiene encargada al confitero de la esquina. Pero vive Dios, lector, que yo sería muy torpe en hacer semejante pregunta, y darianme por esa ignorancia el horrible dictado

de herege, sin que me valiera la bula de Meco, ni la torta de Orche. (Que aquí, entre paréntesis, y aunque me oigan los orchanos, te digo que es la torta más grande que pudiera imaginar el hambriento Heliogábalo. Figúrate que es una torta compuesta de cuatro quintales de miel y ocho de harina, que la llevan en procesion el dia 2 de Febrero, y comen luégo las gentes de veinte pueblos á la redonda.)

¡Buena se pondria la beata conmigo si creyese que yo ignoraba su devocion á la Vírgen, y que siendo al dia siguiente la Purificacion de Nuestra Señora, los pichones y la torta forman la ofrenda que ha de ir en la procesion! ¡Pues sí que daria gusto oirla si la preguntase, por qué habia comprado en la cerería cuatro velas lujosamente rizadas! Dios me libre de semejante curiosidad, y cumpla ella en buen hora sus devociones á la Vírgen de la Candelaria, que tras de un tiempo otro viene, y si por San Blas la cigüeña verás, tambien dicen los valencianos que *si la Candelaria plora l'ivern fora, y si no plora ni dins ni fora*, y si tú, lector, dices que esto no viene á cuento, todos teneis razon y punto concluido.

Miéntras te pasa el enfado, me voy hácia el paseo de Atocha, á ver cómo se celebra en el dia 3 de Febrero la romería de San Blas, aunque los cortesanos tienen tanto gusto para esta clase de fiestas como los ingleses para vestirse de toreros. Has de saber que ni ermita propia tiene yá el bueno del santo. Á pesar de haber sido obispo y *abogado* de los males de la garganta, vive de prestado en la

capilla del *Ángel*, donde apénas cabe uno solo; tanto es pequeña y pobre. Gente acude mucha, pero toda la diversion consiste en andar de un lado para otro, subir á merendar al cerrillo del Observatorio, si el tiempo lo permite, que no suele tener tanta bondad, y volver cada cual á su casa diciendo que ha estado en la romería. Véndense allí algunos bollos llamados *panecillos del santo*, y son una especie de moneda de harina, agua y azúcar que vino á la Córte en barras, por Navidad, la acuñaron despues los confiteros con el busto de San Anton, sirvió luégo para el reinado de San Sebastian y el de San Ildefonso, y corre en tiempo de San Blas, que la retira de la circulacion hasta la república del dia 1.° de Noviembre.

Á todo esto, el tiempo, verdadero Judío Errante de la eternidad, dá fin el dia 3 de Febrero, y *anda anda*, hasta llegar al cuarto; en cuyo dia cumple á mi propósito hacer alto para coger el calendario y ver si la Cuaresma cae alta ó baja, como dice el vulgo. Pero cátate, lector, que la tenemos tan próxima, que si no aprovechamos el tiempo, apénas nos pongamos la careta nos las habrémos de quitar para cubrirnos la frente de ceniza y prepararnos á la penitencia y á los ayunos. Razon tenian los habitantes del alto círculo aristocrático para empezar sus reuniones semanales en el mes de Enero, y torpe anduve yo en no seguir su rumbo, ingiriéndome en algunos de esos *saraos*, siquiera tuviera el trabajo de llamarlos *soirés*. Ahora apénas tengo tiempo de aprender á hablar francés, y ó he de pasar por cuerdo ó no puedo tener la honra de ser admitido en esas fiestas

eclatantes, que el vulgo soez diria deslumbradoras. Habrémos de tener paciencia en justo castigo de nuestra ignorancia, y contentarnos con leer el *juicio crítico* que publica *El Regenerador*, periódico de política destinado á defender los intereses materiales de los pueblos, sobre el primer baile de una de las primeras notabilidades de la Córte. Si el lector no entiende alguna palabra, le aconsejamos que en vez de tener paciencia, tenga á la mano un diccionario francés-español. ¡Quiera Dios que así logre lo que yo no he podido lograr ni así ni asá!

Dice así el periódico en el último de sus artículos de fondo nada ménos:

«Ayer tuvo lugar el brillante acontecimiento que »intrigaba los ánimos de nuestras hermosas y que »era esperado con ánsia de los jóvenes liones de »Madrid.... ¿Comprenderán nuestros lectores que »aludimos á la brillante soiré de la espirituosa »condesa de O...? ¿Será preciso decirles que anoche »se miraron abiertos los elegantes salones de esa »reina del buen tono, y que su proverbial esprit y el »á propos con que hace siempre los honores de su »casa, reunió en ella la sociedad más escogida de »la Córte?... ¡Nó por cierto!... Todos tienen noticia »de esa novedad aristocrática que por espacio de dos »meses ha sido el tema favorito de los círculos del »buen tono, y nuestra noticia crisparia con justa »razon los nervios de nuestras lectoras. Limitarémos »nuestra tarea á enumerar las notabilidades de la »reunion, dejando para otro dia el describir como »corresponde una fiesta que por más de un título

»dejará un recuerdo ravissant en el ánimo de las »lionas y de los dandy.

»La jóven condesa vestia un trage de ilusion, »glacé plata, y adornaba su graciosa cabellera con un »prendido de marabus á la Praslin.—La seductora »duquesa de A.... lucia un trage de fantasía, gro- »moare caña, y la riqueza de los diamantes que »ceñian su negra cabellera, luchaba por eclipsar »el brillo de la nacarada frente de esa joya aristo- »crática.—La fascinadora marquesa de B.... arre- »bataba con su vestido de capricho, y una delicada »camelia era el único adorno de su hermosa cabeza. »—Las señoritas de X... hacian ilusion con sus »graciosos trages blancos sembrados de flores.— »Las siempre amables hijas del general Z.... tenian »un encanto inesplicable.—La elegante esposa del »célebre capitalista G.... deslumbraba por la riqueza »de sus alhajas, y el buen tono de sus maneras.— »En suma, todas las señoras que asistieron á esa »brillante soiré rivalizaron en lujo y en hermosura. »—Sentimos que la hora avanzada á que se concluyó »la fiesta no nos permita detenernos á enumerar todos »los encantos de esa noche que dejará un eterno »souvenir en el ánimo de los que, como nosotros, »tuvieron la honra de ser invitados.—Otro dia seré- »mos más largos, y hoy concluimos diciendo que á »la puerta del salon se repartian graciosos bouquets »de flores del tiempo, que el buffet estuvo servido »con profusion y buen tono, y que esta soiré no »tendrá rival hasta que tenga lugar el raout que, »segun se asegura, dispone la siempre graciosa

»baronesa de U..... en su risueño chateau de »campaña.»

Artículos de ese jaez, que todos los dias aparecen en nuestros periódicos, servirán con el tiempo para estudiar nuestras costumbres, y sirven hoy para olvidar el idioma de nuestros padres, sin enseñar ningun otro á sus nietos. Esas *espirituosas* señoritas que tienen por oficio *hacer ilusion* á los jóvenes *liones* en una *soiré* y que salen al público representadas por las letras del alfabeto, se *crisparán* al oirnos, y con su *proverbial esprit* dirán que no somos *á propos* para el siglo presente. Orgullosas con oir decir que fascinaban y arrebataban con sus trages de *fantasía* y sus adornos de *capricho* se reirán de estos artículos, tapándose la boca con el *bouquet*, y para convertirnos, nos hablarán del espléndido *buffet* que *les fué* servido en el *raout*, ó nos llevarán á una *matiné musical*, para que la señora de la casa nos *haga los honores* sirviéndonos un *plateau*.

Pero nosotros hemos resuelto morir impenitentes, y aunque asistamos á esos *saraos*, donde acuden los jóvenes *petimetres*, no verémos *hacer ilusion ni honores*, sino *agradar* y *recibir* con la amabilidad debida á los convidados; y ni los *ramos* nos parecerán *bouquet*, ni llamarémos *buffet* al *ambigú* ni acometerémos ansiosos el *ramillete* porque se llama *plateau*. Todo eso para nosotros es una mera cuestion de nombres; y ni el empezarse nuestros bailes á la hora en que terminaban los del siglo pasado nos aflige, ni vemos en ello otra influencia que la de la moda, verdadera encarnacion de la veleidad humana. ¿De qué sirve hablar francés

é inglés en esas reuniones, si las abrasadoras miradas de nuestras hermosas han de quemar la fria gravedad inglesa, que quieren aparentar á despecho de sus animados semblantes?... ¿Qué vale llamar buffet al ambigú, si nuestra proverbial galantería no ha de permitir que las señoras se sirvan por sí solas, como sucede en las *cultas* regiones que en vano queremos imitar? Digan lo que quieran, yo sé que no quieren lo que dicen, y les voy á enseñar el verdadero Carnaval de Madrid, con todas las modificaciones que ha sufrido, merced á la nueva forma de gobierno que hoy tenemos, y á otras cosas por el estilo que no son de este lugar, ni lo serán de ningun otro, ínterin Dios me tenga de su mano, para que yo no vuelva á poner la mia en asuntos políticos. Todo me parece bueno en esas materias, ménos tomarme el trabajo de examinarlas. He resuelto «no salir de mis trece», y aunque pensaba que estos artículos fuesen doce, escribiré uno más para que «el diablo no se ria de la mentira» y ahora sigo el presente para que el lector no se ria de mis digresiones. Y por si yá se hubiere empezado á reir y á mí me diere de ello vergüenza, cosas ámbas que ignoro, cúbrome el rostro con la careta, y á través de la carátula digo lo siguiente:

El Carnaval empieza, segun unos, el dia 7 de Enero, y concluye en la madrugada del Miércoles de Ceniza; y sólo dura, en sentir de otros, los tres dias ántes de la Cuaresma, propiamente llamados de carnestolendas. Pero en estas cuestiones los más ponen la ley á los ménos, y la mayoría de nuestro

pueblo se pinta sola para prolongar las fiestas. Nuestros artesanos llevan muy á mal que se les haga observar el precepto del Domingo, y es tal su amor al trabajo, que pasan el Lúnes renegando del tiempo que han perdido la víspera, y emplean el Sábado en lamentarse de que sea dia festivo el siguiente. Esto lo sabía yo ántes de haber visto dos vagos en medio de la Puerta del Sol ocupados en ver un mozo qee se paseaba con un cartelon en el que se leian estas palabras: *Organizacion del trabajo.*

Sucede por lo tanto que el Carnaval de Madrid es todo lo grande que permite la estacion, y el reinado de la careta se anuncia desde la primera quincena de Enero, aunque no ejerce su verdadera dictatura hasta los últimos dias de la temporada. Los bailes de máscaras han servido á muchas gentes de barómetro para averiguar si caian ó nó en desuso semejantes fiestas, pero han sido chasqueados en sus observaciones, como lo sería el que quisiese medir lo que se come en Madrid por la gente que concurre diariamente á las fondas. Dicen que se ha perdido el gusto á las máscaras porque los bailes públicos no están tan concurridos como hace algunos años, y no se acuerdan de que habian estado prohibidos mucho tiempo, y aquel furor de disfrazarse no era otra cosa sino el apetito natural de una generacion nueva que corre tras de un goce nuevo, y que le apura frenética hasta encontrar las heces. ¡No haya miedo que á nuestros hijos les suceda otro tanto! Sus madres han cuidado de llevarlos á los bailes desde muy niños, y como el ruido de la

orquesta no les deja dormir, tienen tanto horror á las máscaras como miedo al bú. Si ellos abandonan esos bailes, la generacion que venga despues los acogerá con el mismo entusiasmo que nosotros.

Otras causas no ménos influyentes pudiéramos citar en apoyo de lo que dejamos dicho; pero de nada servirian á nuestro propósito, porque nosotros estamos persuadidos de que el verdadero Carnaval de Madrid no le constituyen los bailes públicos. Esa diversion es una de tantas insignias estrangeras como diariamente queremos lucir sin tener donde llevarlas. Para conocer las verdaderas costumbres de la Córte en la temporada de carnestolendas, es indispensable que yo presente á mis lectores en casa de mi apreciable amigo D. Policarpo Sainz de la Vega, regidor cesante, á pesar de su regiduría perpétua, de esta M. H. villa, y ex-oficial de la antígua contaduría de Espolios y Vacantes.

En una modesta casa de dos pisos que heredó de sus padres en la plazuela de Afligidos, con el fruto de sus economías y el buen arreglo de su cara mitad, vive D. Policarpo, esperando todos los dias la entrada triunfal de Cárlos V en la Córte de las Españas; y sin haberse podido convencer aún de que un gefe tan valiente como Zumalacárregui se dejase matar en el sitio de Bilbao. Para él no hay duda de que aquella muerte fué supuesta, por convenir así á los intereses de la causa carlista, y cree que el desgraciado general está oculto en el estrangero hasta mejor ocasion. Quitarle á mi amigo sus esperanzas y desvanecerle sus ilusiones, sería imposible, y yo

por mi parte, no lo intentaria jamás. Ellas le han dado valor para soportar las privaciones á que le ha condenado la revolucion y sería una iniquidad robarle la única joya que ha podido salvar del naufragio político. ¡Dichoso él que tiene fé en algo, y pobres de aquellos que no la tienen ni en sí mismos! Harto trabajo tiene mi amigo con sostener la vacilante fé de su esposa, que compadecida de la oscuridad en que viven sus hermosas hijas, quiere liberalizarse alguna cosa para darlas estado.

Cada nueva visita que reciben ocasiona un disgusto en el matrimonio, que fuera de estos casos vive en la mejor armonía. Los tres tipos dominantes de la sociedad moderna, son precisamente los tres demonios que atormentan á D. Policarpo. El novio de sus hijas no ha de ser ni empleado del gobierno actual, ni escritor público, ni mucho ménos oficial carlista, de los que tomaron parte en el convenio de Vergara. Imagínese el lector, cuánto habrá de sufrir la pobre madre, que ménos fanática que su esposo, se hace cargo de que el único patrimonio que puede ofrecer á sus hijas, es el proporcionarlas un buen esposo. No deja mi amigo de conocer que su esposa tiene razon, pero como él está persuadido de que el hermano de su difunto monarca, se ha de sentar en el trono el dia ménos pensado, aplaza para entónces las bodas de sus hijas, y va contemporizando con los deseos de éstas, permitiéndolas alguna diversion de las que jamás entraron en el sistema de educacion que pensó darlas. Pero, como

él dice, y aprendió de Esopo, ni tan flojo que se deshaga ni tan tirante que se rompa.

Esa juiciosa reflexion es la que alienta á la madre, órgano de los deseos de las niñas, á solicitar de Don Policarpo el competente permiso para asistir á un baile de máscaras. Sírveles de pretesto el que los billetes han sido regalados por un contemporáneo de mi amigo, que aunque de opiniones carlistas, no deja por eso de divertirse entre los liberales, y es lo que se llama un viejo verde. El ataque no puede darse más en regla, y cualquier otra persona que no estuviese tan parapetada como mi amigo en sus antíguas creencias, cederia á los ruegos de la familia; pero él se toma tiempo para pensarlo, y á última hora no le falta un motivo legítimo que alegar para que sus hijas no asistan al baile. Prodígalas en cambio toda clase de caricias, y las ofrece un dia de campo en la pradera de la Teja y llevarlas al teatro el Domingo de Carnaval. Pero nada de esto satisface el capricho de las niñas, y es preciso que su padre las autorice para asistir á un baile de máscaras. Pónense en juego toda clase de resortes; cítanle á D. Policarpo cien familias de su clase que hacen otro tanto, y arrancan por fin el suspirado permiso con las siguientes condiciones: primera, que el baile no sea público, para que sus hijas no alternen con esas mugerzuelas que, pagando un duro á la entrada, hacen yá informacion de buenas costumbres; segunda, que no vistan trages deshonestos; y tercera, que no se disfracen de monjas ni de beatas.

La primera cláusula es algo difícil de cumplir,

porque precisamente las niñas yá han asistido otros años á esos bailes de casa particular, y lo que ellas quieren es presentarse en los de Villahermosa, que tanto les han elogiado sus amigas. No habia otro medio sino engañar á D. Policarpo; pero á eso no se presta la madre, y es preciso por lo tanto buscar billetes para algun baile de sociedad, ó resignarse á ser presentadas en alguna casa particular donde se disfracen media docena de familias todas conocidas.

Esto último agrada sobremanera á mi amigo, y le decide á contribuir por su parte á la diversion de sus hijas, sacando de entre sus papeles el ceremonial de la Córte de Cárlos III, para que por aquellos figurines y con ciertas cortinas de damasco antíguas se hagan los trages. Él mismo se encarga de hacer las carátulas con unos retazos de raso blanco que sobró de una bandera que bordaron las niñas para el ejército carlista.—Y suplico encarecidamente á la policía que no se dé por entendida de esta noticia, porque bastantes sustos pasó mi amigo miéntras se bordaba, y buen trabajo le costó enviarla el año 1837 á la Córte de Oñate. Hoy dia se consuela con saber que la conserva en su casa un cura del valle de Elizondo, que la pudo salvar de la suerte que sufrieron las del general Maroto.

El dia del baile es el Lúnes de Carnaval, y las hijas de D. Policarpo, que habian medido el valor de aquella fiesta por el trabajo que les habia costado alcanzarla, llevan un desengaño de los infinitos que sufre la humanidad al realizar sus mejores ilusiones. Miéntras las niñas arreglan sus trages, celebra mi

amigo los tres Juéves del Carnaval, llamados de *compadres*, de *comadres* y *juéves gordo*, comprando en cada uno de ellos un pastel de media vara de diámetro, conocido con el nombre de *ojaldre*. Recorre las calles de Madrid, y acude al salon del Prado en los tres dias de carnestolendas, y allí se nos pierde de vista todos los años, sin que logremos encontrarle nunca. Hemos oido decir que suele irse á los barrios bajos á ver los muñecos de paja, que con el título de peleles, mantean las cigarreras, y que se divierte mucho cuando le untan con yeso las espaldas: pero no creemos que sea cierta esa noticia. Este año se me ha perdido ni más ni ménos que los anteriores, y yo sólo me voy á ver las máscaras públicas, que con permiso de la autoridad, ofenden la vista con sus asquerosos disfraces y escandalizan con sus palabras obscenas.

Madrid no será nunca un modelo para fiestas de ese género, porque la índole particular de sus habitantes no las consiente; pero serian ménos malas de lo que son, si, como hemos dicho en el artículo anterior, no fuera condicion de este pueblo el avergonzarse de su propio entusiasmo. El bando de la autoridad por el cual se permite á los madrileños andar por espacio de tres dias con la cara cubierta, no produce otra cosa sino hombres vestidos de estera, mugeres disfrazadas de hombres con una escoba en la mano, tal cual muchacho con una casaca al revés y otros mamarrachos por el estilo y áun peores. Ni una comparsa decente, ni una caricatura picante, ni un disfraz de busto; nada, en fin, revela que el pueblo

se divierte con permiso de la autoridad; sino que retoza autorizado por la misma. Las mugeres de mal vivir, condenadas todo el año á arrostrar el desprecio de la sociedad, aprovechan la ocasion que se les presenta de cubrirse la cara y son las heroinas de la funcion. Tal cual estudiante de cirugía, envuelto en las sábanas de su patrona, se vale del bando para decir cuatro desvergüenzas á su catedrático en el paseo, y escita al propio tiempo la admiracion de las gentes, que no se rien del estudiante, ni de las gracias que haya podido decir; se rien.... estoy seguro de que no lo acierta el lector.... se rien de la sábana!...

Esas son las máscaras públicas de la capital de España. Esa fiesta es la que tiene por espacio de tres dias, desiertas las oficinas, las tiendas y los talleres. El público vive en las calles y en los balcones, olvidando de tal modo su propia defensa, que la atmósfera se ceba en repartir pulmonías y los ladrones en mudar los muebles y las alhajas de unas casas á otras.

En los barrios bajos, donde se conservan algo más puras las costumbres de nuestros abuelos, ó mejor dicho donde no se avergüenzan de practicarlas, se divierten de una manera más variada y ménos sucia. Á la puerta de una casa se sientan diez ó doce mugeres, preparadas á reir en el momento que algun cándido transeunte quiere coger un duro que ellas han clavado en el suelo, ó desenvuelva una piedra que liaron con malicia en un papel. Una jóven graciosa se pára detrás de un caballero y le toca en el hombro con un guante henchido de harina que

lleva atado al estremo de un baston, y cuando aquél vuelve la cabeza, se encuentra con un rostro hermoso que se rie de haber empolvado el de su prógimo. Otra se desliza de puntillas para prender una *maza* ó rabo de papel á los que pasan por la calle, y sus compañeras cantan las tan inveteradas como estúpidas palabras de *daca la maza, que la lleva el borriquito que vá á la plaza*, etc. Otras, en fin, se entretienen en mantear un pelele de trapo ó de paja, cantando aquello de:

Pelele, pelele,
tu madre te quiere,
tu padre tambien;
todos te queremos,
arriba con él.

Las bromas de esas gentes, que no tienen gran poesía tampoco, concluyen con una espléndida merienda, unos cuartillos de vino, y unos cuantos pliegos de papel sellado, que más tarde emborronan los curiales para sacar los cuartos á los que de resultas de esas bromas *mudaron* aquella noche *de domicilio*. (Y esta frase bonita que ha sustituido á la horrible de privar á un hombre de su libertad, llevándolo á la cárcel, no es nuestra, pero está de moda y no queremos dejar de usarla á fuer de gente jóven y por si conviniere aclimatarla.)

Los bailes de máscaras (Q. D. H.) pretenden galvanizarse en esos dias; pero no lo consiguen. Los almacenes de trages, llenos de éstos á las doce de la

noche, indican que nada basta á resucitar por ahora esa diversion. Cien dependientes de comercio que aprovechan todas las ocasiones que se les presentan de hacer una vez al año lo que nunca hacen (dormir fuera de sus casas), acuden allí de frac y sombrero, á oirse llamar judíos, por una máscara que les sacó fiado el trage que lleva, y los que ha dejado en casa por estar rotos; una docena de jugadores que pierden al champagne lo que ganaron al monte; otros tantos niños de la escuela moderna, que restituyen al fondista lo que sacaron del bolsillo de sus padres; y ciertas mugeres que contaban al ir allí con el comerciante, con el jugador y con el niño, esa es la concurrencia legítima de esos bailes hoy dia de la fecha. Las demás personas que allí se encuentran, se hallan en todas partes y no merecen ser citadas aquí. El elegante que entra á las dos y se retira á las tres; el provinciano que se marcha aburrido porque nadie le ha dirigido la palabra; el militar que asiste por tener un motivo de abandonar la guardia, y el empleado que se busca á sí mismo un pretesto para faltar al dia siguiente á la oficina, toda es gente que vá por no dejar de ir, y está dicho todo. Hé ahí los bailes públicos que tantos prosélitos tuvieron hace doce años! ¡Así pasa todo en este mundo! Y como á él pertenecen los bailes de trage, que es lo que hoy priva, pasarán del mismo modo. Por cuyo motivo y por otros que me callo, hasta que pueda familiarizarme con la idea de que los hombres se disfracen sin cubrirse el rostro, guardo silencio sobre semejantes diversiones.

Y apropósito de diversiones debo decir á vds. que la mejor que yo conozco es la de soltar la pluma al concluir un artículo.

III

MARZO

No suele tener más juicio que su antecesor, el mes cuya história emprendemos, y con las señas que de él voy á daros, le conoceréis áun que se presente fuera de tiempo; cosa en él harto comun. ¿Pero qué podré yo deciros, ocupado como estoy en recoger los papeles que vuelan de mi mesa, ni qué habeis de escuchar vosotros, si harto teneis que hacer con sujetar la capa ó correr tras del sombrero que huye de la cabeza, nó con sus alas, sino con las del viento? Retiraos á vuestras casas hasta que el huracan revolucionario abandone las calles, y esperad en ellas este artículo, de cuyo recibo tendréis la bondad de avisarme; siquiera digais de mí, lo que yo digo de aquél que despues de haber escrito una carta, añadió una posdata en que decia: *Si no recibiere vd. la presente, sírvase avisármelo para mi gobierno.* El tal prójimo, cuyo autógrafo obra en mi poder, habria hecho mejor en gobernar su cabeza, y yo no haré

mal en defender mis papeles de los vientos de Marzo, para deciros:

Que cuenta treinta y un dias de una vida tempestuosa y bullanguera, que ni duerme ni deja dormir á nadie, y que su estremada aficion á los instrumentos de viento, le hace pasar las noches silbando en medio de la calle. Las torres, las ventanas, las puertas, los faroles, todo lo anima con su incansable aliento, y en todas partes halla armonías para su diabólica orquesta. Pasa entre dos amantes que se estaban requebrando al resplandor de la luna, y apaga de un soplo la antorcha de himeneo, separándolos con violencia. Se introduce en el gabinete del poeta, por el agujero de una cerradura, y apaga la vela que se quemaba las cejas por convertirse en una oda. Proclama el comunismo poniendo lo de abajo arriba en los vestidos de las mugeres, y lo de arriba abajo, derribando las tejas de los edificios. Acaricia las ilusiones del hortelano, meciendo suavemente los verdes renuevos del arbusto, y luégo los ennegrece, helando el gérmen de vida que brotaba en ellos. Zumba en derredor de los hospitales con espantoso aullido, y á todos los reos que encuentra en el lecho del dolor, los hace sufrir la última pena. En suma, con decir que entra por las calles de Madrid, llevándose cuanto encuentra al paso, y que la más ancha es estrecha para su arrogancia y orgullo, está dicho todo.

Resta únicamente advertir, y en haciéndolo así estamos despachados, que no le dejan venir solo al mundo. El Santo Ángel de la Guarda le acompaña

en sus primeros pasos; y esto que podria obligarnos á decir cuatro palabras sobre la romería que se celebra el dia 1.° de Marzo, nos hace únicamente recordar á los lectores, que lo que dijimos de San Blas, en el artículo anterior, se tenga por dicho del Ángel, y punto concluido. Ceremonias de mayor valía nos llaman hoy la atencion, y *memento homo, quia pulvis est, et in pulverem reverteris.* Acuérdate hombre, que has ofrecido escribir la crónica del mes de Marzo y no hagas lo que otros tantos historiadores, que de todo hablan y en todo están ménos en su história. Acuérdate del bondadoso lector que ha sufrido resignado la innovacion que te plugo hacer de concluir el mes anterior el último dia de Carnaval. No te olvides de que te está esperando para *tomar la ceniza*, y acuérdate por fin, de aquellas gentes que dejaste bailando el Mártes de Carnaval. Esas figuras cadavéricas que no osan mirarse recíprocamente, son los personages de tu história, que huyen tus miradas para que no adivines lo que pasa en su alma. Marchitas y secas las ilusiones que halagaron su mente á las doce de la noche del dia anterior, envidian ahora la fé con que los fieles acuden á cubrir de ceniza su cabeza. *Memento homo quia pulvis est, et in pulverem reverteris.*

Esto me decia yo á mí mismo (circunstancia precisa para decirlo despues á los lectores) en la madrugada del *Miércoles de Ceniza*. Las calles de la capital eran mi biblioteca; leia en las gentes que salian en tropel de los salones, y cada puerta que se abria para recoger al dueño de una casa, era una

hoja más del libro en que yo estudiaba los goces de la humanidad. Entre aquellos semblantes pálidos y descompuestos que bajaban los ojos avergonzados de ver la luz del dia, buscaba yo en vano un rostro hermoso, de los infinitos que habia visto entrar en el baile seis horas ántes. Las mugeres preguntaban al antifaz que colgaba de sus brazos, por el encendido carmin de sus megillas, y creian que el cadavérico y descoyuntado galan que las daba el brazo, no era el elegante y gallardo jóven que las habia declarado su amor en el baile. Los hombres no se atrevian á repetir á su horrible pareja las protestas de amor que hicieron á la misma, cuando graciosa y esbelta les hizo la honra de permitir que la convidaran á cenar. Ni una mirada espresiva, ni una palabra galante, ni una sonrisa graciosa, nada pasaba entre aquellas parejas que huian con paso perezoso y tardo, del edificio que habian asaltado con loco entusiasmo momentos ántes. El vivo resplandor de cien bugías que alumbraba la entrada de aquel paraiso se habia cambiado en una luz tíbia y opaca que ardia en el pórtico de un cementerio. Los vientos del otoño habian marchitado las auras de la primavera. Las flores de Mayo, morian quemadas por el sol de Agosto. Las ilusiones descansaban yá en el sepulcro eterno del desengaño.

Yo leia en los semblantes de aquellas gentes un secreto pesar de haber asistido al baile, y un vago recelo de que sus respectivas moradas hubiesen desaparecido ántes de ocultar en ellas su vergüenza. Los veia pasar delante de mí en silencio, sin

atreverme á preguntarles de qué nacia su tristeza. Ocultaba la alegría de mi rostro en el embozo de mi capa, como habria ocultado un cigarro delante de una persona que se hubiese emborrachado fumando. Abrir mis ojos satisfechos de dormir delante de aquella gente soñolienta y desencajada, habria sido peor que enseñar á un amante desengañado las primeras cartas de amor que escribió á su fementida novia. Hartos desengaños tenía yo que sufrir en mis ilusiones, para que me gozase en la desgracia de los que quizás eran más felices que yo por haberlos encontrado primero. Soy, como ustedes saben, más propenso á la risa que á las reflexiones filosóficas, y me puse á reir de aquel espectáculo, que por otra parte, no merecia otra cosa.

¿Quién no se rie al ver unas piernas de odalisca, bajo una mantilla española? ¿Quién puede estar sério al frente del emperador Cárlos V con sombrero de copa alta? No hay filósofo que siga siéndolo si tropieza con una manola que cubre su cabeza con un sombrero francés, ni hay quien conserve la gravedad viendo las vestales embozadas en un manton negro, y con un pañuelo azul en la cabeza. Las amazonas y los guerreros que huyen disfrazados del campo de batalla, escitan la risa de los mismos que les brindan un asilo en su desgracia. Nadie permanece sério al ver el desórden con que vuelven á sus casas, los que salieron de ellas ordenados y compuestos, á escepcion de los criados que han dormido á pierna suelta, hasta la hora de recibir á sus amos. Esos bienaventurados hijos de Santiago

ó de Pelayo, ni vieron cómo iban vestidos al abrirles la puerta para que fueran al baile, ni ven cómo vuelven al permitirles la entrada para que atiendan al lecho que quedó huérfano. Son los verdaderos filósofos del mundo, y aunque les satisface el ver que ocupados sus amos en ir al baile no les ajustaron la cuenta del dia anterior, no se toman el trabajo de desear que todos los dias haya bailes de máscaras. Con su esportillo al brazo, y resueltos á sisar en el pescado lo que sisaban en la carne cuando no era Cuaresma, salen á la calle, calculando las vacas que podrian comprar en su tierra, con el valor de cada uno de los trages que encuentran al paso. Las almas cristianas siguen miéntras tanto inclinando sus cabezas ante el sacerdote que les echa un polvo de ceniza en la frente. Y de esta humilde ceremonia que simboliza uno de los principios más sólidos de nuestra religion, tomó pretesto un célebre mahometano, para decir que «los españoles pierden »el juicio por espacio de tres dias y luégo lo recobran »con un polvo de ceniza.»

Tal era el cuadro que presentaban las calles de Madrid la madrugada del Miércoles de Ceniza. La reñida batalla que se habia empeñado aquella noche entre el Carnaval y la Cuaresma, cesó á las siete de la madrugada. Hubo alguna escaramuza, hasta las ocho, pero á las nueve todo estaba concluido. La gula habia sido vencida por la templanza. El triunfo del pescado sobre la carne no era desconocido de nadie, y un silencio sepulcral habia sucedido al desornado griterío de la batalla. Ni los vencidos se

impacientaban por la humillacion sufrida, ni los vencedores pregonaban la victoria lograda. Pero aquella calma más parecia un armisticio entre ámbas partes, que la derrota completa de una de ellas. Los vestuarios del ejército vencido seguian abiertos, y los pasquines de las tiendas anunciando que se alquilaban *caretas, dominós y capuchones*, hacian sospechar con fundamento que no se habia concluido la guerra. Dudábase si era la audacia de los vencidos ó la tolerancia de los vencedores la que mantenia vigentes aquellos carteles de desafío; pero era cierto que existian y todos esperaban que empezase de nuevo la lucha.

No se hizo ésta esperar mucho tiempo, y á las doce de la mañana aparecieron en las calles algunos grupos de gente enmascarada que se dirigian en silencio hácia la Pradera del Canal. El pueblo de Madrid salia en tropel por la puerta de Atocha, y todos los carruages de la Córte iban cargados de gente atropellando, segun costumbre, á la infantería. Yo llegué á la Pradera como uno de tantos, y al verla sembrada de gentes comiendo y bailando alegremente, conocí mi error, y me persuadí de que lo que yo habia tomado por campo de Agramante, eran las bodas de Camacho ó cosa por el estilo. Acordábame, sin embargo, de que las gentes que allí bailaban eran las mismas que yo habia visto derrotadas al amanecer, y no podia convencerme de que en tan poco tiempo los vencidos se hubiesen tornado en vencedores. Aquellas escenas trastornaban mi mente, y tan pronto creia que semejantes

comilonas tendrian por objeto emborrachar á los partidarios de la gula para que entrasen en lucha con la templanza, como me figuraba que ésta habria decretado que sus contrarios se hiciesen á la vela para Filipinas en el embarcadero del Canal. No sabía qué pensar de lo que allí pasaba, y quise salir de dudas por el camino más corto. Preguntéle á uno de los enmascarados qué significaba aquella broma, y su contestacion me puso á punto de perder el juicio. Díjome que aquello, es decir, aquellas gentes que allí se atracaban de pavos y de jamones, estaban *enterrando la sardina*.

Figúrese el lector, por acostumbrado que esté á los vice-versas, y á los versos-viciosos, ¡cómo me quedaria yo al oir semejantes noticias! ¡Yo, que creia saber el significado de la palabra *carnes-tolendas*, y que estaba seguro de que no era el pescado sino la carne la que habia fallecido aquella madrugada! El entierro de la sardina, cuando precisamente acababa de nacer, me parecia un infanticidio horrible, y asustado de que en un pueblo católico se permitiese y sancionase una ceremonia que no tiene otro mérito ni otra gentileza que la de ser una fiesta digna del gentilismo, abandoné la Pradera.

Cansado de preguntar á cuantas personas hallaba en el camino, el orígen del llamado *entierro de la sardina*, y despues de registrar bibliotecas con el propio objeto, he llegado á convencerme de que es uno de los problemas que, como el de la cuadratura del círculo y compañía, está por resolver aún. Para mí no tiene otra esplicacion, sino la de que como el

pez no habla y el hombre sí sucede que éste dice que entierra la sardina, por aquello de que,

el mentir de las estrellas
es un seguro mentir,
porque ninguno ha de ir
á preguntárselo á ellas.

En este caso no hace el hombre ni más ni ménos que las *gacetas* de todos los paises, cuando cantan los triunfos que han obtenido sus armas sobre las del estrangero. La vida se alimenta de ilusiones y cada cual se hace las suyas. El segundo dia de Cuaresma me hacía yo la de creer que habia muerto para siempre la causa del Carnaval, cuando cátate que en la mañana del Sábado aparecen nuevas proclamas en las esquinas escitando al público á la diversion, y llamándole á las máscaras, al grito eléctrico de *Piñata*.

Esa palabra, que en el idioma italiano significa olla ó marmita, y entre nosotros no quiere decir nada, era el último suspiro del Carnaval, y las gentes que cedieron á su mágica influencia, apénas tenian valor para ponerse la careta. Los disfraces habian perdido el pleito en el baile de Piñata, y toda la broma se redujo á una lotería estraordinaria á beneficio de los dueños de los salones. Uno rifaba un lote de 10,000 rs. entre cuatro mil billetes de á duro; otro un caballo de estampa, que parecia estampado; quién doce jamones como bacalaos y un plato de dulces, y no faltó quien desapareciera con el lote y

el dinero de los billetes, para verificar el sorteo Dios sabe dónde. Yo no tuve el gusto de que me tocára ninguno de los premios, y aunque no habia optado á ninguno de ellos, me puse de mal humor. Pero me consolé bien pronto, porque miéntras cierto público se habia aburrido presenciando el último motin del Carnaval, yo me habia divertido completamente en casa de cierto señor, cuyo nombre callo, porque si digo quién es.... son mis lectores capaces de adivinarlo.

Era una de esas casas donde no habia habido *raouts*, *bufets*, ni más baile que el de San Vito, que por desgracia (y lo siento) padeció un tiempo la señora de la casa de resultas de cierta cosa que aunque yo la calle, la atestiguan dos hijos gemelos. La sala era modesta, y no habia en ella ni arañas ni colgaduras; pero pendia del techo un alambre en el que ordinariamente se colgaba la jaula del canario, que esa noche.... habia *mudado de domicilio*. Cincuenta personas de ámbos sexos formábamos la concurrencia, y á las diez de la noche (hacía yá dos horas que estábamos bailando) nos sorprendió el amo de la casa, mandando á sus criados que donde habia estado hasta entónces la jaula colgasen un enorme globo de papel, lleno de cintas y flores. La palabra *Piñata*, que en letras de oro se leia en aquella estraña aparicion, corrió de boca en boca, miéntras mi amigo trataba de buscar el centro de gravedad de su globo, sin cuidarse al parecer de darle direccion, ni de otras cosas por el estilo de que otros se cuidan. Aquel globo traia una mision

mas sólida, y sus resultados fueron más halagüeños y más prontos que los que ha obtenido hasta el dia cierto ensayo que ustedes saben y yo no ignoro. La esposa de mi amigo echó las tarjetas, de los que allí estábamos, en un sombrero, y una de sus hermosas hijas sacó una de ellas y leyó el nombre del agraciado. Vendáronle los ojos, y con un baston en la mano le dijeron que descargase sobre el globo: y aunque el tal no lo hizo así, sacudió un palo á una señorita, que aseguraba despues haber visto con la fuerza del dolor lo que habia dentro del globo. Tres ó cuatro ciegos acometieron sucesivamente la misma empresa y el globo seguia inviolable; hasta que le tocó el turno á un maestro de escuela y se consumó el sacrificio. El techo se llenó de pájaros que caian asfixiados por el calor de la sala, y el suelo se cubrió de dulces, que los hombres recogieron con afan para obsequiar á las señoras presentes.... y á las que no estaban allí, pues no faltó quien se llenára los bolsillos. Debilidades azucareras de la especie humana. Dulces pasatiempos del hombre goloso. La sangría del globo habia indemnizado á mi amigo el trabajo de cuatro dias que habia invertido en aquella labor, y el dinero que le habian costado dos docenas de pájaros y cuatro arrobas de dulces. Él estaba satisfecho de su triunfo, y nosotros no envidiábamos su satisfaccion, sobre todo desde que supimos el precio de ella.

Pasada la noche de Piñata, ocurrió lo que suele ocurrir ordinariamente despues del Domingo, y es

que viene el Lúnes, y con él los propósitos de las gentes, que aunque no se realizan en aquella semana, se pueden realizar en la venidera. En ese dia se consolidó el imperio del bacalao y de las lentejas, y la Cuaresma ejercia su dictadura sin sobresaltos ni alarmas. Díjose por algunos ilusos, que el dia de San José se daria el grito en algunos salones, y que la careta haria una de las suyas; pero el dia 19 pasó sin otra alarma que la de los confiteros, que invadieron las calles de la capital con sus platos de dulce. Las monjas estaban complicadas en el movimiento revolucionario; pero faltaron á su compromiso, y en vez de repartir proclamas, repartieron fuentes de natillas y huevos-moles por todas las casas de la capital donde vivia algun tocayo del santo del dia. Yo estuve de *servilleta prendida*, ó de *paño en ojal*, en casa de mi amigo D. José María Fernandez, quien entró en mi casa la víspera del dia de San José saludándome con estas palabras:

—Supongo que no habria necesidad de que yo viniera hoy aquí á decir á usted que mañana lo esperamos en casa á *hacer penitencia* con la familia! ¿Será usted de los nuestros, eh?

—Dispénseme usted, le repliqué, pero....

—No hay pero que valga.... No sufro yo que me abandone usted por ningun otro Pepe.

—Si no es eso, sino que....

—¿Alguna Pepa?

—Tampoco.

—Pues nada, lo dicho dicho; mañana hace usted penitencia conmigo. No comerá usted tan bien como

en su casa; pero un dia es un dia, amiguito. Estamos sólo los de casa; mi familia y la de mi muger; don Laureano y su esposa, á quienes yá usted conoce; cuatro esclaustrados y los compañeros de la oficina nada más.

Mi amigo salió sin quererme oir en última instancia, y yo me fuí aquella noche á casa de don Laureano, para que, como más versado en la materia, me dijese la hora y demás circunstancias del convite. Halléle trabajando en su despacho, y sentia interrumpirle en su tarea; pero él me dijo que se alegraba de verme, y enseñándome una lista que tenía en la mano, esclamó:

—En nombrando al ruin de Roma, cátate que asoma. Estaba yo envidiando la memoria de usted, porque hace yá tres horas que estoy recordando los Pepes y Pepas que conozco, y aún no he apuntado más que 54; temo que se me hayan olvidado algunos. Es un trabajo ímprobo cuando llega uno de esos santos tan populares como este. Luégo mi muger ha perdido la lista que hicimos el año pasado, y he tenido que andar registrando todas las guias desde el año 24 al 31, porque en las modernas no tengo ningun amigo. Mis conocimientos pertenecen yá á la história, como ustedes dicen.

—¿Y piensa usted mandar tarjetas á todos los que están en esa lista? le pregunté asombrado.

—¡Tarjetas!... replicó D. Laureano, ¡qué disparate! Iré yo en persona á todas las casas, escepto tres que he visitado hoy y cinco que dejo para la octava. Mañana *huelo á baqueta*, amigo mio; he

pedido un *Simon*, y de ese modo en cuatro horas despacho. La última visita será la de nuestro amigo D. Pepe María, donde espero tener el gusto de que comamos juntos. Verá vd. qué bien nos trata. Es hombre de mucho rumbo, y como es el santo de su muger, el de su hija y el suyo, de un tiro mata tres pájaros, y puede echar el resto.

—No tal, le dije yo, me ha ofrecido tratarnos con confianza, y dice que harémos penitencia.

—Á él no le toca decir otra cosa; pero esté vd. seguro de que habrá una mesa opípara. Cuente vd. de fijo con que lo ménos que hay son cinco clases de sopa y doce entradas, sin contar con los entremeses. ¡Yá verá vd. qué mesa nos pone el tal D. Pepe! Todos los años paso yo á dieta la víspera de San José.

Efectivamente, D. Laureano no me habia engañado; pero el dueño de la casa, tambien me dijo la verdad cuando me aseguró que haria penitencia. Temo que el lector no me crea si le cuento la que sufrí en la comida, y dejo para otra ocasion, el esplicar lo que son esa clase de convites. Basta decir por hoy, qué tal quedé al salir de allí, que sólo de acordarme no puedo continuar este artículo, y aplazo para el siguiente la história de la Cuaresma.

Pero ántes de soltar la pluma, quiero decir dos palabras, que el lector tendrá la bondad de añadir á las que escribí en el artículo anterior, hablando de las máscaras públicas. Dije entónces, que nada indicaba que el pueblo se divertia con permiso de la autoridad, sino que retozaba autorizado por la

misma; y el haber dicho otra cosa, habria sido faltar á la verdad, porque eso, y nada más, es lo que ha ocurrido siempre en Madrid. Pero este año de 1849, ha sido tal el entusiasmo con que se ha recibido la licencia de cubrirse el rostro, que bien puede decirse que las máscaras públicas han sido la única diversion del Carnaval. Las calles y los paseos se llenaron de máscaras, que aunque de poco gusto en sus disfraces, entretuvieron al público con sus chanzas delicadas y de buena sociedad. Los hombres tuvieron la galantería de vestirse de mugeres, ocurrencia que estas no han llevado muy bien, porque gracias á la revolucion del siglo, no se encuentran tan en minoría que necesiten refuerzo. Sucede por el contrario (y esto lo dicen ellas á los pocos que quieren oirlos), que segun su estadística, para cada varon que pisa la Vicaría, hay siete hembras esperando turno y echando suertes.—Hubo además de esas máscaras pedestres, algunas á caballo, y muchas en carruage; los más notables de estos últimos, fueron los coches de los que iban en camisa, con un estandarte que decia: *El esceso de nuestras pasiones;* el carro de las fieras; la carroza de los payos (*Pierrost*) que iban arrojando dulces, y algun otro coche notable por el lujo aristocrático de los postillones. El paseo de Atocha recordaba con algun fundamento el Carnaval de Roma, de que nos hablan los viageros, y el público de Madrid ha quedado muy satisfecho y muy entusiasmado con esa diversion, que indudablemente tomará un gran incremento en el año próximo. Nuestras autoridades,

cuidarán de permitir esa inocente diversion á los madrileños, y si por casualidad se olvidáran de hacerlo así, el pueblo sabrá suplir esa falta disfrazándose con su propio permiso. Así lo ha hecho este año el Miércoles de Ceniza, en cuyo dia hubo mayor número de máscaras que en los tres del Carnaval, á pesar de que estaba prohibido el disfrazarse. Está visto que no hay mejor justicia que la que uno se hace por su propia mano, y que si de los atrevidos es el reino de los cielos, de lo contado come el lobo y anda gordo, y de los adelantados nacen los avisados.

Por lo cual, ántes que vds. me avisen para que suelte la pluma, me adelanto yo á dejarla en infusion hasta el artículo siguiente.

IV

ABRIL

Las locuras de Febrero y los vientos de Marzo no podian tener otro fin que el que han tenido. Enero nos administró el frio en cantidades homeopáticas, y el resultado ha sido, que lo que debió ser ántes fué

luégo, y aunque no es lo mismo, es peor, y el tiempo se ha de tomar conforme viene, aunque no venga conforme debe venir. Marzo volvió el rabo, y si en Febrero buscaba la sombra el perro, en Mayo habrémos de quemar el ramo, y así andarán las estaciones trocadas y revueltas como los negocios de Europa. Abril toma las riendas del año en momentos difíciles, y se ve obligado á hacer corte de cuentas, dando una nueva amnistía completa, y purificando el país con las aguas de un nuevo diluvio.

La tierra, seca y endurecida por los frios extralegales del mes anterior, ahogaba en sus entrañas los frutos de la nueva generacion, y era preciso impedir á todo trance tamaño infanticidio. El sol era una cataplasma demasiado fuerte atendida la naturaleza del enfermo, y confiarle la cura habria sido lo mismo que reanimar en un horno de vidrio al animal que ha perdido la sensibilidad entre la nieve. Necesitaba la tierra un rocío templado que abriese sus poros, desarrollando el calor que ella guardaba. El suave aliento de las nubes que cubrian el horizonte bastaba á impedir la muerte prematura de los séres orgánicos que querian abandonar el seno materno, para lucir las breves galas de su juventud, y morir despues en la flor de su vida. Los animales no podian estender sus miembros en la fria atmósfera de Enero, y necesitaban un manto que condujese el calórico á sus entumecidos cuerpos. Las aguas de Abril estaban llamadas á derramar un bálsamo de vida sobre todos los séres de la creacion, y ellas fueron las precursoras de la primavera que

nos estaba ofrecida para el equinoccio de Marzo. Las semillas, comprimidas hasta entónces por la dureza de la tierra, dilataban sus hojas en la atmósfera, asombradas de la gentileza de su talle, como el agua que sale trabajosamente por el angosto hueco de una peña, sin conocer su grandeza hasta que se derrama por el campo para convertirse en caudaloso rio. Las aves cruzaban sin pereza el abrigado espacio, y los cuadrúpedos hundian su planta en la alfombrada tierra que les servia de sustento.

Pero las aguas fueron creciendo, y el hermoso verdor de los campos desapareció de nuevo, dejando la tierra convertida en una laguna.

La suave lluvia de Abril, que moja sólo en fuerza de su constancia, es el velo que cubre el caos de la vegetacion. Es la compuerta del año, que se abrirá al dulce soplo del mes de las flores, para embalsamar el aire con sus perfumes y matizar la tierra con sus colores. Las aves se defienden en sus nidos de la humedad de la atmósfera, y esperan en ellos la formacion del paraiso que han de vivir más tarde.... Á todo esto, el habitante de Madrid, que tiene razones de sobra para saber que nunca le sobrará nada, y no espera (y hace bien) que sus gobernantes le fabriquen ningun paraiso, ni tiene nidos donde guarecerse, sino cuando *muda de domicilio*, anda por las calles pisando lodos, y se ve obligado á estender un paraguas, para que tras de verse mojado hasta los huesos, no le digan que el agua de Abril no es agua, sino *cala-bobos*.

Y hé aquí la hora, lector de mi alma, de que tú

abras el paraguas y te cubras la cabeza, nó para defenderte del agua, sino para librarte del sermon que me ha ocurrido predicarte. No hagas caso de los que pagando á Morfeo las horas que le robaron en carnestolendas, te dicen ahora que desprecies mis pláticas y mis consejos. Desoye la voz de la pereza, que en las mañanas de Abril te dice que son buenas de dormir. Temprano se empiezan las buenas obras; y si al que madruga Dios le ayuda, el que se levanta tarde, ni oye misa ni come carne. Verdad es que antíguamente no servia madrugar para comer carne en los 41 dias de Cuaresma, porque estaba formalmente prohibido; y para que un carnicero vendiese media libra de semejante *comestible*, era preciso que el comprador llevase un certificado del médico, y otro del cura de la parroquia, declarando que se pedia para el puchero de un enfermo. Pero eso ocurria en tiempos del Santo Oficio, y en esas materias la mejor palabra es la que está por decir, pues es sabido que con la Inquisicion chiton, y punto redondo. Tambien entónces andaban los frailes predicando en medio de las plazas, y sucedian otras cosas que no son de este lugar, y si lo son que lo sean, y el que las sepa las diga, y si no quiere decirlas que las calle, que así como el público es dueño de lo que lee, yo lo soy de lo que escribo y en paz. Á mi pluma le sucede lo que al mono de maese Pedro, que no responde de las cosas que están por venir, de las pasadas sabe algo, y de las presentes algun tanto.

Hoy dia hemos simplificado mucho las ceremo-

nias religiosas, y llevados del espíritu refundidor de la época, hemos arreglado á nuestra escena la Cuaresma de antaño, reduciendo sus siete semanas á una sola: la Semana Santa. En esos dias parece el pueblo de Madrid lo que tal vez no sea; pero como el interior de las gentes es un terreno vedado para mi pluma, ella y yo, creemos de buena fé en la del pueblo que invade los templos esos dias, sin meternos en más averiguaciones. Mi opinion en ese punto es un secreto con el que no quiero cargar la conciencia de mis lectores. Narrando lisa y llanamente lo que hace y lo que deja de hacer en Cuaresma, don Lorenzo Alhucema, agente que fué *in illo* de muchos conventos de frailes, habré salido del paso sin poner nada de mi cosecha. Hasta el sermon que os tengo ofrecido es suyo, y ahora mismo le tengo en mi gabinete, esforzándose en convencerme de lo que yo estoy harto convencido. Se ha empeñado ese buen señor en predicarme, á mí, que soy pobre, sobre el lujo y la riqueza del presente siglo. Me dá tales gritos y me dice tales cosas, que no me deja continuar este artículo, y me veo obligado á copiar aquí lo que está diciendo:

—«¡Qué quiere usted que suceda, esclama mi »D. Lorenzo, con ese lujo que se ha introducido de »pocos años á esta parte! ¡Cómo ha de ser honrado »ese intendente, cuya esposa quiere rivalizar en lujo »con la del ministro! ¿Quereis que no se cobre á la »primer ocasion, lo que gastó para conseguir su »destino?... El carruage de 30,000 reales, en que »iba á solicitar un empleo de 20,000, los *raouts* y los

»*buffets* que daba en su casa para recibir en ella á »los ministros, todo se compró á *mejorar de fortuna:* »todas fueron correas que habian de salir del cuero, »*Talia dixerunt in inferno hi qui pecaverunt*, como »dice el latino. Vosotros habeis llenado de vicios »la sociedad, y ahora teneis el descaro de clamar »contra esa desmoralizacion, de cuya obra no podeis »ménos de avergonzaros. Buscais la conciencia del »mercader, y para entrar en su casa necesitais que »la cubra de alfombras y terciopelos. Le preguntais »al comerciante por la buena fé de sus abuelos, »cuando le obligais á quebrar, exigiéndole un 60 por »100 por el dinero que le prestásteis para sus espe- »culaciones. Os asusta que ese holgazan busque una »novia con 100,000 pesos, y no os acordais de haber »desdeñado su trato porque á los 18 años de edad »no tenia carruages, ni palco en el teatro: *Pharisei »audito verbo hoc scandalizati sunt....* Sí, fariseos, sí; »vosotros sois la causa de todos esos males que ahora »os afligen. Habeis destruido los palacios de la fé, »sin fabricar primero el templo de la razon. Habeis »olvidado las palabras de nuestro divino Salvador y »yá llegó la hora de su profecía: la malicia ha res- »friado la caridad: *Quoniam abundante malitia refri- »gescet charitas multorum.* La soberbia y el lujo »atrajo la ira del Señor sobre Sodoma, y esos demo- »nios serán vuestra ruina: *Ecce hace fuit iniquitas »Sodomæ....*» Seguia D. Lorenzo menudeando los »textos latinos, resabios que se le habian pegado de sus antíguos clientes, y yo me fuí quedando dor- mido, hasta que el pobre diablo predicador me

despertó preguntándome si tenía razon en lo que habia dicho. Respondíle que sí, aunque yá se me alcanzaba á mí que nó, porque lo que no va en lágrimas va en suspiros, y si nuestros padres nos dejaron dinero, nosotros dejarémos á sus nietos deudas, y todo es herencia. Ellos adquirian oro para comprar carruages, y nosotros adquirimos carruages para buscar oro. No diré yo cuál de los dos caminos es el mejor, pero el nuestro es más corto y más cómodo. Al freir será el reir, dice un refran, pero como hay otro que dice, si tan largo me lo fias écha-me un cuartillo, todo se compensa en este mundo, y claro es que en este siglo del vapor, todo ha de ir por caminos de hierro. D. Lorenzo no comprende esa velocidad moderna, y yo, que no sé cuál de los dos nos engañamos, rara vez contradigo sus razones.

—¿Ve usted ese enjambre de hombres? me preguntaba el otro dia pasando por la plazuela de Santa Ana; pues hasta en eso ha influido la maldita civilizacion de este siglo.

—Pues antíguamente, le repliqué, ¿no se reunian los actores para tratar de sus ajustes para el nuevo año cómico?

—Sí señor, me contestó D. Lorenzo; pero en primer lugar, no se llamaban actores, sino cómicos, no se los enterraba en sagrado ni tenian *don*, y últimamente no trabajaban hasta el Juéves de Pasion, como sucede hoy, sino que se cerraban los teatros el Mártes de Carnaval. Así, ahora, cuando uno no tiene dinero, no se puede decir que está más pobre que un cómico en Cuaresma, y....

—¡Se ha perdido un refran!... esclamé yo, acompañando con un suspiro el dolor de mi amigo.... ¡Qué lástima!

D. Lorenzo creyó de buena fé mi esclamacion, y llevándome á su casa, me enseñó una vieja de carton con siete patas, símbolo de las siete semanas de la Cuaresma, y de las cuales pensaba cortar una cada domínica, quemando por fin la efigie el Domingo de Resurreccion. Quedamos citados para asistir juntos á los oficios de la Semana Santa, y el Sábado de Pasion por la tarde me llevó á la plazuela de Santa Cruz. Allí compramos unas palmas (símbolo de virginidad que se vende á la puerta de la cárcel) y con ella asistimos el Domingo de Ramos á la procesion de nuestra parroquia. El Lúnes y el Mártes lo pasamos cada uno en su casa y Dios en la de todos, como suele decirse; aunque en la mia debió de andar tambien el diablo, porque á los chicos de la vecindad les habian comprado sus padres unas carracas ó matracas y los angelitos las manejaron de lo lindo. El Miércoles Santo fuimos á las *tinieblas*, á pesar de ser el siglo de las luces, y apenas se apagó la última que iluminaba la iglesia, empezaron los muchachos á remedar con sus instrumentos de madera, el choque de las piedras de Jerusalen á la muerte del Salvador. Unos golpeaban los bancos, otros rompian los confesonarios y no faltó quien enclavase en el suelo el vestido de una devota, cuyos gritos aumentaron el escándalo y la profanacion del templo. Yo salí horrorizado de semejantes desacatos, y acompañé á D. Lorenzo á su casa, donde se quedó dis-

poniendo las galas que pensaba lucir el Juéves Santo.

Ese dia no fuimos solos mi amigo y yo á visitar las iglesias, sino que todo el pueblo de Madrid salió á la calle con el propio objeto. La córte de España presentaba un cuadro original, pero magnífico, elocuente, digno de un pueblo católico que celebraba la festividad más solemne de su religion. Las campanas, mudas de espanto, no osaban mover sus lenguas; los tambores y los clarines gemian destemplados y roncos; los soldados inclinaban hácia el suelo las mortíferas bocas de los fusiles; los carruages estaban arrestados en las cocheras. Ni el mercader gritaba, ni la verdulera reñia; el sordo rumor de las pisadas era el único sonido que turbaba el magestuoso silencio de la poblacion. La moda habia hecho un paréntesis de medio siglo, y las gentes buscaban en la ropa de sus abuelos la fé cristiana que les habia usurpado la revolucion. En el interior de las iglesias no se oia tampoco el estruendo profano de las orquestas, ni el religioso acento del órgano interrumpia la devocion de los fieles que meditaban sobre la pasion y muerte del Salvador. La Reina salió tambien á *andar las estaciones*, despues de haber lavado los piés y servido una comida á doce pobres en el régio alcázar. Las autoridades siguieron el ejemplo de su Soberana, y el recogimiento religioso del Juéves duró hasta las diez de la mañana del Sábado, si bien es cierto que en la tarde del Viérnes se turbó algun tanto la tranquilidad de la poblacion.

La llamada *procesion de los Pasos*, que hoy consiste en pasear por ciertas calles media docena de efigies, escoltadas por medio millon de soldados y presididas por el gefe político, es otro de los desacatos que comete este pueblo católico, apostólico, etc. Á juzgar de la procesion por el desórden de los que van en ella, y la irreverencia del inmenso gentío que acude á verla, nadie diria que se trataba de la ceremonia más grandiosa de nuestra religion. No parece sino que el pueblo que se compungia el Juéves, al recordar el escarnio y la burla que hicieron los judíos de su Dios y Señor, quiere en la tarde del Viérnes escarnecer y ultrajar, para tener al año siguiente motivo de compungirse. Escusado nos parece decir que hubo corridas, despues de haber dicho que hubo procesion. Si alguna vez se suprime algo será la procesion pero las corridas de ningun modo.

El Sábado por la mañana soltaron sus lenguas las campanas, desquitándose del tiempo perdido, por espacio de tres horas; rodaron de nuevo los carruages; se alzaron los fusiles; abrió el comercio sus tiendas, y al toque de glória y al grito de *alleluya*, todo cobró nueva vida. En los barrios bajos no faltó quien ahorcase un muñeco de paja, llamado Júdas, prendiéndole fuego por ende en medio de la calle. El pescado se acordó de que el Miércoles de Ceniza le habian hecho las honras anticipadas, y se contentó con morir lisa y llanamente, dejando su puesto á los jamones y á los corderos, presidentes natos de la Pascua de Resurreccion.

Así pasó la Semana Santa, y con ella los sermones, los ayunos y la oracion. Abriéronse de nuevo los teatros, los tribunales y las velaciones, para tormento de los esposos, de los magistrados y de los solteros. El padre de familia, que habia rebajado de su presupuesto la partida de los teatros, se ve obligado á tomar un palco el Domingo de Pascua; el magistrado que creyó seguir cobrando su sueldo sin la molestia de ir á dormir á la Audiencia, se encuentra de nuevo rodeado de causas y protocolos; y el novio que habia sorteado el compromiso so pretesto de que estaban cerradas las velaciones, se halla en el caso crítico de esponerse á la crítica de sus amigos, por huir de que le critique su futura suegra. Pero al cabo y al fin, el padre de familia no se acuerda de lo que le costó el palco mientras dura la comedia; el magistrado duerme hasta el momento del fallo, y tanto le da echar una negra como una blanca en las votaciones; y el novio se casa, y como entónces no tiene niños ni amas de cria ni otros desperfectos por el estilo, se arrulla como un pichon con su querida tórtola y en paz. En cambio de eso, yo, que no soy padre, ni magistrado, ni novio, me aburro en todas épocas, y á no ser por la familia de D. Lorenzo, que tuvo la bondad de acordarse de mí el primer dia de Pascua, Dios sabe si abria preferido casarme ó ser magistrado: cosas ambas demasiado sérias para tomarlas á broma. Pero digo que D. Lorenzo se acordó de mí indemnizándome de los sermones que me habia predicado en la Cuaresma con una *comida de campo*

en Pascua; y yo debo decir á mis lectores lo que fué la tal comida, para que á ellos no les quede nada por saber ni á mí nada callado.

Un cordero que le habian regalado desde Búrgos fué la víctima asada del convite, y yo el cordero convidado para hacer de verdugo en el asador. Mi amigo habia ido la víspera á elegir el sitio de la fiesta, y en la pradera del Canal

entre dos álamos verdes
que juntos forman un arco,

nos apeamos de un faeton quince personas y cinco niños, más una cesta de provisiones, una almohada y una soga de esparto. La primera operacion de D. Lorenzo fué atar la soga entre los árboles; poner en ella la almohada, y dar permiso á sus hijos para que mecieran sus cuerpos en aquel columpio. Despues distribuyó su gente, mandando á los unos á cortar leña, á los otros á buscar agua, y su muger, su criada, él y yo quedamos instalados en la cocina. El cordero (Q. E. P. D.), cuatro libras de arroz, un queso, dos cazuelas, una arroba de verduras, y algun otro comestible que traia la cesta, todo se tendió sobre la verde alfombra del campo. Descuartizamos el animalito, limpiamos el arroz, picamos la ensalada y salimos al encuentro de los compañeros que venian cargados de leña y de agua. Mi amigo echó lumbres con un pedernal y un eslabon, y á fuerza de soplar la yesca encendida, entre un estropajo que habia sacado del bolsillo, logró la

llama que un fósforo le habria dado diez minutos ántes. Pero el fósforo y las contingencias de llevarle en el bolsillo son otros de los cargos que él hace al siglo actual, y no quiere ser cómplice en lo que él llama obras del diablo para descubrir los secretos del Criador. Sobre la hoguera que formó con la leña colocó la cazuela, y.... los que sepan cómo se hace un arroz con cordero, sabrán lo que hizo mi amigo D. Lorenzo. Yo no sé más sino que cuando nuestro cocinero preguntó por las *especias*, su muger se puso colorada, y él se echó á reir sacando unos papelitos del bolsillo, y diciendo que las mugeres eran unas *sosas;* pero que gracias á su memoria nada se habia olvidado.

Miéntras borborita el arroz en la cazuela, jugamos á la *gallinita ciega* y á *las cuatro esquinas*, retozando alegres sobre la verde yerba, hasta que tendido un mantel en el suelo, y puesta en el centro la cazuela, blanco de nuestras esperanzas, se repartió una cuchara de palo á cada uno, y nos pusimos á comer. El vino y el agua se escanció en un vaso de suela, que tambien llevaba á prevencion D. Lorenzo, y en el que bebimos los unos el enjuague de los otros, y todos saborearon el sabor de todos. Las bromas de esconder el pan, de echar tierra en el arroz, y de llenar de agua los sombreros, amenizaron la fiesta, y dieron que reir por más de una semana á la familia de D. Lorenzo. Levantamos el campo á las cinco de la tarde, y á las seis ménos cuarto salíamos del faeton para entrar en el café de la plazuela de Anton Martin. Allí hizo un gesto mi

amigo, como si echára de ménos alguna cosa, y le desagradó el encontrar una de más, que era el papel de color que habia reemplazado á las tablas de pino que antes cubrian sus paredes. De cuatro mesas pequeñas formamos una grande, y en ella nos sirvieron veinte vasos de leche amerengada y media arroba de barquillos. Yo hubiera preferido tomar café; pero me habia propuesto seguir el rumbo de aquellas gentes, y por otra parte me pareció justo acompañarlas hasta la sepultura, muriendo todos de un cólico.

El Domingo siguiente tambien estuve convidado en casa de D. Lorenzo á ver pasar el *Dios grande* de su parroquia, y á comer cuajada con tan plausible motivo, y no falté tampoco á la invitacion. No me atreví á preguntar por qué era grande aquel Dios, que en la especie del pan iba á darse á los enfermos impedidos de la parroquia, pero afortunadamente supe luégo que la grandeza consistia en el lujo de la procesion. Siendo muchos los enfermos, la víspera se habia administrado á los más el *Dios chico*, y el Dios grande se daba el Domingo á los ménos. Con esa esplicacion renuncié á buscar la igualdad por el camino de las ceremonias religiosas.

Me retiré á mi casa á celebrar por mi parte, yá que el pueblo de Madrid no le celebra por la suya, el aniversario de la muerte de Cervántes, leyendo el libro inmortal de nuestra literatura, y me encontré con un librito de efemérides, que en la del 19 de Abril de 1616, decia de esta manera:

En Madrid, murió hoy Cervántes
inventor de Don Quijote,
cuya obra envidian y aplauden
las estrangeras naciones.

Este salmo me pareció tan esquisito para leido como útil y provechoso para concluir este artículo.

V

MAYO

¡Cesó la lluvia!... Las aguas que el hidropático Abril dejó sobre la tierra se infiltraron en las montañas, y el rocío que se evapora en la atmósfera tiñe de verde los esqueletos de la vegetacion.

Abren las plantas su seno al dulce beso del aire, y los rayos de luz que se vierten sobre las flores, matizan el campo de variadas tintas. El árbol que osó gigante templar al sol los helados jugos que le prestaba la ribera, cruza sus brazos con los del arbusto que crece al otro lado del rio y ensancha ufano su verde follage como la nube que se dilata en el espacio para dar sombra á la tierra.

Los pájaros, verdaderos señores de ese paraiso, no bajan yá á la tierra á mendigar los granos que

vertió el hombre al recoger las añejas mieses; ahora se nutren con los aromas de la vegetacion, aspirando el aire que cruzan alegres al cantar las maravillas de la naturaleza.

La inconstancia de Febrero, los vientos de Marzo y las lluvias de Abril, léjos de irritar á Dios, como las maldades de Canaan, han servido como los vicios de Cam para purificar la tierra, helando la cizaña y robusteciendo la buena semilla.

Cesaron las aguas del diluvio y Mayo nos trae la verde rama, símbolo de la Primavera. Torna el calor de la atmósfera y su blando aliento dá nueva vida á todo lo creado. Las aves cuelgan sus nidos en la enramada para enseñar á sus crias los prodigios de la naturaleza; los peces suben á la superficie del lago para envidiar las flores que se retratan en el agua; los cuadrúpedos abandonan los establos para correr por la pradera; y las piedras se abren, para engalanar sus áridas grietas con los ricos despojos de la pródiga vegetacion.

Las tinieblas del caos han desaparecido y el simulacro de la creacion del mundo se reproduce de nuevo. El hombre lo ve todos los años y su decantada inteligencia no ha logrado sorprender aún el más pequeño de los secretos de la naturaleza. Orgulloso al considerarse dueño y señor de ese paraiso, pretende analizar en su miserable laboratorio todos los elementos que le rodean, sin convencerse nunca de la impotencia de sus esfuerzos. El absoluto dominio que cree ejercer sobre los otros séres de la creacion, le hace mirar con la altivez

del soberano, lo que no comprenderia siquiera ni con la humildad del vasallo.

Sus famosas investigaciones sobre la formacion del globo y la clasificacion material que ha hecho de las sustancias que le componen, le han enloquecido sobremanera, y ha creido poner el sello á su reputacion de semi-dios con la invencion de su *química orgánica*, que aún no ha llegado á ser otra cosa que desorganizadora. Los raquíticos pasos de esos ensayos, bautizados con el pomposo título de ciencias, han servido para aislar, al parecer, las sustancias de que se componen los cuerpos que sufren el análisis; pero en vano ha querido reunir esas mismas materias para formar con ellas objetos análogos á los que acababa de destruir. Despues de todos esos famosos descubrimientos, aún no ha podido el químico producir en sus laboratorios ni el más ínfimo de los insectos que huella su planta, ni una hoja de las que á su vista nacen y mueren, ni un grano de arena de los que le sirven de pedestal.

¿Qué ha hecho, pues, el hombre con su famosa inteligencia, superior á lo que hacen los irracionales por instinto? ¿Qué pasos ha dado en el estudio de los séres que considerándole imágen y copia del Criador le rinden obediencia y vasallage?

Despues de quemarse las cejas para escribir cien obras sobre higiene, nos dijo por fin que el frio no es frio sino la ausencia del calor, y á són de trompas y clarines, nos recomienda que usemos para nuestros vestidos lanas y otros objetos que conduzcan y mantengan sobre nuestros cuerpos el calor de la atmós-

fera. Pero las aves habian hecho yá tan estupendo descubrimiento, y sin consignarlo en los libros, buscan para sus nidos lanas, pluma y otras materias análogas. La golondrina no ha hecho nunca disertaciones sobre el clima de acá ó el de allá, y sin embargo, sabe bien dónde debe pasar el verano y dónde ha de retirarse en el invierno. La hormiga no conoce el cristus de la economía política, y á pesar de todo, prevee la escasez del grano y hace acopios ántes que llegue la estacion de los hielos.

¿Pero á qué fin nos distraemos ahora del objeto de este artículo, para citar ejemplos de lo que nadie pondrá en duda? ¿Hay quien ignore que los animales rumiantes huyen de los venenos que con flores galanas les brinda el campo, sin haber leido nada de *toxicologia?* ¿Necesita la industriosa abeja cursar las cátedras de *química vegetal*, para saber qué flores son las que contienen más azúcar y dónde debe picarlas para lograr su objeto? El castor, que tiene el instinto de adivinar lo que de él quieren sus cazadores, y con valor les arroja el codiciado tesoro, ¿no sabe buscar despues una planta para curar la herida que se abrió al huir de sus perseguidores?

Interminable sería nuestra tarea si hubiésemos de citar uno por uno todos los ejemplos, en que pudiéramos apoyarnos al decir, que el hombre dotado por el Criador de una inteligencia superior á la de los demás animales, tiene más razon para avergonzarse de su ignorancia que para envanecerse con su ciencia. Lástima dá verle ocupado de estudiar los astros y andar disputando sobre si gira de esta

ó de la otra manera la tierra que aún no conoce, siendo el más fácil de los estudios que pudiera emprender. Nada ha adelantado tampoco en el conocimiento de sí mismo, tiene la audacia de proclamar en todas sus disertaciones que nada le falta yá que saber, y que, gracias á sus estudios, ha arrancado á la naturaleza todos sus secretos.

La naturaleza se rie todos los años de la impotente arrogancia del hombre y se divierte en asustarle, retardando el agua que ha de fecundar la tierra, ó recogiendo el calórico de la atmósfera para que mueran los renuevos de la vegetacion. Pero la sonrisa de la naturaleza en el mes de Mayo disipa los temores del hombre, y el sol alumbra constantemente para que la vista pueda saciarse de tan magnífico panorama.

El aire que trae á la poblacion los gratos aromas del campo, bebe en las calles el perfume de las plantas que crecen en los jardines.

Todo es animacion y vida en el mes de las flores, y los habitantes de Madrid abandonan sus reducidos invernáculos para gozar el perfumado ambiente que viene regenerando la naturaleza. Pero apénas pasan las primeras horas del mes de Mayo, cuando el fúnebre sonido de las campanas abaten las flores que se elevaban altivas, y las hace caer sobre el sepulcro de los primeros mártires de la libertad.

El estampido del cañon lleva á los oidos de todos el mágico grito de independencia y libertad que lanzó el pueblo de Madrid para sacudir el yugo del capitan del siglo. El aniversario del memorable *Dos de Mayo*, de 1808, empieza á las dos de la tarde

del dia primero. Desde ese momento los ilustres nombres de Daoiz y Velarde, unidos al del tirano Murat, corren de boca en boca, y los rasgos de valor de aquellos héroes, son proclamados á la vez por cuantos sienten en sus venas sangre española. Es inútil preguntar á nadie la conversacion de todos, y basta escuchar las palabras de aquel anciano, testigo presencial de la gloriosa jornada, para conocer hasta el menor detalle de lo que todos los años se repite con el mismo entusiasmo. Mucho han degenerado los pueblos para exigirles hoy los sacrificios de entónces, pero Madrid siente ese dia un patriotismo tal, que quizás el recuerdo de aquellos héroes le haria volver por la glória de sus mayores. Al jóven que deja correr sus lágrimas al oir la narracion de aquellos sucesos, aún le creemos digno de empuñar con ardor la espada que yace fria al pié del monumento inmortal del Dos de Mayo.

Los poetas han hallado en esa gran página de nuestra história, inspiracion sobrada para perpetuar la memoria de Daoiz y Velarde con bellísimos cantos. Basta leer una estrofa de las que el malogrado Espronceda escribió sobre ese asunto, para buscar enemigos que combatir y opresores que castigar. El lector no puede ménos de entusiasmarse y correr á la pelea, creyendo que á él se dirige el poeta cuando dice:

«Héroes de Mayo, levantad la frente;
»Sonó la hora y la venganza espera,
»Id y hartad vuestra sed en los torrentes
»De sangre de Bailen y Talavera.»

Los periódicos políticos aparecen ese dia enlutados y llenos de composiciones en prosa y verso, alusivas al solemne aniversario, y todos ellos, si bien pretenden aplicar tan patriótico suceso al partido que representan, queman incienso en loor de las memorables hazañas de aquellos héroes, que primeros mártires de la independencia de nuestra querida pátria, lo fueron tambien para principiar en España una guerra de que al cabo de seis años salió vencedora contra huestes que lo fueron en otras regiones de Europa.

El Ayuntamiento de Madrid *hace* ese dia los honores de la casa y celebra en la Iglesia de San Isidro el Real unas solemnes exéquias por las víctimas sacrificadas cobardemente por los franceses. Despues se dirige al campo de la Lealtad, donde treinta años más tarde de lo que debiera, se alzó un elegante monumento, para perpetuar la memoria de la gloriosa jornada. Desde las cinco de la mañana, á cuya hora se celebra la primera misa en los altares portátiles del monumento, hasta las tres de la tarde, que termina la funcion con un responso, el Prado está cubierto de gente.

Nos escusamos los detalles de la procesion, porque aún nos quedan veinte y nueve dias que andar en este artículo y porque tendríamos que echar de ménos la presencia de ciertas gentes, en ese testimonio público del respeto que merecen al pueblo español, los hechos gloriosos de los mártires de la libertad.

Ese mismo dia por la tarde, el clero de San

Antonio de la Florida canta un responso, en la Moncloa, donde hay un pequeño cementerio que guarda los restos de los que fueron fusilados en aquella posesion del real patrimonio.

En cuanto al sitio donde murieron Daoiz y Velarde, nadie se acuerda de visitarlo, y sigue ocupado por una fábrica de fundicion, otra de harina y otra de hules. La calle en que está situado el que fué palacio de Monteleon, y parque de artillería el año 1808, se llama de Daoiz y Velarde, y punto concluido. Ni una miserable lápida revela que aquella tierra está regada con la sangre de los primeros mártires de la libertad. Nada le dice al curioso visitador que allí se dió á los pueblos el ejemplo de lo que valen, cuando quieren conservar su independencia.

Pero dejemos esas reconvenciones que harian interminable este artículo, atendido á lo que va dicho y lo que queda por decir, y echemos á volar la pluma por las calles de la capital el dia 3 de Mayo, desayunándonos primero con aquella jaculatoria que dice:

Hoy la emperatriz Elena,
Madre del gran Constantino,
Halló el precioso tesoro
De la cruz de Jesucristo.

Á los chicos y chicas de Madrid les importa poco ó nada que Santa Elena se viese obligada á subir al Gólgota en busca del santo madero; ni que para

distinguirlo de otras dos cruces que con él habia, tuviese que tender tres cadáveres en cada una de ellas, declarando por legítima la del único que resucitó; ni se cuidan de si hizo bien ó mal en destinar uno de los clavos para bocado del caballo de su hijo, ni preguntan por qué arrojó al mar otro clavo, ni nada, en fin. Á ellos les basta con saber que se encontró la cruz para andar por las calles recogiendo cuartos de los transeuntes. No pasan ellos cuidado alguno porque la Iglesia española haya dejado en latin la festividad, y á lo que es *descubrimiento*, lo llame Invencion de la Santa Cruz. Con el *invenio invenis invenire*, han hallado los muchachos el medio de merendar ese dia y poco les importa lo demás.

Cuatro colchas viejas, un retrato de Fernando VII, una estampa de Atala, y los collares de diez ó doce vecinas, forman un altar en cada portal, y acosan los chicos á cuantos pasan por la calle, pidiéndoles un cuarto y recibiendo dos para la cruz de Mayo.

En los barrios bajos la diversion es algo más crecida, y para formar esos altares, se reunen diez ó doce menestralas, hijas de aquellas manolas que se batieron como fieras en la guerra de la *Pendencia*, desayunándose con una bofetada en terreno francés todas las mañanas. En los altares de esas gentes no hay más retratos que el de Mina y el del Empecinado y una jóven, á la que llaman *Maya*, subida sobre la mesa. Así, de hora en hora, alternan aquellas vírgenes, en parecer tales, debajo de los doseles, hasta que llega la noche y con ella la hora

de cambiar el dinero recaudado, por una libra de jamon sin hueso, unos pasteles y algunas jarras de vino. La escena pasa en casa de una vecina que tiene una sala dispuesta para las ocasiones; pero ántes y á puerta de calle suele haber alguna disputa, sobre sospechas de poca integridad en la recaudacion.

—Aquí falta *trigo*, dice una de las mozas contando el dinero de la bandeja.

—Buscarlo, replica la otra; yo no me lo he comido.

—Si no tuvieras la conciencia de estopa, no te arderias tan pronto; dice con sorna la que contó el dinero.

—Lo que yo tengo de fuego son las manos.

—Por eso te se ha derretido el napoleon que te dió aquel usía del *remenengue*.

—Estate quieto, napoleon.... ¡Como tú has recogido tantos!...

—Yo ninguno, pero tampoco tendré que pagarlos más tarde.

—Lo que yo pago ahora mismo, es una *bofetá* de cuello vuelto que te *guelva* botin de suizo.

Y la bofetada se hubiera pagado á la vista, si otra manola que presenciaba la escena no hubiese separado á las interlocutoras diciendo:

—Chicas, estaos quietas.... *Mia* tú el demonio del napoleon! *pos* ni que *juera* Pepe Botellas, *pa* mover ese galimatías que estais armando! *Ca* apostais á que *dempues* de todo ese belen es relleno!... Si estamos llenos de *monea* falsa *ende* que los gaba-

chos nos han *embutio* sus napoleones.... Dejaos de disputas, que 19 rs. más ó ménos no nos han de quitar el gusto de merendar *toas* juntas en *cas* de de la Friolera.

La que acababa de hablar tenía gran autoridad sobre aquella gente y todas entraron en el lugar del festin, acompañadas de sus *gachés*, que como si hubiesen sido llamados por una campana, acudian como siempre á mesa puesta. Circuló la bota y duró la broma hasta las cuatro de la mañana, gracias á la amistad que para casos tales tenía el ama de la casa con el celador de policía, y como á esas altas horas de la noche no puede llegar nuestra crónica, damos por terminado el dia 3, y descansarémos hasta el 9 á las tres de la tarde, que sin saber cómo, nos hallamos en la Real Casa de Campo.

Las *carreras de càballos* es un espectáculo nuevo que disfrutamos dos veces al año, desde hace pocos, y que ni ha logrado popularizarse aún, ni lleva trazas de conseguirlo por ahora. La sociedad de la cria y fomento caballar, con sus aristocráticas familias, forman la concurrencia de ese hipódromo donde se presentan unas cuantas yeguas inglesas á probar el fomento de la raza caballar española. Correr y más correr es lo único que se hace en esas sesiones de competencia, sin que nada se dé á la belleza del animal, que sería el verdadero fomento de la raza.

Por lo demás, no crea el lector que esas cosas nos quitan las ganas de dormir, merced á que yá estamos acostumbrados á otras por el estilo, y hemos convenido en cerrar los ojos y pasarlas de largo. Para

solazarnos y entretenernos nos basta con ajustar un carruage que nos lleve al otro lado del Manzanares, el dia 14 por la tarde, víspera del 15 y hora en que dá comienzo la romería del pueblo de Madrid hácia la ermita de su santo patron el labrador Isidro, criado que fué en el siglo XII del caballero Ivan de Vargas. El marqués de Varela fabricó en 1724 la capilla que hoy existe sobre las ruinas de la que en 1528 edificó la emperatriz Doña Isabel, porque en aquel sitio diz la tradicion que dió el santo un golpe con su ahijada y brotó agua purísima.

Tal es la afluencia de gentes á la ermita, que por precaucion y por comodidad, debemos subir á la cima de los montes que rodean la pradera. Desde allí se goza un espectáculo digno de ser pintado por pluma mejor tajada que la nuestra, y yá que desgraciadamente no es esta la primera, ni la segunda, ni la cuarta vez, aunque prometemos que sea la última que nos ocupamos de este asunto, bueno será no detenernos demasiado en cosas, que si el lector las toma por su cuenta nos ha de dar quince y falta. Nos limitarémos á decir, para que no se diga que lo callamos todo, que al ver aquella multitud de tiendas de campaña y aquella masa impenetrable y sin límite de gente, cualquiera diria que toda la poblacion de Madrid, arrojada de las calles por algun terremoto, se habia acampado en la pradera de San Isidro.

Los carruages están siempre en el camino conduciendo gente; las fondas humeando sin cesar, los toneles de vino desangrándose en obsequio de sus apasionados, los dulces desertándose por arrobas de

las confiterías y las gentes todas comiendo y bebiendo en honra y glória del santo patron, y con sentimiento de ciertas patronas, cuyos huéspedes gastan en un almuerzo lo que á ella la deben por 31 almuerzos, 31 comidas y 31 camas. No falta en medio de aquella animacion y aquel contento, su gota de amargura, porque como suele decirse y suele suceder, ¡dónde irá el hombre que no necesite dinero! Verdad es que la prevision es para las ocasiones, y la fisionomía es una ciencia de suma importancia en esos casos. No tendria que empeñarse aquel jóven en dejar empeñado su reloj en la fonda, si hubiese conocido la causa de aquel esceso de amabilidad con que le saludaron sus vecinas en la pradera. Si él hubiera sabido que le admitian en su compañía á precio de un almuerzo, otra habria sido su cuenta; pero la esperiencia es madre de la ciencia, y dichosos aquellos que logran escarmentar al cuarto almuerzo siquiera. Pagar el quinto es yá sospechoso, pero en cuanto al sesto, es hacer plena prueba de incurable y de incorregible. El hombre que se deja *emprimar* seis veces seguidas, merece ser primo del universo entero.

El dia 15 de Mayo es un dia de verdadera locura para el pueblo de Madrid, y todas las clases de la sociedad toman parte en la fiesta, por más que parezca vinculada en la clase baja, y sea la heroina una muger cuyo tipo ha sido arrastrado por esas calles con la moda de los vestidos largos y las mantillas de blonda. La manola resucita el dia de San Isidro, y con aquella pantorrilla que Dios la dió

para tales ocasiones; calzado su pié con elegancia y lastrados sus bolsillos con mil reales en retratos de Cárlos III, fleta una calesa *descorría* y más *terne* que un relámpago llega á la pradera entre las voces de *viva el rumbo*, y vuelve á Madrid á la noche, ó al dia siguiente ó cuando Dios quiere y del modo que Dios quiere. Su influencia en aquellas regiones se sabe despues por los registros de la policía, y cuando en los últimos dias del mes de Mayo se la ve ir todos los dias con una cesta de provisiones á la cárcel de Villa, no se duda cuál fué el destino de su caballero andante en la romería de San Isidro.

Y en este punto parece que deberíamos dar por terminada la história del mes de Mayo, si yá no fuese lo que de seguro no será, y es que nos viniese á cuento volverla á tomar con los jardines, haciendo nuevas disertaciones botánicas. Pero demasiado bueno ha sido el lector en sufrir el exordio, y no queremos fatigarle con un epílogo parecido; otra causa tenemos para no soltar la pluma, y por más que estas revistas no crean de su dominio los sucesos especiales de un año determinado, no podemos negar que se han escrito en el de 1849, y los acontecimientos estraordinarios que en él ocurran han de ocupar un lugar en estos artículos.

El *dia 17 de Mayo de 1849* será una página demasiado importante en la história de los pueblos crédulos, para que nosotros no la transcribamos á la posteridad, si allá quisiere el tiempo encaminar nuestros escritos. El pueblo de Madrid gastó ese dia la fabulosa suma de cuatrocientos mil reales en un

espectáculo, y nuestra conciencia de historiadores no nos permite pasar en silencio esa novedad; siquiera sea tan breve la reseña como lo fué el acontecimiento mismo.

Es el caso, y perdona lector que abusemos de tu paciencia por más tiempo, que entre los muchos estrangeros que vienen á esta nacion, que ellos llaman África europea, llegó un domador de fieras, cargado de leones con entrañas de oveja, ó de ovejas con piel de leones, osos y otras alimañas por el estilo. Traia en su coleccion, y hé aquí el punto de la dificultad, un *famoso tigre real de Bengala*, el cual decia que no habia podido domesticar aún: y domesticadas algunas gentes con las palabras de Mr. Charles (así se llamaba el domador), en nombre de un toro sevillano, llamado el *Señorito*, propusieron al tigre una lucha á muerte. El padrino del de Bengala, que oyó la proposicion, saltó de gozo, y repitiendo en su interior aquella famosa jaculatoria francesa, de que el África empieza al otro lado de los Pirineos, dijo que admitia gustoso el reto en nombre de su ahijado. Concertáronse las bases de un duelo, que por parte de Mr. Charles eran las de cobrar 35,000 rs. si el tigre salia vencedor, y por la de los retadores, pagar 50,000 si sucedia lo contrario; y prévio el permiso de la autoridad, se señaló dia, hora y sitio para el lance. La plaza de los toros era el lugar de la lucha, el dia el que tú sabes, y la hora la de las cuatro de la tarde.

Quiero pasar en silencio, porque demasiado lo saben yá todos, los preparativos y los acontecimientos precursores del gran espectáculo, anun-

ciado con el pomposo título de *Lucha de fieras*. De todas las provincias de España acudió gente á la capital; los lores ingleses abandonaron su querida Albion, para ofrecer 8,000 reales por un palco y es fama que no le hallaron; los ministros fueron á examinar la verja que al intento se construyó en la plaza; el gefe político dió un bando prohibiendo el uso de armas en ese dia, y por espacio de quince no se habló de otra cosa que de la lucha. Sesenta y cuatro mil personas se disputaban los doce mil asientos de la plaza, y los que eran mirados con lástima porque no habian logrado alcanzar billete, envidiaban á los que habian tenido la suerte de pagar 100 rs. por una barrera. Las personas reales abandonaron los jardines de Aranjuez, para asistir al espectáculo, y en suma, figúrate, lector póstumo (único que quizás ignore lo que estoy diciendo), cuál sería la ansiedad del género humano si se le dijera que se le iba á revelar el fin del mundo, y habrás comprendido lo que yo no puedo esplicarte. Temo que si la madre del tigre llega á saber el prestigio que ha gozado su hijo en Madrid, se venga aquí á que la pensionemos y la tengamos todo género de consideraciones.

Pero lleguemos de una vez á la plaza de los toros, puesto que con la verja de hierro, los veinte armados y un batallon de bayonetas no podemos temer ningun desman. Nada dirémos de la primera fiera que se presentó, y fué una cierva de ocho meses, bárbaramente devorada por 14 galgos de presa; los ejercicios del domador con las hienas rayadas tam-

poco nos pertenecen, y el oso blanco que lo hizo en regla, dejándose vencer por los perros, lo pasarémos tambien en silencio del mismo modo.

El tigre y el toro miden yá el campo, parten el sol y van á empezar la lucha muy pronto.

El tigre es uno de los mejores mozos de su especie y su musculatura es poderosa. El toro es otro buen mozo á toda ley, negro, ensabanado, corniancho y bien plantado. El de Bengala es el primero en acometer, y con su proverbial agilidad, salta sobre el toro, que le recibe con la cabeza, tirándole al alto y causándole una herida en la boca. Huye el tigre, y el toro le embiste dándole un golletazo mortal, sin recibir de su adversario más que una ligera herida en la mano derecha. El público aplaude con frenesí, el toro se niega á rematar al tigre, y éste acaba sus dias con una trahilla de perros, entre los que se distingue una perrita negra que no soltó la lengua del malogrado tigre real de Bengala hasta que hubo espirado.

El resultado de la lucha llama la atencion de los espectadores; se arrepienten de sus preparativos; y conocen, tarde como siempre, que el tigre, criado desde pequeño por el domador, con alimentos debilitantes, y encerrado cuatro años en una jaula, no conservaba otra cosa de su especie sino la piel y el nombre. Su salto ligero y arrogante indicaba sus instintos; el acometer de frente revelaba su inesperiencia, y su dificultad en hacer presa, el entumecimiento de sus miembros. Pero no pretendemos con esto rebajar la glória adquirida por el *Señorito*, á

quien se ha perdonado la vida á instancia de muchas personas; se le piensa sacar á la plaza con los cuernos dorados, una corona de laurel en las sienes y una faja en el rabo, y conservar sus dias á fuerza de cuidados, embalsamando despues su cadáver, para colocarlo en la História Natural, junto al de su víctima, que yá ha sufrido esa operacion.

Hé ahí, lector, en lo que vino á parar la famosa lucha del tigre y el toro. La que yo he sostenido con mi pluma toca tambien á su término, por aquello de que, cuando uno no quiere dos no regañan, y yo estoy deseando soltarla hace algunas líneas. Me parece que no he omitido ninguna de las costumbres de Madrid en el mes de Mayo; pero por si las santurronas tuviesen algo que reclamar, diré por conclusion lo que ellas dicen todos los dias de este mes en los ejercicios del *mes de María* ó flores de Mayo:

Benéfico hiere
lumínico rayo
del sol que engalana
las flores de Mayo.

VI

JUNIO

Aún sigue la tierra ofreciendo al sol las primicias de sus entrañas, y cada dia nacen nuevas flores buscando altivas los rayos del autor de los colores con que matizan el campo. Mécense orgullosas en los brazos del ambiente, y arrojan las galas de su juventud, apénas sienten los primeros destellos de la maternidad. El mismo destino aguarda al tierno capullo que ansía romper el dulce cautiverio de su cáliz, y esa veleidad constante de la vegetacion, es el holocausto que ofrece la tierra á la luz que fecundó sus entrañas.

La rosa, que se arma de espinas para defender una existencia de breves horas; la enredadera que se ampara del olmo para elevar al cielo sus fugaces adornos, y el lirio que oculta sus magestuosos pendones en el rincon de un valle, todo nace y muere de sol á sol, reproduciendo diariamente el mismo panorama.

El hombre tiende su vista sobre la alfombra que le brinda el campo, y como no alcanza á comprender la armonía de esa naturaleza salvage, cambia el bello desórden de la campiña por el monótono

aspecto del jardin. Las plantas que nacieron al aire libre en las márgenes del caudaloso rio, viven cautivas y enfermas entre cuatro paredes sin atreverse á estender sus brazos más allá de lo que permite la incansable segur del jardinero. Los árboles no pueden elevar sus ramas al cielo, ni tenderlas sobre la tierra sin el permiso del cabo de vara, que los obliga á vivir en ridículas hileras guardando distancia de filas y recibiendo diariamente un mezquino rancho de agua, que léjos de producir nueva sávia apénas basta para conservar la primitiva. El polvo calizo que arremolina el viento, envenena la atmósfera, y las flores sienten cerrarse sus poros, muriendo marchitas en las primeras auras de su vida. Desaparecen los bellos contrastes de la naturaleza, y divididas las plantas en familias botánicas, no puede la azucena lucir su blancura entre el carmin de la rosa, ni rivaliza el cárdeno lirio con los morados plumeros de la lila.

La vegetacion de los jardines es una asamblea nacional sin apostasías, donde los diputados, con arreglo á sus colores, ocupan la derecha, la izquierda ó el centro. Una monotonía fatigosa cansa la vista, y clasificada la naturaleza con tan ridículo sistema desaparece la desordenada hermosura de la creacion. Hay en esas cárceles calabozos de diferentes especies, y multitud de plantas que viven presas en un vaso de tierra que no las permite tender sus raices, son encerradas por ende en una estufa, so pretesto de librarlas del aire que fecundó sus semillas. El jardinero se afana por avivar la temperatura de sus

invernáculos para anticipar la estacion de las flores, y en vano pide ahora á las rosas de sus jardines la fragante esencia de las que crecen libres en los desiertos de la Arabia.

Los balcones de Madrid son otras tantas prisiones, donde entre hierros asoman sus pintadas crestas las plantas del mes de Junio; y sobre esos tronos de flores, brillan los negros ojos de nuestras hermosas, esquivando los rayos del sol á través de las persianas.

Libre del huracan que azotaba sus cristales, y evaporada la humedad que recogió en los meses anteriores, el balcon vuelve á entrar en el pleno ejercicio de sus funciones parlamentarias, sirviendo de tribuna idem á los amantes. Es el observatorio de la curiosa inquilina del piso cuarto, el tocador del huésped que vive en el tercero, la antesala matrimonial de la soltera que ocupa el segundo, y el nido donde se arrullan los recien casados del piso principal.

La casa que hay enfrente de la mia es una casa como otra cualquiera, pero la jóven que vive en el piso segundo, no es una vecina como cualquiera otra, y por eso quiero que la conozcan mis lectores. Para ella no hay verano ni invierno en tratándose de estar al balcon, y ni deja de asomarse cuando llueve ni los frios la obligan á retirarse. Vive en el balcon como pudiera hacerlo en cualquier otra pieza de la casa; y esto lo hace, segun ella dice, porque las personas, como las plantas, necesitan esponerse á la accion de los elementos atmosféricos. Pocas perso-

nas en la vecindad han puesto en práctica la higiene de la jóven soltera, y su tertulia ha sido muy reducida en la estacion del invierno. Todos se contentaban con saludarla detrás de los cristales, y hasta los últimos dias del mes de mayo, ningun vecino ha restablecido sus negociaciones diplomáticas con el barómetro perpétuo de la calle de V.... Yo, que soy el mejor situado para parlamentar con esa señorita, he sido el último en abrir el balcon para saludarla; no porque yo sea el ménos galante de la vecindad, sino porque soy el más perezoso del barrio. Pero ahora que la estacion convida á respirar el ambiente de la atmósfera en las primeras horas de la mañana, tenemos largas sesiones matutinas mi vecina y yo.

—Sea enhorabuena, me dijo al verme asomar por primera vez, desde los últimos dias de Octubre.

—La recibo con mucho gusto, la repliqué, porque para mí es una satisfaccion el saludar á vd.

—No muy grande, cuando ha pasado vd. siete meses sin asomarse á darme los buenos dias. Se contentaba vd. con hacerme telégrafos detrás de las vidrieras.

—Verdad es, pero....

—Tenía vd. frio, interrumpió mi vecina riéndose de mi poca galantería; pues algunos hubiesen querido vivir en ese cuarto para estar siempre al balcon.

—Lo creo muy bien, y si yo fuese de esos predilectos, quizás habria hecho lo mismo.

—Quizás nó, replicó mi vecina, devolviéndome risueña mi poco galante condicional.

—¿Y cómo vá de amores? la pregunté mirando alternativamente á dos jóvenes á quienes tenía guardando los dos estremos de la calle. Con el auxilio de las persianas, me parece que el corazon puede tener conversiones de izquierda y derecha, sin que se aperciban los sitiadores.

—Tiene vd. razon, pero aunque se marchasen los dos á un tiempo, no perderia nada.

—Pues el oficialito es acreedor á que vd. le quiera por lo bien que ha sostenido el sitio este invierno. Cuando salga á campaña no le han de causar novedad las aguas ni los hielos.

—En ese punto no ha hecho nada de más, porque el mismo frio hacía para estar en la esquina que para asomarse al balcon, y el que quiere *osear* á una señorita....

—*¡Osear!* esclamé asombrado.

—Hacer el oso, replicó mi vecina, riéndose de que me asustára su tecnología amorosa. *¿No ha hecho vd. el oso* á ninguna mujer?

—Creo que no.... y me sorprende mucho esa pregunta.

—¿De veras?... pues qué, ¿no se ha enamorado usted nunca?

—Eso sí, pero hacer el oso jamás.

Mi graciosa vecina se reia de ver la obstinacion con que yo me defendia de una cosa, que segun ella me dijo despues, he estado haciendo mucho tiempo sin saberlo. Me probó con razones muy claras que todos los enamorados hacen el oso en la sociedad hasta el momento de ir á la Vicaría, en cuya época

hacen otra cosa, que ella no me dijo, pero que me dió á entender con bastante claridad. Hizo algunas señas por la persiana de la izquierda, al galan que la *oseaba* por aquel flanco, y contestó por la derecha á las señales del telégrafo militar, que ocupaba la otra esquina de la calle. Dirigíame miéntras tanto algunas miradas, y despues de haber dado pasto por algunos minutos á las almas de aquellos desventurados amantes, volvió á dirigirme la palabra, diciéndome que habia *estado de monos* una semana con el oficial, porque yendo á la cárcel de Villa, no habia pasado por allí con su tropa. Los monos me asustaron no ménos que el oso, y pedí esplicaciones á mi vecina para saberme gobernar en este mundo, donde hay tantos ojos negros que le obligan á uno á hacer el oso, y á estar de mono.

—¡Ó vd. se burla, dijo la niña, ó no sé yo dónde ha vivido hasta ahora para asombrarse de unas cosas tan claras como esas! ¿Quién pregunta lo que es estar de monos dos amantes?

—Yó, la repliqué.

—Pues no lo comprendo, porque todo el mundo sabe que cuando dos novios están reñidos, se dice que están de monos.

—¡Ah! yá! con que es eso!... Pues haga vd. cuenta que yo estoy siempre de mono.

—Será vd. muy exigente, porque de otro modo es imposible.

—No lo crea vd., yo no exijo nada, pero si vd. supiera lo que á mí me exigen las mugeres de quienes me enamoro!

—¿Qué?

—Que abandone el campo.

—¡Sí!... ¡Qué lástima! Pues yo dejo que me quieran todos, y es preciso que me hagan una gran falta para ponerme de monos.

—Como la que hizo el oficialito, no pasando por esta calle con su guardia!... repuse yo riendo.

—Sí señor; replicó mi vecina. Esa falta me puso en ridículo con una de mis amigas, que estaba conmigo al balcon esperando á que pasara la tropa.... Luégo se reia de mí por el chasco.... ¡Oh! si hemos hecho las paces, es porque mañana le toca formar en la carrera frente á la casa de esa amiga que me ha convidado á ver la procesion; pero luégo voy á *tronar* con él.

La palabrita tronar, me pareció que debia encerrarse en la jaula de los osos y los monos; pero no quise interpelar por ella á mi vecina, porque el recuerdo que me habia hecho de la festividad del *Corpus-Christi*, me llamaba á escribir el artículo del mes de Junio, que queria salir á borbotones desde los negros abismos de mi tintero. Saludé á mi vecina, y sin su permiso ni el de mis lectores, me puse á copiar parte de la conversacion que con ella habia tenido, decidido á dar la razon al que dijera, que lo que vá escrito hasta aquí tiene poco que ver con el mes de Junio. En cambio de eso, lo que falta por escribir es todo fruta del tiempo, y yá me tienen ustedes con la pluma al brazo á la sombra de ese lienzo azul y blanco que entolda las calles por donde ha de pasar mañana la procesion del Córpus.

Á pesar de que los dias se conocen por las vísperas y de que como dice la copla,

> Tres Juéves hay en el año,
> que relumbran más que el sol,
> Juéves Santo, Corpus-Christi
> y el dia de la Ascension,

nada anuncia en las calles la solemnidad del dia siguiente. Nos vemos por lo tanto obligados á esperar la alborada del Juéves para seguir este artículo. Pero en el ínterin y para que no se diga que estamos ociosos, bueno será darnos un paseo por los talleres de sastres y modistas, midiendo por sus labores la próxima festividad. Empresa árdua es hoy que en cada casa hay un taller, y apénas se encuentra un apellido libre de la palabra sastre, pero yá lo hemos dicho, y faltar á nuestra palabra sería empezar á ser sastres ántes de tiempo.

Dos meses han estado mano sobre mano, los *confeccionadores de ropa*, como dice el *Diario de Avisos*, sin que nadie se acordára de que la ropa de abrigo no sirve para el verano. Á nadie le ha ocurrido medirse el cuerpo, para encargar levitas, hasta que los calores han hecho insoportables los gabanes, y ahora todos quieren ser preferidos en sus encargos. Lo ménos que exige cada parroquiano es un pantalon blanco, un chaleco de piqué, color de caña, y un frac negro, prendas que necesita para el dia del Córpus. El maestro no niega á nadie el derecho de esperar la ropa ese dia, y como le es imposible dar gusto á

todos, halla el medio de no contentar á ninguno, haciendo un chaleco al que le dijo que lo que más falta le hacía era el frac, y un pantalon al que le aseguró que no tenía chaleco útil para ese dia. Sin embargo, no hay ilusion más verdadera que la del parroquiano que espera la ropa de casa del sastre. La víspera le asegura que no le hará falta á su hora: pasa la hora, manda un recado y le dicen que la están planchando; vuelve á mandar otro apremio, y le preguntan si no ha encontrado en el camino al oficial que llevaba la ropa. Pásase no yá la hora sino el dia de la entrega y otro y otro, y es tal la persuasiva del sastre que aún cree el parroquiano que le cumplirán la palabra el dia anterior; tal es la fé con que aguarda las prendas.

Las modistas hacen lo mismo que los sastres, aunque procuran cumplir mejor, temiendo el capricho de sus parroquianas; pero no les falta nunca un pretesto para las ocasiones, y si el vestido lleva adornos, se dice que no han llegado aún de París *los más caros*. Lujo de precio que siempre halla acogida en las señoras, sobre todo desde que es costumbre que los maridos paguen las cuentas de la modista.

Pero amanece por fin el dia del Córpus, y empieza el paseo de la gente madrugadora á las seis de la mañana. En esta concurrencia es inútil buscar á las damas aristocráticas, ni á sus caballeros sirvientes. Las unas y los otros han convenido desde el dia anterior en asistir á la procesion cuando se haya concluido, para aprovechar la sombra del toldo, paseando á las tres de la tarde por la calle de

Carretas. Las casacas tradicionales, las basquiñas numismáticas y los sombreros arqueológicos, faltan tambien á esas horas de la mañana, y la fiesta no empieza hasta las nueve. Á esa hora se puede convidar á cualquier estrangero á que vea uno de los cuadros mejor conservados de nuestras antíguas costumbres. El único quizás que no ha perdido nada en la restauracion.

Atajadas las calles que desembocan en las de la carrera, con rancios tapices mitológicos, y engalanados los balcones de las casas con vistosas colgaduras, el ruido de la muchedumbre sube á la bóveda de lienzo que entolda las calles, y produce un rumor sordo, que se mantiene en la atmósfera, como el humo que busca en vano la salida en una vasija tapada. La tropa, tendida á un lado y á otro de la carrera, pierde ese dia su aspecto guerrero y participa de la alegría solemne que brilla en los semblantes de todos. Las voces de mando no suenan allí como en las grandes paradas, y las músicas de los regimientos producen otras melodías más suaves que las que oye el soldado cuando vá de faccion.

El clero de las parroquias, los concejales, los niños de las casas de beneficencia y demás personas que de oficio, ó por devocion asisten á la fiesta, todos se hallan reunidos á las diez de la mañana, en el templo de Sta. María, iglesia notable por su antigüedad; *pas plus*, como diria el otro, suponiendo que *el otro* hubiese sido un francés.

Espérase de un momento á otro la procesion en las primeras calles de la carrera; y el piquete de

caballería, abre paso á los pendones que anuncian la comitiva. En tiempo de las comunidades religiosas, era ésta numerosísima, y aunque visto un fraile estaban vistos todos, sin embargo, tardaban algun tiempo en pasar, y duraba más la procesion. Ahora, con un puñado de niños del Hospicio, otro idem de idem de los Desamparados, una docena de sacramentales, media de regidores, el clero de las parroquias y el corregidor que suele presidir la procesion en ausencia y enfermedades del gefe político, hemos concluido.

Las gentes, puestas á raya por las bayonetas, se apiñan unas sobre otras, y gruñen las que llegaron primero, porque se han colocado delante los que vinieron despues; sin que se convenzan nunca de que en eso como en todo, no hay ántes ni despues sino llegar á tiempo. Los que van en la procesion, llevan la cabeza erguida como si buscáran los saludos en los balcones, y miéntras tonto se mueven y tosen los que están en la calle, para que los vean saludar á los sacramentales y á los regidores.

La asistencia de las autoridades á esa procesion, hace que el público de Madrid la considere como de oficio, y escusado nos parece decir cuál es la causa de que la devocion de los que acuden á verla no sea la virtud que más brilla ese dia. Á cada persona de las que allí están la espera dentro de poco la procesion de su parroquia, y las *minervas* son las verdaderas solemnidades del Santísimo, donde el pueblo puede espresar libremente su devocion. La del Córpus parece una devocion tradicional, que más

se advierte en los trages que en los semblantes, y que se conserva en los baules de un año á otro; trasmitiéndola la ropa de padres á hijos, gracias á los membrillos y al alcanfor.

La procesion tarda en volver á su parroquia poco más de hora y media, y acto contínuo desfila la tropa, se retira la gente de los balcones, y unida á la que paseaba por la carrera, toman todos por asalto la sombra de la calle de Carretas, para lucir sus galas paseando hasta las cuatro de la tarde.

Inútil nos parece decir que ni la procesion ni el paseo se llevan á cabo si el tiempo no lo permite; á no ser que suceda lo que este año de 1849, en que la temeridad de las autoridades eclesiásticas y seglares, hizo que la procesion se disolviera á la mitad de la carrera, por haberla espuesto al copioso aguacero de una fuerte tempestad. Semejante falta de prevision no habia ocurrido hasta ahora, y no merece por lo tanto pasar á la posteridad, en gracia siquiera de los desacatos que se cometieron, y que nos veríamos obligados á referir.

Las procesiones de los parroquias, llamadas *minervas*, tienen otro carácter muy distinto, y para ver la más notable de todas, la de San Pedro y San Andrés, nos irémos á casa de mi amigo D. Lúcas, á quien no hemos vuelto á visitar desde el mes de Enero. Él ha venido en persona á ofrecernos los balcones de su casa en la calle de Toledo y no sería justo hacerle un desaire. La procesion sale á las seis de la tarde, y no pasa por casa de mi amigo hasta las siete y media; pero las cortinas de damasco amarillo cubren

sus balcones desde las tres, y á las cinco es cosa de asomarse para ver si viene ó no viene. D. Lúcas es individuo de la sacramental, y le corresponde llevar uno de los estandartes, por lo que ha dado á su esposa todas las instrucciones necesarias, y delegado en ella toda la autoridad para que reciba á los amigos.

—Mira, la dijo D. Lúcas al dirigirse á la parroquia; que no te olvides de mandar un recado á la botillería, para que no haga falta el refresco.—Oye, que no eches los ramos hasta que pase el palio por debajo de los balcones; cuidado que no caigan al suelo.—Que si viene mucha gente os pongais los de casa detrás de todos, para que vean bien la procesion.—Que se arrodillen los niños cuando pase el Santísimo.—Que no dejes de mirar al cuarto estandarte, no te suceda lo que el año pasado que no vistes pasar el pendon de tu padre.

Esas y otras prevenciones hizo D. Lúcas, sin quedar completamente satisfecho de que su esposa desempeñase bien el difícil papel de ama de casa en tan críticos momentos; pero sus sospechas eran infundadas é injustos sus temores; doña Basilisa no nos dejó nada que desear á los que tuvimos la honra de asistir á su casa. Nos hizo beber dos cuartillos de agua de naranja y una libra de bizcochos á cada uno, despues que hubo pasado la procesion; y en cuanto á las demás prevenciones de su esposo, todas fueron exactamente cumplidas, ménos la de arrojar el ramo sobre el pálio; pero esto no fué culpa de doña Basilisa, sino de las narices del presidente de la procesion, que se pusieron debajo, cuando cayó el ramo.

D. Lúcas volvió á su casa apénas hubo terminado la procesion, y sin dejarnos respirar siquiera, nos dirigió la siguiente metralla:—¿Qué tal la procesion?... ¿Haria otro tanto la pobretería de San Luis, ni de San Ginés, ni ninguna de las otras sacramentales?... Siete músicas, y nueve estandartes, y piquete de guardia civil.... y alabarderos.... y zapadores y un obispo debajo del pálio.. ¡Le parece á vd. que somos algunos miserables! ¿Ha visto usted cuántas hachas?—Pues todas eran de cuatro pávilos, y los cestos iban llenos para los devotos de la carrera, y en fin, amigo, aquí no se remienda de viejo, y en punto á minerva ninguna sacramental nos ha de poner la ceniza en la frente.—No esperaba D. Lúcas que le contestásemos, y loco de alegría no hacía más que dar vueltas de un lado á otro, preguntando á sus niños si habian visto á los angelitos de la procesion, y á su esposa si le habia visto á él, y en fin, nosotros nos retiramos para que su espansion fuese mayor: providencia que él debió agradecernos sobremanera.

Más tarde tuvimos ocasion de convencernos de que el orgullo sacramental de nuestro amigo era fundado y que ninguna procesion valia lo que la de su parroquia. Sin embargo, no pudimos asistir á todas las minervas, porque nos esperaban otras ocupaciones. El dia 13 de Junio estaba demasiado próximo para que dejásemos de disponernos á asistir á la capilla de San Antonio de la Florida, el dia 12 por la tarde, y el 13 en la madrugada, y el mismo dia despues de comer.

La fiesta de San Antonio, lucha con las reminiscencias de la de San Isidro, y los preparativos de la de San Juan; ni pertenece á la romería ni á la verbena; pero participa de ámbos géneros de diversiones, y es por muchas razones la fiesta más divertida que tiene el público de Madrid. La posicion que ocupa la capilla, á la orilla izquierda del Manzanares, el paseo de árboles que conduce á aquel delicioso sitio, y la gran devocion que nuestro pueblo tiene á ese santo, todo contribuye á que la concurrencia sea numerosa; y á que no les pese de esto ni á los fondistas que se establecen delante de la capilla, ni á los conductores de carruages que van y vienen sin cesar un momento. No hay para qué señalar esta ó la otra clase de gentes como en mayoría en esa fiesta; todas las clases de la sociedad acuden allí, y si bien es cierto que las muchachas solteras son los muebles indispensables en aquella broma, eso consiste en que el santo es patron de los enamorados, y de consiguiente es bueno pedirle con fervor un marido. Dice la história que el santo era muy feo, y por esta razon nada tendria de particular que ahora que se ha visto en posicion, hiciese algo por el gremio. Triste es, sin embargo, que lo único que le haya ocurrido, sea el de buscar maridos á las feas, cuando pudiera emplear su valimiento en suprimir esa triste mitad de la preciosa media parte del género humano. ¿Cuánto mejor nos sería prohibir que naciesen niñas feas, que no andar luégo poniéndolas á poca luz para endosarlas de prisa y sin el derecho de retroventa?

De todos modos, preciso es confesar que el santo hace lo que puede en obsequio de los enamorados, y que, segun dicen las doncellas, pocas son las que han acudido en vano á pedirle marido.

San Juan y San Pedro tienen tambien sus vísperas y sus dias, entre plantas de albahaca y ramos de flores; son los patronos de las *verbenas* y las noches del 23 y 28 de Junio las pasa en vela una gran parte de la poblacion. En la Plaza Mayor está el mercado de las flores, y la gente pasea allí hasta las diez de la noche, á cuya hora se traslada al salon del Prado, para respirar con dificultad entre el humo sofocante de los buñuelos, y para aburrirse pasando una noche al raso con todas las incomodidades de la vigilia, y ninguno de los goces de la verbena. Hace algunos años que el salon del Prado estaba muy concurrido en las altas horas de la noche, pero hoy dia, á escepcion de unos cuantos bailes, que concluyen con otras tantas quimeras, y algunos grupos de gente que van escoltando una guitarra destemplada y un violin poco ménos, nadie se queda en el Prado despues de la una, hasta cuya hora está el salon muy concurrido.

Y como iba diciendo.... pero dispensa, lector; mi vecina se asoma al balcon, me llama.... tiene muchas cosas que contarme, y no es cosa de que por narrarte yo las mias, deje de oir las de aquella interesante criatura. Con que acaba tú este artículo como mejor te ocurra y sino te ocurre de modo alguno, dejále conforme está, que yo te aseguro que tiene material de sobra.

VII

JULIO

No porque nos falte ménos que ahora, cuando hayamos escrito el último de estos artículos, hemos de decir en este momento que nos falta más que cuando escribíamos la revista del mes de Enero. Eso sería retrogradar demasiado, y vive Dios que nos hallamos bien distantes de tan mal pensamiento. Nos alegramos, por el contrario, de hallarnos á la mitad de nuestra tarea, y de que vayan trascurridos seis meses, en vez de dos como sucedia el dia 1.° de Marzo, y sentimos que no hayan pasado doce, como sucederá, Dios mediante, el dia 1.° de Enero de 1850. Y dirá el lector.—¡Pues si tanto afan tienes porque pase el tiempo, y eso lo haces por terminar tus artículos, por qué no los escribes todos en un dia, y así te ahorras de estar esperando!

Y bien mirado, el lector tendria razon; pero como á nosotros no nos falta tampoco para obrar de distinto modo, resulta.... lo que no puede ménos de resultar cuando uno y otro tienen razon, y es que hay dos razones. Y como hablando se entiende la gente, esplicando nosotros nuestra razon, tal vez nos dé la suya el lector; lo cual sería alcanzar la felicidad

suprema, porque el bello ideal de un autor es que le den la razon sus lectores. Esto, á pesar de lo que dicen los autores silbados, que se desatan en cargos contra el público, llamándole ignorante y tonto porque no aplaude lo que afortunadamente no entiende, ó lo que tiene la desgracia de entender demasiado.

La razon que hemos tenido para no hablar de los rigores del invierno sino entre los pliegues de la capa, y de esperar á decir que hacía calor cuando se secaba la sangre de nuestro humilde tintero, es precisamente la que tenemos ahora para quedarnos parados sin saber por dónde empezar este artículo. Y no porque nos falten asuntos, sino porque no tenemos auditorio. Una sátira al sol, cuyos rayos buscan la perpendicular sobre nuestras cabezas, un epígrama á ese viento volcánico que abrasa nuestras frentes, ó una interpelacion á esas nubes que truenan en derredor nuestro, todos serian asuntos propios de este artículo, si hubiese quien los leyera; pero esto es precisamente lo que falta. Nos ha sucedido lo que al orador que, estasiado con sus propias palabras, no ve que los bancos del auditorio han ido quedando desiertos, y que apénas le acompañan dos ó tres magistrados, que no oyen, aunque se quedaron dormidos en actitud de estar escuchando.

No lo dudes, lector; Madrid deja de ser Madrid en el mes de Julio, y es lo que son todos los pueblos del mundo donde el termómetro marca 26 grados á las siete de la mañana, 33 á las doce y 32 á las seis de la tarde. Agrégale á eso el no tener sus calles dis-

puestas para modificar esa atmósfera, ni casas donde guarecerse de ella, y podrás figurarte lo que será la Córte de las Españas en el infernal período de la Canícula. Yo no pretendo otra cosa de tí sino que tengas la bondad de acompañarme un dia de este delicioso mes, y si quedáreis aficionado á repetir la broma, te autorizo á cantar las escelencias del verano, y te ayudo gustoso en la empresa.

Yo dejaria á tu eleccion la hora de levantarnos, pero como eso depende de la paciencia que tengamos para aguantar la temperatura roja de nuestros dormitorios, y la orquesta de los insectos que se nos han alojado en casa, tendrémos que salir á la calle, cuando no podamos resistir más. Y dando por supuesto que yá hemos salido, y que son las cuatro de la mañana, toma mi brazo si fueres dama, y no me ofrezcas el tuyo si eres caballero; pero emprendamos nuestra peregrinacion.

En el dintel de la puerta es cosa de santiguarnos, para que Dios nos libre por la señal de su santa cruz, de tropezar con el chuzo del sereno, que vuelve á su casa dormido á pesar de no haber estado despierto, cuando cantó las horas soñando; de la espesa polvareda con que nos recibieron los barrenderos de la villa, y de tantos otros agasajos por el estilo como nos esperan en nuestro viage. Si no te fuere molesto, ni te hiciere falta abrir las narices, tápalas con el pañuelo, por si hubiese algun pozo destapado, y los Sabatini cargan sus pipas á la luz del dia como si no fuese contrabando su especulacion. Con semejantes precauciones yá puedes ponerte en

marcha y venirte conmigo al salon del Prado, verdadera sala de conferencia donde hemos de celebrar la junta preparatoria para nuestra espedicion.

La Fuente Castellana, el Retiro, el Canal y el Rio son los cuatro puntos que nos ofrecen sus árboles y sus asientos de piedra para el paseo matutino. ¿Irémos á todos ellos en el mismo dia, ó repartirémos esas cuatro perspectivas para otras tantas mañanas? Hé ahí la grave cuestion que hemos de resolver en presencia de las sillas del Prado, que recogidas y tranquilas, nos aseguran que sus ejercicios son nocturnos, y que nadie las interrumpe el sueño á semejantes horas. Si como presumo dejas que yo dirija el rumbo de nuestras madrugadoras personas, visitarémos los cuatro paseos en el mismo dia, siquiera tengamos el trabajo de ir en una *comodidad* (vulgo coche) desde un punto á otro. He resuelto hacerlo así, porque en asunto de ilusiones temo tanto los desengaños, que no quiero dejarlas nunca para otro dia, por miedo de que me las destruya alguna alma oficiosa.

El Retiro abria sus puertas á las seis de la mañana, hasta que un periódico le rogó que madrugase algo más, y hoy lo hace á las cinco. Yá ves, querido compañero, que nos harian esperar una hora y es cosa de aprovechar el tiempo en otra parte. En los jardines de la Fuente Castellana *harémos tiempo*, que es uno de los oficios del lenguaje moderno, hasta poder pasear por los del Retiro. Es temprano y la gente no nos estorbará mucho. Encontrarémos las personas siguientes:

Un hijo de familia que se retiró tarde á su casa y no le abrieron la puerta; una jóven que salió temprano con ánimo de confesar sus culpas en la iglesia, y por equivocacion cuenta sus amores á un galan, paseando con él por la alameda; un niño de 17 años que tiene un libro en la mano y siente que no pase mucha gente para que vean que busca la soledad; un caballero que pesa diez arrobas y tiene el cuello corto, que anda todos los dias tres ó cuatro leguas para librarse de una apoplegía, y tal vez un jugador arruinado, que espera á entrar en su posada cuando la patrona haya salido á la compra, seguro de que es el único medio de asaltar la cama: esas son las gentes que hallarémos de cuatro á cinco en la Fuente Castellana.

En el paseo del Canal, los personages son algo más sombríos, y á escepcion de algunos que buscan á caballo la sombra de las moreras, y de quienes siquiera por el inocente que montan, no puede suponerse que piensan suicidarse, todos los demás te parecerá que tienen cara de ahogados. Sin embargo, te aconsejo que no tomes pena por nadie. Aunque veas un jóven descompuesto y pálido, que busca tus miradas aparentando huirlas, y escribe con lápiz en la cartera, y se quita el frac por respeto al sastre, y se arrima al borde del cáuce, y hace todo lo que él cree que haria si pensára suicidarse, ríete y no temas que se arroje al agua, ni áun por dejarte mal siquiera. La alteracion que adviertas en los semblantes de los que no van allí á hacer simulacros de la escena final de la vida, es la que tienen tus

mismas facciones. Es la impresion que produce aquel lugar delicioso, uno de los mejores paseos de Madrid, por la historia funesta de aquellas aguas, que se lee sin pensar en los árboles que las dán sombra. Es el recuerdo de los infelices que buscan el término de sus desventuras en aquel lago, y es, por fin, la idea de hallarse en el Canal: palabra que aprenden involuntariamente los habitantes de Madrid, como sinónimo de suicidio. Por eso soy de opinion de que en ese paseo no nos miremos el uno al otro para no asustarnos recíprocamente, y puesto que no somos gente de á caballo, única que goza las delicias del paseo de idem, no se hable más del asunto, y al Retiro.

Entrarémos en esa hermosa posesion, propia del Real patrimonio, por el patio grande, y allí, si te parece, beberémos leche de vacas con sus correspondientes bollos. La sociedad de ese paseo yá será algo más numerosa, y más de nuestro gusto, siquiera no esté en mayoría el género escogido; porque ese duerme á esas horas y no se deja seducir por nada en punto á madrugar.

Una madre robusta y colorada, que saca á paseo á su hija amarillenta y flaca, por órden del médico, es la primera pareja que te espera allí; irá detrás un marido remolcando á su muger, por haberle dicho que ese es el único medio de que no se malogre el primogénito que esperan del sesto embarazo; un matrimonio jóven, ansioso de darse en espectáculo á todas horas, y de recorrer aquellos sitios que fueron la antesala nupcial de sus amores, es de rigor allí dejando en

cada flor un juramento de amor eterno, que de seguro no hallarán cuando se haya secado la planta. Algunas otras personas no comprendidas en esos tipos hallarémos en los jardines del Retiro; pero ninguna de ellas es indispensable allí, y son de seguro gentes que quieren ensayar los paseos de madrugada, y constituyen lo que se llama *deuda flotante* entre los verdaderos aficionados. De ese número son los que oyeron decir que era muy delicioso el pasear á esas horas, y ván una vez para no volver la segunda, y los que no pudiendo dormir se salieron á la calle y maquinalmente llegaron al Buen Retiro.

Á las seis y media estarémos disponibles para dar el cuarto y último paseo, y saliendo por la puerta de San Vicente, llegarémos á ver los baños del homeopático Manzanares. Á esta espedicion no serémos los únicos que vayan; pero nuestra atencion debe consagrarse á los que vuelvan, es decir, que por más que seamos de los que bajan, hemos de observar á los que suban, para formar nuestros tipos generales. Y así veremos:

Una doncella de labor, amoratada, que bajó amarilla, con permiso de sus amos, á darse un baño á las cuatro de la mañana; un hortera, que toma un baño de sudor para ganar corriendo el tiempo que perdió bañándose; una viuda con dos hijas, que aún no ha tenido franqueza para decirlas que los baños del rio son más baratos que los de la poblacion, y las asegura que son más saludables, porque es agua corriente, y el pobre Manzanares se corre de

vergüenza al oirlo, por correr de algun modo. Á esas figuras hay que añadir la del hombre que oyó decir que debe conservarse el calor del baño, y sube embozado en un gaban, con un pañuelo atado á la cabeza, y encima el sombrero, y luégo el paraguas para defenderse del sol; unos calaveras que suben satisfechos de saber nadar con sólo las manos; y es porque tenian los piés en la arena, y alguno que otro mocito que vuelve asustado temiendo que lo persiguen por haber dejado seco el Manzanares, sorbiendo á pesar suyo unos cuartillos de agua. De las lavanderas no harémos mencion, porque esas dan todo el año la guarnicion en ese paseo, y más constantes que los árboles mismos, ni en verano ni en invierno dejan de llevar ropa encima. En cuanto á los baños, ni tú querrás verlos, ni yo deseo enseñártelos, y yá que el agua conoce su poquedad y se cubre de esteras, respetemos su desgracia, y abandonemos el paseo.

La consabida jícara de chocolate, verdadera clave para entender el *Diario de avisos*, nos espera en nuestras respectivas casas, y á ellas nos volverémos para deliberar sobre lo que hacer debemos en el resto del dia. Lo más acertado sería acostarnos y dormir hasta las cinco de la tarde, para ahorrarnos algunas horas de calor; pero no veríamos lo que hace el público de Madrid en el resto del dia, y eso sería faltar á nuestro propósito. Salgamos de nuevo á la calle á las diez de la mañana, á cuya hora empiezan á madrugar la mayoría de los habitantes, con bien distintos fines por cierto.

Los maridos, que de seguro son empleados porque es el único medio de contraer obligaciones, acuden á la oficina á ver si los periódicos hablan de pagas ó de crísis ministerial, y á cuidar de que el portero tenga el botijo del agua en parage fresco; las mugeres, que no les importa saber cuándo pagan, porque ellas cobran siempre, *van de tiendas* (frase de perdicion para los maridos) y vuelven á sus casas cargadas de género, á poner la sala *como una lechuga*, para que cuando vuelvan los maridos no tengan calor, ya que no tienen tampoco dinero.

El sol, miéntras tanto, disipará los grupos anunciando sin rebozo el programa de su fogosa dictadura, y cada cual irá bañado en su propio sudor, deseando llegar al que imagina término de su angustia, y es quizás el principio del tormento. Nosotros hacemos todo lo que hace el que no tiene nada que hacer, que es huir del calor. Arrojados de las calles, buscarémos un asilo en el café donde las moscas nos dan más calor del que nos robe la bebida; entrarémos maquinalmente en alguno de los pocos portales que conservan algun fresco del pasado invierno, y subirémos de visita en casa de alguna amiga á ver si por el *similia similibus* nos cura las quemaduras del sol, el fuego de otros soles ménos aficionados á las hogueras, ya que no ménos inquisidores. Indudablemente allí deberíamos hallar alivio si en la estacion de verano se dejasen ver esos ojos negros, capaces de hacer olvidar, no ya los rigores del sol, sino los de todos los elementos reunidos. ¡Pero no esperes tanta dicha, amigo lector! ¡Renuncia á librarte del calor

por semejantes medios! Irás de visita á una casa en el mes de Julio, y habrás de adivinar por la voz que la mujer que te habla es aquella hermosura georgiana, de tez nacarada y cabellos orientales, cuyas abrasadoras miradas defendieron tu corazon de las heladas del mes de Enero. Las mugeres de Madrid son un espectáculo de invierno. Subirémos, si quieres, á casa de una de mis amigas, y allí verás, es decir, no verás nada, y te convencerás á ciegas de que yo tengo razon en lo que digo.

En la antesala nos alumbra un ligero rayo de luz: es el que penetra por las rendijas de la puerta que nos acaba de permitir la entrada. Esa sombra de luz y la práctica que adquirimos en el invierno, nos conduce á la sala donde reina la obscuridad más completa.... No vemos á nadie, y creemos que nadie nos ve, pero nos engañamos; la fuerza de la costumbre ha hecho que las gentes que allí están distingan los bultos al ménos y se rien de vernos marchar estendiendo los brazos como verdaderos ciegos.

—Abre un poco el balcon, niña, dice la mamá.

—Entra mucho calor, contesta la hija.

Y prefiere conducirnos por la mano hasta dejarnos sentados.

—Señoras, decimos, vds. dispensen, pero no se distingue nada.

—No tiene nada de estraño, contestan; como vienen ustedes de la calle!... pero en estando un rato aquí se ve perfectamente.... Tenemos así por el calor.... En Madrid teniendo cuidado de cerrarlo todo, no se siente el verano.

No nos queda otro remedio sino esperar un rato, pero pasa una hora, y dos y tres, y lo único que hemos logrado, es contar las personas, gracias á que están vestidas de blanco, y se distinguen los bultos. Es preciso resignarse á esperar la llegada del otoño para ver si aquellas mariposas salen del capullo á la luz del dia.

Ocupada de ese modo la mañana, podemos entrar ántes de comer, en alguna casa de baños, para ver de soltar en el agua una parte siquiera del sudor que nos angustia y que nos ha evaporado los jugos del cerebro. Allí nos darán un billete, con el que adquirimos el derecho de bañarnos.... despues que lo hayan hecho 30 ó más personas que esperaban en la sala preparatoria, á que concluyan los que llegaron primero. Es decir, que sufrimos un baño de sudor, y otro de paciencia, y nos lavamos por fin á las seis de la tarde. Si las pilas que nos tocan en suerte han sido ocupadas por algunos de esos que se bañan por lavarse el cuerpo, y esto lo hacen una sola vez al año, soy de opinion que nos marchemos al punto, pues por mucha que sea la limpieza de los bañeros, la historia de 365 dias es demasiado larga, y no se borra tan fácilmente, aunque se escriba con agua y en láminas de mármol.

Media hora despues de salir del baño, aún dura la ilusion de haber hallado la fórmula contra los rigores del verano, pero pronto desaparece tan alhagüeña idea y volvemos á quedar tan angustiados como ántes de sumergirnos. No pensemos siquiera en el placer de la comida, porque la escuela

bucólica tiene vacaciones en el verano. Se come únicamente por no perder la costumbre para cuando llegue el invierno, pero nada más. Los verdaderos goces de una mesa bien servida, donde las luces de las bugías, el aroma de los vinos que se derraman en las copas, y el vapor que se desprende de las viandas, rejuvenecen el más gastado espíritu, están prohibidos en la estacion de los calores. Las tinieblas en que vivimos por miedo al calor y á los insectos, privan á los manjares de la mejor de las salsas, que es la de la vista.

Terminado este horrible sacrificio, esperarémos á que los carros del ayuntamiento nos rieguen el paseo, para que suelte la tierra el calor que recogió durante el dia, y nos dirigimos al salon del Prado. Allí respirarémos con trabajo en una atmósfera de 28 grados, y recibirémos el polvo que levantan los que pasean dando tormento á una silla. Á nuestro lado, precisamente, y esto es de rigor, habrá una jamona implacable que murmurará de cuantos pasen por delante; un alférez de infantería, que hablará á voces del coronel de su regimiento y de la guardia que hizo el dia anterior, y por fin, una madre cuyas hijas están paseando con unas amigas. La jamona procurará que oigamos sus sátiras, aunque aparente lo contrario.

—Allí vá *la de los ojos lánguidos*, dirá al ver pasar una jóven sentimental y hermosa; parece que está esperando á que la pongan el platillo para echar los ojos.

—*Las ánimas del Instituto*, gritará delante de

cuatro jóvenes, al parecer, hermanas; hoy traen más almidon que ayer en los vestidos, pero las mantillas tan raidas como siempre.

—*El titi de la calle del Príncipe*, dirá si vé pasar una niña de 17 años delgada y de poca estatura; hoy no la acompaña el *negro sensible*.... habrá sabido que es pobre.

—¡Qué asombro! dirá cuando pase una madre con dos hijas bonitas y elegantes; *las domínicas* han estrenado trages nuevos.... y no han tenido mal gusto los novios.... la tela es bonita.

De ese modo irá la jamona pasando revista á todos los del paseo, con especialidad á las jóvenes, entre quienes quisiera repartir los años que la sobren y que procura ocultar sentándose de espaldas á uno de los faroles. La madre buscará con la vista á sus hijas que siguen paseando con las amigas, hasta que apénas queda gente en el salon y entónces todas juntas, mas los amigos que se han ido acercando, levantan el campo y se ván á sus respectivas casas: cosa que ordinariamente hacen cuantos concurren al Prado.

En el centro del salon se forman grandes tertulias, compuestas de personas de diferentes clases y y condiciones. El núcleo de casi todas ellas es una madre, que á fines de Mayo dijo á los novios de sus hijas y demás tertulia de la casa: —Señores, ahora hace mucho calor para estar en las habitaciones; desde mañana *recibo en el salon del Prado;* los que quieran favorecernos que acudan allí.

Nadie falta á la invitacion de la señora, y gracias

á esa admirable espontaneidad que tenemos los españoles, cada dia hacen esas señoras nuevos amigos en el Prado. Un caballero que las ofreció una silla para los piés; otro á quien saludan porque un dia se bajó á cogerlas el abanico del suelo; otro que las acompaña casualmente, á todos les ofrecen la casa, y con ella su más fina amistad.

—¿Quién es ese que ha saludado usted? las preguntarás.

—Un jóven muy fino, te dirán, que estuvo á nuestro lado la otra noche.

Á los pocos dias verás que las acompaña, y preguntarás:

—¿Sabe usted yá quién es ese jóven?

—Sí señor, un sevillano muy despejado y muy caballero.

—Pero ¿de qué le conoce usted?

—De verle con un amigo nuestro.

—Pero ¿se le han presentado á usted?

—Nó, señor,

—¿Pues por qué permite vd. que las acompañe y le ofrece la casa?

—Porque vino hasta la puerta, y *parecia en el órden.*

Las consecuencias de esa pasmosa *comunicatividad* son funestas; pero la costumbre sigue en boga, y no hay más que averiguar el orígen de la mayor parte de las personas que visitan en muchas casas de Madrid y se verá eso mismo.—Uno que las acompañó con un paraguas al salir del teatro.—Otro que vino con ellas desde un

baile.—Otro que vá siempre con el del paraguas.... y en fin, el pretesto más futil basta para que el más rematado caballero de industria sea admitido en una casa honrada, donde despues que ha hecho algunas de las suyas, se ponen la mano en la cabeza y esclaman:—¡Quién lo habia de decir!... y parecia tan fino y tan caballero!

Despues del paseo nocturno del Prado, serán las doce de la noche, querido lector, y si te parece podemos retirarnos cada cuál á su casa. Habrémos pasado en Madrid todo un dia del mes de Julio, sin que nos queden ganas de cantar las escelencias del verano. Y podrémos decir, cuando nos hablen del placer de las madrugadas y de las delicias del Prado, que ámbas cosas se pueden dar por un momento de aquellos del invierno, donde á la luz de cien bujías se admira la esbeltez de un cuerpo gracioso y ligero, que recobra en aquella templada atmósfera la vida que perdió con los ardores del verano.

En ese desventurado mes no hay más fiesta que una sola verbena, la de Nuestra Señora del Cármen; pero se reduce á unas férias de santos de barro y tiestos de albahaca, frecuentada por los padres de familia y las taberneras: los primeros á desarrollar en sus hijos el órgano de la *destructividad*, y las segundas á comprar un par de macetas para adornar los vasos del mostrador.

Últimamente, y esta conclusion debe santificar este artículo, el dia 27, dia de San Pantaleon, acude el pueblo al templo de la Encarnacion, á besar una

ampolla de cristal, donde se conserva una gota de sangre del santo mártir, que todos los años se liquida por espacio de 24 horas, y luégo se coagula hasta el año siguiente. Así lo dice la tradicion, y así lo repite el que suscribe, sin quitar ni poner de su cosecha una sola palabra.

VIII

AGOSTO

El felicísimo consulado de Augusto César hizo que el Senado romano diese el nombre de *Agosto* al octavo mes del año, que en tiempo de Rómulo sólo tuvo 30 dias, y aunque en el de Numa quedó reducido á 29, Julio César le añadió dos dias de un golpe y quedó en 31; en cuya edad se ha plantado hasta mejor ocasion. El rio Nilo tiene la humorada de empezar á crecer el dia 1.° de este mes y baña con sus raudales las secas tierras de Egipto. El dia 2 es aniversario de la gran batalla que dió Aníbal á los romanos en Cannas, el año 216 ántes de Jesucristo; el dia 3 se cuenta que Nabucodonosor redujo á cenizas el templo de Salomon; el 4 de Agosto de 1435 se dice que la campana de Velilla anunció por sí sola el cautiverio del rey Don Alfonso; y en

fin, las efemérides de este mes, de las cuales no debe importar gran cosa á nuestros lectores, son de algun interés para los aficionados á saber lo que pasó en tiempo de Mari Castaña. Esas gentes, de quienes Dios nos libre, saben que Don Ramiro II mató ochenta y tres mil moros en los campos de Simancas el dia 6 de Agosto; no ignoran que el dia 13 de 1521 conquistó Hernan Cortés á Méjico; saben que Don Fernando el Católico ganó el 18 la ciudad de Málaga con once mil moros que estaban de guarnicion; se acuerdan de que el dia 22 hace 329 años que Medina del Campo fué reducida á cenizas por seguir la causa de los Comuneros; tienen muy presente que las armas españolas ganaron la ciudad de San Quintin el dia 26 de Agosto de 1557; y ahora que andamos á vueltas con los húngaros no hay quien ignore que el último dia de este mes se cumplen 308 años de la toma de la ciudad de Buda por los turcos.

Si hablamos de aniversarios fúnebres á esas gentes que buscan lo que han de ser en lo que los demás han sido, nos dirán que el dia 9 de Agosto de 1245 murió en Toledo su arzobispo D. Rodrigo Jimenez; el 10 nos recordarán el martirio de San Lorenzo; el 17 nos dirán que murió en Nola, César Augusto; el 21 se acordarán de la muerte alevosa que recibió Ataulfo en Barcelona; del célebre fray Luis de Leon, nos dirán que el dia 23 se cumplen 277 que bajó al sepulcro; que Don Fruela, rey de Leon, fué asesinado traidoramente en Cangas el dia 27, y últimamente, el dia 28 nos darán á leer

Lo cierto por lo dudoso, para decirnos que hace 214 años que murió el gran poeta Lope de Vega. Las mugeres eruditas y dadas á las efemérides suspirarán el dia 20 acordándose del robo de las Sabinas que Rómulo hizo en igual dia del año 752 ántes de Jesucristo. Y algunas gentes de vista más corta nos tirarian á cada paso de la pluma para hacernos recordar alguna efeméride, ménos remota, aunque no más importante que las citadas, en cada dia del año; pero nosotros decimos á todo eso que lo que fué y no es, como si no hubiera sido. Bien están las histórias en los libros y los libros en las bibliotecas. Nosotros no queremos turbar el reposo de los que se retiraron años há por no turbar el nuestro. Si el rey que rabió hizo mal, allá se las haya, y si hizo bien allá se las tenga. Nunca viene mejor aquello de que cada uno en su casa y Dios en la de todos, y puesto que nuestra vivienda es el presente, dejemos el pasado en los archivos, y el futuro en la cabeza de los profetas, oficio desacreditado y del que no entendemos una palabra siquiera. Reaumur tiene la oficiosidad de decirnos que estamos á 35 grados sobre cero, y aunque el *Diario de avisos* se toma el trabajo de quitarnos dos grados de calor, nosotros sentimos las consecuencias de los 35, y nos reimos de los que dicen que en Agosto frio en rostro.

Para sentir ese frio es preciso madrugar, y eso yá lo hicimos el mes anterior. Ahora hemos mudado de propósito, y aunque pensamos hacer alguna madrugada, será para *veranear* unos cuantos dias por

los alrededores de Madrid. Dirá el lector que eso es faltar á lo que nos habíamos propuesto, y que no pasamos *un año en Madrid* como habíamos ofrecido, pero no hay contrato que no tenga dos partes, y si el lector no hubiese roto la suya, á buen seguro que nosotros dejásemos de cumplir la nuestra. Dijimos en el artículo anterior que nos habíamos quedado sin auditorio, y justo es que queramos buscarle á todo trance. No irémos, sin embargo, á las playas de San Sebastian y Deva á hacernos oir por fuerza, de los que allí se defienden de los calores de la estacion, sino que nos limitarémos á ir y venir de los Carabancheles á los Madriles, y á Pozuelo, y á Leganés y á Villaviciosa, y tal vez al Escorial y acaso, acaso lleguemos hasta el real sitio de San Ildefonso. La iluminacion de los jardines y la corrida de las fuentes no son acontecimientos tan estraordinarios que le saquen á uno de sus casillas; pero tales cosas puede haber en la Granja que vayamos allá sin pensarlo ni saberlo!

Pero Madrid es ántes que todo, y miéntras haya gente por poca que sea, que el dia 1.° de Agosto visite la iglesia de San Francisco para ganar el jubileo de la Porciúncula, allí estarémos nosotros á rezar una salve á la Vírgen de los Ángeles, á pasearnos entre los tiestos de albahaca y las cestas de flores, y á comprar unas rosquillas, para que no se diga que dejamos de ganar el jubileo por ningun lado. Lo propio harémos el dia 7 con el glorioso San Cayetano, padre de la Providencia, siquiera nos digan que adoramos al santo por la peana. Y si el

lector quiere saber qué peana es esa, espere al año próximo y vaya á la calle de Embajadores, donde encontrará reunidos los restos dispersos de aquellas manolas, que caracterizaron un tiempo el pueblo de Madrid con sus costumbres y sus trages, y hoy han tenido la prudencia de suavizar las unas y condenar los otros al olvido. La concurrencia que invade el dia 7 de Agosto el magnífico templo de San Cayetano, aún sirve para ahorrar á los estrangeros de buscar las manolas en las estampas del tiempo de Moratin.

Igual estudio de nuestras antíguas costumbres puede hacerse la noche del 9 y la madrugada del 10 en los alrededores de la parroquia de San Lorenzo; y acudiendo á las monjas de San Plácido el 16 para tomar un panecillo bendito y pedir á San Roque que nos libre de la peste, habrémos cumplido con los santos más notables del mes. Pertenecemos al estado honesto y no tenemos necesidad de ir el dia 31 á comprar una estampa de San Ramon Nonnato en algun convento de mercenarios, para que no se malogre el primogénito de la familia. Por igual motivo no tenemos nada que pedir á San José Calasanz el dia 27, porque claro es que no teniendo hijos, nos ahorramos de recomendar su educacion al patron de las Escuelas Pias. Y en cuanto á los otros santos del mes, yá sabemos que el dia 4 de Agosto se enseña la pila donde se bautizó Santo Domingo de Guzman, y si nos viésemos atacados de calentura iríamos á pedir una pastilla de barro del santo pozo, que tiene virtudes anti-febrífugas.

Despues de esos devotos aniversarios nos queda libre el resto del mes, y podríamos salir á tomar aires por esos pueblos de los alrededores de la Córte sin peligro de que nos hiciese sombra un solo árbol. Pero un acontecimiento estraordinario nos obliga á pasar en Madrid el dia 15. Nuestros lectores sabrán que se ha reproducido ese dia el gran espectáculo que se inauguró el 17 de Mayo del presente año, y no estrañarán que los llevemos por segunda y última vez á la Plaza de los toros. Una hiena que habia desafiado á dos alanos; un leon que venia del África á luchar cuerpo á cuerpo con un toro y una pantera que tenía aplazado un duelo á muerte con un caballo, esas eran las tres partes de la *gran lucha de fieras* ofrecida. El público habia olvidado yá el chasco del famoso tigre real de Bengala, y á prorata dió á los empresarios *catorce mil duros*.

Á las cinco y media de la tarde, la Plaza de toros ofrecia un cuadro magnífico é imponente. Llenas todas las localidades, se habian colocado dos mil sesenta sillas en derredor de la gran jaula dispuesta para la lucha, y no habia un solo asiento vacío. Los alrededores de la Plaza estaban llenos de curiosos que esperaban saber por telégrafo el resultado del combate, y los que habian apostado en pró ó en contra de tal ó cuál fiera veian llegada la hora de ganar ó perder aquel lote.

La hiena fué la primera que se dejó morder impunemente por los perros, protestando de una manera inequívoca, que no era fiera ni habia pensado en serlo nunca. Retiráronla de la escena, mordida y

ensangrentada, y salió en medio de la arena un toro natural de Coria del Rio, de hermosa estampa, de muchas libras, colorado y bragado en blanco, llamado *Caramelo*. Á primeras de cambio quiso abrirse paso rompiendo los hierros de la jaula: cosa que hubiera conseguido fácilmente á no acordarse de que le habia retado un leon y de que su fuga podria tacharse de cobardía. *Julio*, que así se llamaba el leon, se presentó en la plaza cautivando con su hermosura á los espectadores, y saltó encima de Caramelo; pero éste le sacudió un par de coces y lo recogió sin dignarse clavarle el asta. Rodó el leon por la arena y se levantó asustado, huyendo cada vez que el toro se le acercaba. Así pasaron media hora hasta que en cumplimiento de lo anunciado en el cartel vino el refuerzo del tigre jóven y hermoso, que tendido en el suelo y arrastrándose con traidora intencion, quiso saltar várias veces sobre el toro; pero éste se volvia citándole de frente, y el tigre, que no habia aprendido semejante manera de combatir en los estatutos de su familia, huia y esperaba ocasion de acometer por la espalda.

Largo rato estuvieron los tres artistas mirándose recíprocamente y yá el público no veia á ninguno de los tres. Ni á la autoridad ni á los empresarios les habia ocurrido ponerse de acuerdo con el sol, para que no se retirára hasta ver en qué paraba la lucha, y hubo que darla por terminada. Verdad es que si el público dice, como ha dicho, que si hubiesen empezado más temprano habria sobrado tiempo para el combate de la pantera y el caballo,

tambien podrá replicar la empresa que el cartel decia (si el tiempo lo permite) y el tiempo.... no lo permitió.

Con semejante acontecimiento no quedaron muy satisfechos los espectadores; pero se retiraron á sus casas, dejando la jaula convertida en una arca de Noé. Á última hora mandó la autoridad echar perros de presa y cinco cabestros, y fué preciso dejarlos á todos en pacífica sociedad hasta mejor ocasion. Algunos mal intencionados rompieron las sillas incendiando algunas y arrojando otras dentro de la jaula, y así acabó la gran lucha de fieras. La autoridad tomó despues disposiciones, multando á los empresarios en favor de las casas de beneficencia, y en la prensa periódica y en los cafés se ha discutido mucho sobre el particular. Afortunadamente el resultado de los dos espectáculos de esa especie verificados en Madrid impedirán que se aclimate una diversion que nos hace retroceder muchos siglos, que ataca á la moral y á la civilizacion y que familiariza á las gentes con escenas de sangre que tanto influyen en la estadística criminal.

El público ha hecho cargos á la empresa del espectáculo porque las fieras no lucharon, y en esto creemos que ha sido injusto; en lo que andaria acertado sería en decir que no hubo fieras. Los empresarios no podian responder de que las fieras luchasen; pero no debian de haber anunciado como lucha de fieras, lo que sólo ha sido una simple esposicion de animales; degenerados, porque desde pequeños los han debilitado las fuerzas, los han

hecho perder sus instintos y han entumecido sus miembros encerrándolos por espacio de dos ó tres años en una jaula. ¿Qué debia esperarse de un leon que viaja por todo el mundo con el domador, que come con él, y que obedece cuando se oye llamar Julio? Que cayese sobre los lomos del toro sin accion siquiera para sacar las garras.

Pero dejemos ese asunto confiados en que las luchas de fieras no han de figurar nunca en el catálogo de nuestras diversiones públicas, y emprendamos la ruta hácia los Carabancheles en cumplimiento de lo ofrecido. Á pié, á caballo, en la diligencia que vá y viene á todas las horas del dia, de cualquier manera podemos hacer el viage. La distancia es corta, y aunque sea en coche puede uno correrla sin cansarse. El carruage sale de la Plaza Mayor, y á las tres de la tarde es buena hora de hacer la espedicion siquiera por la buena calidad de los compañeros de viage. No hay más que un asiento desocupado, y es precisamente el que nos hace falta: los demás están abonados por toda la temporada del verano. Las mulas no quieren hacerse esperar, y á las tres ménos cuarto se han dejado uncir al coche. Los viajeros son diariamente los mismos.

Un hombre gordo que tiene permiso de su gefe para salir de la oficina á las dos y media de la tarde, viene jadeando con un pañuelo lleno de fruta; son los postres que lleva pará comer con su muger y sus hijos, que los mandó á tomar aires á Carabanchel de Abajo. Preguntadle por qué lleva fruta y

os dirá que es lo único que falta en el pueblo; la carne la mandó por la mañana, y al instalar allí á su familia, sacó de Madrid arroz, garbanzos, chorizos, aceite, chocolate y otra porcion de artículos, por mayor. En cambio, las verduras, las ven pasar por allí á las gentes que las traen á vender á Madrid; caza no les falta si la compran en la plazuela de Herradores, y en cuanto á pescado fresco, allí mismo se vende un escabeche esquisito, capaz por sí solo de acabar con todas las salinas de España.

Los demás compañeros de viage son tan empleados, aunque no tan gordo como el primero, á escepcion de dos señoras que vienen diariamente á la Córte á bañarse. Llegado el coche al primero de los Carabancheles, quedan allí los que no siguen su ruta hasta Carabanchel de Arriba, y en ámbos puntos salen las familias de los viageros á recibirnos. Adivinando quizás las interpelaciones de aquellas, nuestros compañeros de viage han procurado aprovechar la media hora que hemos pasado juntos, en averiguar quién es el que hace de víctima ocupando el único asiento alquilon del carruage. El primer cuidado de todos ellos, es manifestarnos que son parroquianos diarios de aquel elemento, llamando al conductor por su nombre, y diciéndole que avive á las mulas, porque han salido dos minutos más tarde que el dia anterior. Luégo el empleado gordo se dirige á nosotros y dice:—Corre viento, me parece que no hemos de tener mucho calor en el camino. —El silencio que guardamos le obliga á ser más comunicativo y nos pregunta:—¿Es la primera vez

que viene usted al pueblo?—No señor.—Tendrá usted aquí su familia....—No señor.—Digan lo que quieran, se siente ménos el calor que en Madrid, porque teniendo cuidado de no andar por las calles á las horas del sol....

El pobre hombre agota todo su talento en averiguar quién es el nuevo compañero de viage, y cuando salta en tierra, en brazos de su familia, y le pregunta su esposa:—¿Quién es ese caballero? contesta:—No lo sé; pero debe de ser algun inglés, porque no he podido sacarle una palabra del cuerpo.—Porque eres un torpe, dice la esposa del empleado; todos los que viajan contigo son mudos.... ¡Ya se vé, sacas unas conversaciones tan raras!... Le hablarias del gefe de la oficina, y de otras tonterías por el estilo, y esa no es manera de hacer hablar á nadie.

La vida de los que van á tomar aires á Carabanchel se reduce á dar un paseo por la mañana, encerrándose en casa á las ocho hasta las seis de la tarde; porque como no hay sombra, ni árboles de donde venga, es preciso huir de algun modo de los rayos del sol. Por las tardes pasean por el camino de Madrid, á ver entre el polvo que levantan los carruages, las gentes que van y vienen; entran luégo á refrescar en la alojería; asisten al teatro, si hubiere compañía, que no todos los veranos se da tanta dicha y punto concluido. Á todo eso los hombres suelen sentir el mismo calor que en la Córte, si bien en cambio se aburren algo más; pero las mugeres ocupadas en discurrir moños y galas para eclipsarse

mútuamente en el paseo y en el teatro, no saben si hace calor ó frio.

En Leganés, en Pozuelo, en Villaviciosa y en otros puntos donde se acuartela en verano una gran parte de la poblacion de Madrid, pasa poco más ó ménos lo mismo que en Carabanchel, modificado algun tanto en razon á la distancia de la Córte. Es decir, que cuanto más apartado mejor vida se hace. Todos tienen faetones y tartanas que traen y llevan pasageros y víveres; en todos ellos el paseo que conduce á la Córte es el más concurrido, y en ninguno se hace la vida de campo tan decantada y tan apetecida. No falta nunca una familia á quien engañar para que con pretesto de tener piano en su casa, dé bailes los dias de fiesta; y esto que será muy bueno, pero que ninguna persona prudente lo hace dos años seguidos, divierte á todos ménos al amo de la casa. Él ha dicho al dar el *exequatur* que la reunion ha de ser de confianza, y es el primero á dar el ejemplo, recibiendo á los convidados en trage de casa. Su muger y sus hijas, si ámbas cosas tiene, le reprenden y le censuran; pero él les amenaza con retirar su palabra, y las mugeres por no perder un baile suelen resignarse á todo. Nuestros lectores habrán asistido á muchas de esas reuniones; pero no será del todo inútil que nosotros les copiemos una de ellas que presenciamos poco há.

Figúrense ustedes que el amo de la casa es un magistrado cesante, ó cosa por el estilo, que en estos tiempos hay mil medios de ser cesante sin haber sido nunca magistrado. Ha alquilado una gran

casa, ó mejor dicho, una casa grande para la temporada del verano; tiene dos hijas jóvenes que tocan el piano, y en su casa es el baile todos los Domingos y fiestas de guardar. El magistrado ha dicho terminantemente que no quiere etiquetas, y que la reunion ha de ser de confianza, y bajo estas bases suelta las riendas de la casa en manos de su esposa. La primera disposicion del nuevo ministro irresponsable es mandar un propio á Madrid para que alquile una calesa y traiga un afinador de pianos; otro para que compre azucarillos, bizcochos y limones, y un aviso á todos los vecinos del pueblo para que lleven á su casa las flores de sus jardines. Eso es por lo que hace á las disposiciones públicas; pero en secreto le entrega al propio una carta para una amiga íntima, rogándola que la envie cintas, adornos de cabeza, cuellos de encaje, y otras frioleras de última moda. Vuelven los emisarios, se afina el piano, se colocan los ramos de flores en la sala, y regañan al paleto porque se olvidó de traer unas bugías, que no le habian encargado. Pero todo lo suple una buena caballería, y vuelve el propio á la Córte en busca de luces, y al pueblo con ellas. Llega la hora del baile, que no es al anochecer como previno el amo de la casa, sino á las diez, y el magistrado juega al tresillo con el cura y el escribano en un gabinete ínterin su esposa y sus hijas reciben á los convidados. Las señoras vienen prendidas y almidonadas como si fueran á un baile de la Córte, y la que ha tenido la dicha de presentarse más elegante que las otras,

las oye decir que no han querido vestirse porque en un pueblo lo que se busca es franqueza y confianza. Unas á otras se examinan y se observan como si trataran de embestirse, y se desahogan murmurando unas de otras con el caballero no ménos almidonado que las sirve de pareja en el baile.

Las de la casa son el blanco general de todas las conversaciones: si están muy amables, dicen que el padre da los bailes para negociar marido á sus hijas; si están sérias, que se dan importancia porque tienen piano y casa grande; si sirven limonada y bizcochos, que parece un visiton del siglo XVIII; si no dan nada, que para dar un baile á palo seco valdria más reunirse en medio del campo; si bailan, dicen que los caballeros las honran porque son las hijas de la casa, que de otro modo nadie se acercaria á saludarlas porque son feas y por añadidura tontas. Y en esto último dicen que tienen á quien parecerse, y la toman con la madre y con el padre, y con toda la familia, y no cesan de murmurar hasta las tres de la madrugada, hora en que se acaba el baile, y vuelven los besos de Júdas, y cada cual se retira á su casa. Últimamente, á la media docena de bailes yá ha tenido ocasion el magistrado de regañar con todas las familias del pueblo; y vuelve á la vida sosegada y tranquila que debió haber hecho desde un principio.

Otra de las espediciones que entretienen la sed de viajar de los que no pudieron dar con sus huesos en las provincias Vascongadas ó en Francia, es la llamada de los *reales sitios*, y consiste en pasar un

dia en el Escorial, dos en la Granja y uno en Segovia. Esa romería, como viage más largo, tiene yá otros accidentes que callamos por demasiado sabidos, y porque, francamente, á pesar de lo que dijimos al empezar este artículo, no nos sentimos con fuerzas para traspasar los límites de la provincia de Madrid. Por otra parte, la estancia de la córte en el real Sitio de San Ildefonso, hace que aquello sea ni más ni ménos que un pequeño Madrid, donde la aristocracia vive apiñada en malas posadas, pagando sesenta reales diarios por un aposento que vale dos, y haciendo una vida que podrá ser muy agradable, pero que de todo tiene ménos de las condiciones de la vida de campo. La libertad de los caballeros no pasa de los hombros; se reduce á llevar algo floja la corbata, y á gastar sombrero de ala ancha. Las señoras visten ni más ni ménos que en Madrid, aunque se adornan más, porque están seguras de no pasar desapercibidas.

La vida de los que se estacionan en el Escorial es mucho más animada y divertida. Tiene casi todas las condiciones de la vida del campo, y no se resiente tanto como la de otros puntos, de esa etiqueta impropia y ridícula á que se condenan todos sin ser del agrado de ninguno. En este sitio no se carece de ninguna de las comodidades de la Córte; y el clima, el sistema de vida y el trato de las gentes, que un año y otro buscan allí un asilo contra los rigores del verano, proporcionan una vida alegre y deliciosa, cuyos dias amanecen en la silla de Felipe II, continúan en los magníficos cláustros del monasterio, y

espiran en los jardines del mismo: en aquellos jardines, que podrán ser mejores ó peores, pero que á nosotros nos traen tan gratos recuerdos á la memoria, que no podemos seguir escribiendo este artículo. Nos seria preciso empezar de nuevo, y ni lo permiten las dimensiones de esta Revista ni lo que habríamos de decir pertenece en manera alguna á los lectores. Está bien en las hojas de nuestra cartera y no lo hemos de arrancar de allí por nada ni por nadie.

IX

SETIEMBRE

En vano quieren las flores sustraerse á los rigores del sol plegando sus pétalos y encerrándolos en el cáliz, para sufrir la incubacion de crisálida y gozar despues como la mariposa la benigna temperatura del Otoño. Las luchas que han sostenido las plantas con los ardores del Verano han sido estériles; sus fuerzas se han gastado inútilmente, y los vientos abrasadores que las robaron sus perfumes, no quieren esparcirlos en el áura suave de la más apacible de las estaciones. La tierra ha derramado hasta la última gota de su sangre por defender las galas de

la ribera; la sávia se ha evaporado lentamente, y desaparece en el momento de retirarse el enemigo. Una gota más de ese bálsamo de la vida vegetal, y las flores refrendarian su existencia hasta los últimos dias de Octubre. Pero los jugos nutritivos dejaron de circular por el tallo de las plantas, y las hojas caen marchitas sin poder alimentar más tiempo la insaciable sed del sol de Agosto.

La vegetacion ha sostenido un sitio de dos meses, y sucumbe por fin á la vista del refuerzo que haria levantar el campo á los sitiadores. La suave temperatura del Otoño, fiel trasunto de la Primavera, no se ha presentado á tiempo de rejuvenecer los campos, evitando el encanecimiento de los arbustos y la muerte de las flores. Su blando aliento pretende en vano galvanizar los cadáveres de la vegetacion; tendidos sobre la seca arena los hallará el impávido mensagero del Invierno, y los vientos del mes de Noviembre, esparcirán por el aire sus amarillos restos, hasta volverlos al polvo de donde brotaron. Diciembre sonrie á corta distancia y se complace de que el mismo sol que hizo brotar las flores las haya asesinado con sus propios rayos. Ese parricidio le ahorra el trabajo de helar las plantas y se goza al considerar que podrá herir al hombre á cuerpo descubierto sin que haya arboledas que neutralicen sus designios.

Tal es el cuadro que ofrece la vegetacion al nuncio del Otoño.

El mes de Setiembre no se atreve á fecundar de nuevo la tierra, porque teme los rigores de sus her-

manos, y sabe que las semillas que abrieran su seno, confiadas en el benéfico aliento del Otoño, verian morir en flor sus esperanzas. La nueva Primavera vegetal sería inhumanamente sacrificada por el Invierno, cuya fria dictadura no consiente una sombra siquiera de calor en la atmósfera. Esas consideraciones le obligan á no producir nada nuevo y se limita á reanimar los restos de aquella generacion lozana que nació en el mes de Abril y se nutrió con las aguas de Mayo. Las pocas flores que libraron la vida en la derrota, prolongan sus dias y exhalan por fin el último aliento en las áuras del Otoño.

No hay, pues, que buscar ni los encantos de la pradera, ni los aromas de los jardines; las damas de la vegetacion se alucinaron con la hermosura del sol, y su coquetería les hace caer en tierra abrasadas, como la mariposa que se sacrifica en la llama fascinada por sus resplandores. Los animales, que en su mayor parte han podido sustraerse á los rigores del Verano, son los únicos séres de la creacion que gozan las bondades del Otoño; las áuras de Setiembre, que no hallan una flor que las embalsame, recogen en cambio la alegre despedida de las aves, que se retiran á esperar en sus nidos la creacion del año siguiente ó emigrar á otros paises en busca de la hospitalidad que les niega el clima del Mediodía.

El hombre se prepara en esa atmósfera de transicion á resistir los frios del Invierno, y siente que no sea eterno ese paraiso, en cuya temperatura

no le ocurre pedir ni un grado más de calor ni uno ménos de frio. Ni el sol le abrasa ni la sombra le hiela; los miembros no están entumecidos por el frio ni debilitados por el calor, y goza un bienestar material, contra el que nada pueden los temores del porvenir. Setiembre y Octubre le devuelven las fuerzas perdidas y le robustecen para la lucha que ha de sostener con Noviembre, Diciembre y Enero.

En Madrid, especialmente, los mejores monarcas del año son los meses que llevan las riendas del tiempo, en la estacion del Otoño. Su gobierno es una especie de justo medio entre la exaltacion del Verano, y el espíritu reaccionario y retrógrado del Invierno; y es de transicion porque no se ha consultado nunca el sufragio universal, en cuyo caso sería eterno.

Un grito muy conocido en la capital de España y del cual harémos mencion, aunque algunos lo tachen de vulgaridad, es el mensagero de esa deliciosa estacion. Cuando en los útimos dias de Agosto y primeros de Setiembre, se oyen pregonar por las calles las *avellanas nuevas*, no hay quien no sienta un estremecimiento de frio y dé por terminado el Verano. Disminúyese inmediatamente el consumo de la nieve, las horchaterías se cierran, los cafés se llenan de gente inamovible que acude á buscar la deliciosa bebida de los pueblos orientales, y si algun dia el sol toma por su cuenta la temperatura, todos se rien del impotente despecho del Verano y á nadie le ocurre sudar como en los meses anteriores.

Los que salieron de la Córte á buscar un clima

más fresco en otros paises, se apresuran á dar la vuelta, y olvidados de la justicia con que huyeron, se avergüenzan, al entrar, de haber salido. Pero los que se quedaron á defender la plaza, reciben á sus hermanos con los brazos abiertos, y un olvido completo de lo pasado hace que unos y otros disfruten por igual los beneficios de la amnistía de Setiembre. Todos se confunden en el salon del Prado, cuya concurrencia crece dia por dia, hasta volver á ser tan numerosa como en los meses de Abril y Mayo. Tornan las entrevistas amorosas, olvídanse los celos, témplase el rigor de las madres, crece el entusiasmo de las hijas, renace la galantería en los caballeros, y se incluyen en la bancarrota general las antíguas disensiones y las pasadas rencillas. Como la constancia no es la virtud que más distingue ni á ellas ni á ellos, el no haberse guardado fidelidad recíproca durante la ausencia, hace que ahora se amen con más fervor que nunca, y que tengan por nueva la pasion que yá les iba cansando de puro anciana. Las conquistas amorosas que han hecho los hombres en los baños no tienen consecuencias de ningun género; se encuentran en el Prado de Madrid con la muger á quien juraron un amor eterno en la playa de San Sebastian, y ella se sonrie y les saluda, y ellos la saludan y se sonrien. Fueron amores de temporada, y los juramentos no tienen fuerza alguna léjos del sitio en que se hicieron; la eternidad se entendia miéntras durase la estacion de los baños, y lo más que ocurre, es dejarlos en suspenso hasta el año siguiente. Ha parecido el inquilino en pro-

piedad, y el corazon abandona los huéspedes que tuvo en el viage.

Pero el paseo del mes de Setiembre no se prolonga hasta las once de la noche como en los meses anteriores; á las ocho yá está el Prado desierto, y las tertulias que disolvió el Verano, tratan de reorganizarse para el próximo Invierno. Esta operacion es todo un simulacro de las batallas electorales en los gobiernos representativos. Las tertulias del mes de Setiembre son trabajos preparatorios para las asambleas del Invierno. Los tertulianos se dividen como los hombres políticos en electores y elegibles; pero todos andan confusos y revueltos en las elecciones hasta los primeros dias de Noviembre, en que las tertulias quedan definitivamente constituidas. Para ser elector se necesita ser soltero, ó viudo, ó casado sin hijos; las cualidades del hombre elegible son de alguna más entidad y es preciso que además de ser casado, tenga hijas jóvenes y sala á propósito para las sesiones nocturnas de los electores. Hará juramento de no asistir nunca al teatro, ni de faltar de su casa una sola noche, á ménos que no avise con anticipacion á las personas que *le favorecen* diariamente. No se le permitirá tener mal humor, ni estar triste á las horas de la tertulia, y se le prohibe adelantar los relojes de su casa para que los tertulianos se marchen ántes de la hora ordinaria. En fin, el resultado de esas juntas preparatorias, es lo que las distingue de las elecciones políticas. Cuando se trata de ejercer el derecho electoral entre los ciudadanos, la víctima es el elector,

y el verdugo el elegido; pero en la eleccion de los tertulianos es á la Inversa; el que elige una casa donde pasar las noches del Invierno es el verdugo, y la víctima es la persona elegida para dejarse *favorecer* con la visita diaria de sus amigos y de cuantas personas se dignen éstos presentarle. Más adelante, cuando el frio despeje las calles y nos obligue á buscar la sombra de la luna entre cuatro paredes, inspeccionarémos esas tertulias. Hoy no sólo podemos, sino que debemos andar al aire libre, para disfrutar las escelencias de la deliciosa temperatura del Otoño, y no pensamos pasar un solo momento en nuestras casas.

El dia 8 del presente mes pasamos la tarde en la ermita de Nuestra Señora del Puerto, situada á la orilla izquierda del Manzanares, cerca del puente de Segovia. Los asturianos residentes en Madrid nos han llevado allí al són de sus gaitas y tambori-les, para que los veamos bailar la *danza prima*, al pié de aquella frondosa arboleda, y entre los puestos de escabeche y fruta con que se regalan las marusas que acuden á tomar parte en la broma. Es de rigor que esta romería se disuelva á garrotazos porque el vino hace iguales efectos en los hijos de Pravia que en los de Piloña, y resulta una aplicacion de la ley física que dice: «fluidos semejantes se repelen y desemejantes se atraen.» Á los gritos de viva Pravia, enarbolan los garrotes de los que piden que viva Piloña, y escepto algunos que duermen en la cárcel, todos se retiran á sus dormitorios, á reponer sus fuerzas, para continuar al dia siguiente la noble

mision de surtir de agua las casas del vecindario.

Despues de esa fiesta no ocurre ninguna otra notable; ni fuera fácil que semejante cosa sucediera, porque un acontecimiento estraordinario, célebre y y único en su clase, absorbe los ánimos de los madrileños el resto del mes, llevando sus consecuencias hasta los primeros dias de Octubre. Los lectores saben yá el suceso á que aludimos, y nuestros amigos, que desde que empezamos á escribir estos artículos, nos han envidiado la honra de bosquejar el presente, no se asombrarán de lo que les vamos á decir. Vamos á hablar de *las férias de Madrid*, y al efecto pedimos al lector un voto de confianza, para cortar la pluma, renovar la sangre del tintero, dar grasilla al papel, mullir el almohadon de la silla, pasarnos la mano por la frente, para disipar las nieblas del entendimiento, y quemar un tabaco imperial digno del cronista de tan grandes acontecimientos.

Que en la villa de Valladolid, á 18 de Abril de 1447, espidió el rey Don Juan II un privilegio haciendo merced á Madrid de dos férias francas en los dias de San Mateo y San Miguel, cosa es que saben de memoria todos, y no hay por qué decirla. Que esa concesion fué en recompensa de haber quitado á los madrileños las villas de Griñon y Cubas, para dárselas á un criado de palacio, como noticia digna de saberse no hay por qué callarla. Y últimamente, que por alcanzarse esas férias la una á la otra, se usa la voz en plural y no en singu-

lar, como es costumbre, ni está bien el decirlo ni el callarlo, y lo dejamos por lo mismo á eleccion de los lectores, al que le estorbe lo borra y al que no le importe lo deja y sigue adelante. Eso mismo hacemos nosotros. Pero cátense ustedes que el señor corregidor ha madrugado algo más, y yá ha remendado las esquinas de las calles con bandos al efecto.

Dice en ellos *pro fórmula*, lo que era tan bueno para dicho como para escusado, y es que las férias empiezan el dia 21 de Setiembre; y añade que se celebra en la calle de Alcalá el mercado de los trastos nuevos, y en todas las de Madrid la de los viejos. Esta disposicion es de importancia, porque algunos años han ido á parar al paseo de Recoletos, á la Plaza Mayor y hasta á la plazuela de la Cebada. Pero eso se entiende con las novedades del dia, porque los muebles viejos han tenido siempre libertad para tomar el sol donde más les ha convenido; hasta este año de 1849, en que se ha señalado un número de plazas para la colocacion de las antiguallas, respetando los derechos de la calle de Alcalá, que la prensa periódica ha defendido con el mayor empeño. La academia de Nobles Artes aprovecha la concurrencia de los forasteros, para abrir durante las férias una esposicion pública de pinturas, donde se ven los adelantos de los jóvenes que se dedican á tan honrosa profesion. Y á la puerta de los almacenes de quincalla y juguetes de niños, se ven unos enormes cajones que dicen á los padres de familia. —«Yo acabo de llegar de París, cargado de chucherías para que féries á tus hijos.» Esto no siempre

es verdad; porque aunque los objetos estrangeros que allí se venden, alguna vez han de haber venido, hay algunos que llevan en Madrid los años necesarios para que se le dé carta de naturaleza española.

Pero no nos entrometamos en la conciencia de los mercaderes; cuando la nuestra, que comerciantes de letras somos, nos grita para que sigamos adelante. Hemos gastado mucho tiempo en el preámbulo de esta revista, y quizás nos diga el lector que *en Setiembre calabazas*. Y si tal cosa nos dice será por esceso de bondad ó por temor de que le preguntemos qué razon tiene el pueblo de Madrid para vincular esa fruta en ese mes, en un refran tan de todos sabido, como por nadie esplicado. Nosotros, por si acaso, huirémos la ocasion de llevarlas, poniéndonos de un salto en la calle de Alcalá, en los primeros dias de las férias. Afortunadamente es Domingo el dia que hemos elegido para ese paseo, y no nos queda nada que desear.

Desde las ocho á las diez de la mañana, el vendedor que limpia los juguetes de su tienda ambulante, se santigua con la peseta que le da una vieja por el caballo de carton que compró á su nieto, á quien llevó á la féria despues de misa; en el puesto de enfrente compra unas ligas bordadas para su novia, un lugareño que trajo á la Córte el dinero de ese obsequio y el de medio celemin de nueces, en una carga de patatas; la criada de servicio lleva media libra de carne ménos que de ordinario en la cesta de las provisiones, y compra una trompetilla de hoja de lata, para cada uno de sus señoritos; con

ese obsequio la madre de los niños no la negará el permiso para salir con el novio aquella tarde. Desde las diez hasta la una, los forasteros se cansan de dar vueltas por entre los cajones donde se venden los muñecos, compran melocotones y avellanas, y se atreven á hacer con sus *fraques* lo que no habian hecho en los 15 años, poco más ó ménos, que cuentan de vida aquellas prendas, á sudarlos y perderlos el respeto comiendo fruta sin quitárselos del cuerpo. Más tarde invaden la calle las gentes de la clase media, que ántes de las tres vuelven á sus casas cargados de melocotones y de acerolas, para dejar el campo libre á los aristócratas, y á los que por parecer tales hacen de tripas corazon con grave perjuicio del estómago. Esa gente va allí todos los dias que dura la féria desde las tres á las cinco de la tarde, y forma su estrado al estremo de la calle, donde yá no hay más figuras de venta que ellos mismos, que como en todas partes se venden recíprocamente á plazo y á descubierto, sin más garantía que un saludo.

Las sillas del Prado que yá conocen sus mañas, pónense allí á su disposicion, bajo palabra de no decir una de las muchas que oyen, y si los que están sentados murmuran del que les saludó al pasar, éste hace lo propio ántes y despues de haberles saludado. Pero como la murmuracion es uno de los primeros oficios que el hombre declaró noble al constituirse en sociedad, no hay por qué estrañarnos de que se ejerza en tiempo de férias como en las demás estaciones del año. Y áun quizás no haríamos mal en

decir, que no es en esa época en la que más trabaja la lengua de la crítica, porque como hace algun tiempo que las gentes del paseo no se han visto, se parecen ménos ridículos los unos á los otros. Tienen por otra parte necesidad de estrechar los vínculos para pasar mejor las noches del Invierno, y la adulacion roba algun tiempo á la cristiana tarea de *cortar vestidos* al prójimo. El paseo de la temporada de las férias es, por esas razones, el mejor que tiene Madrid. La bondad del clima permite que á mitad del dia y bajo el cielo más hermoso del año, brillen los ojos negros, y perdónennos las rubias, de las beldades de la Córte. Las importunas manteletas, no vienen á redimir nuestros corazones del dulce cautiverio de un talle, cuya posesion nos haria envidiables á los ojos del universo entero; y graciosas, esbeltas lucen las hermosas todos los encantos que las dió el Cielo.

Antes de concluirse el paseo de la elegancia, la calle de Alcalá está intransitable. Gente de todas especies la invade hasta las ocho de la noche; desde cuya hora, hasta las diez, hay otra sociedad diaria, presidida por aquellas familias que en el Verano forman tertulias en el salon del Prado; y al reclamo acuden muchos militares; y otros jóvenes que no están de servicio á aquellas horas en la oficina.

En ese mismo dia, como en todos los demás, desde el 21 de Setiembre al 4 de Octubre inclusive, entra y sale la gente desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde en los salones de la Academia, á ver la esposicion de pinturas; pero

esto no sólo merece párrafo aparte, sino visita especial que harémos en el artículo del próximo Octubre. Ni ese asunto puede tratarse con ligereza ni estaria bien hacer esperar por más tiempo al mueblage de nuestros antepasados, que, espuesto á la intemperie en las calles y plazuelas, aguarda nuestra visita. Darémos un paseo por Madrid, siquiera tengamos la incomodidad de andar por enmedio de las calles para dejar libre la acera á los prenderos.

La primera dificultad con que tropezamos al salir de casa no debe arredrarnos. El zapatero del portal nos enseñará la brecha practicable de la muralla de trastos viejos, que defiende la entrada de la casa. Sin que nosotros le comuniquemos nuestra estrañeza, él la adivina y nos dice:

—Señorito, los probes hemos de hacer á todo.... Me ocurrió sacar un tablado de cama y un fregadero, que no me servian para nada en casa, con ánimo, de ver si los vendia en estas férias, y, sin saber cómo, he reunido aquí una prendería. Todos los vecinos me han dado muebles para que los tenga de venta, y me dan el ochavo de cada real que les entregue luégo. La señora del piso principal me ha dado ese costurero antíguo; pero que está nuevo aún, porque su madre (que esté en glória) le usó poco tiempo y ella no se ha atrevido á tocarlo despues. Yá se ve ¡como que tiene una muger para que recosa todo lo que se ofrece en la casa! Pues el abogado de enfrente me ha dado una mesa de nogal macizo que tiene yá muchos golosos; pero la ha puesto un

precio muy subido. ¡Toma!... es lo que él dice, como no le hace falta para comer!... La vende únicamente porque como desde que llegó á empleado no despacha pleitos ni escribe en su casa nunca.... para qué la quiere!... Tambien tengo muchos libros suyos; pero los que están en esa espuerta me los ha traido á vender, sin que lo sepa su padre, un estudiante de Medicina que vive en la casa de la derecha. Y si viera usted qué ganas se me pasan de leer uno que dice *Roche* y *Sanson*, porque yo no sé quién fué ese Roche; pero tendria tanta fuerza como su compañero.

—Y ¿por qué no lo lee usted? le preguntamos al pobre zapatero, que creia hallar las proezas de Sanson en un libro elemental de *patología*.

—Porque temo abrir las hojas, y si luego no se vende la obra!...

—Pues qué ¿están sin partir?

—Si son todos nuevecitos.... ¡Oh! es un jóven muy listo el estudiante, y con media vez que los haya visto por el forro le sobra para saber más que los libros.

Reímonos del improvisado prendero, y derribando al salir una silla, que no esperaba otra cosa para disolverse completamente, nos lanzamos á la calle, deteniéndonos á examinar las barricadas que habia en ella.

A la puerta de una prendería, cuyos muebles habian salido hasta el arroyo á recibir á los parroquianos, vimos un desvencijado fregadero de cocina, destinado á sostener un armario del tiempo

de Cárlos II, cubierto de preciosos embutidos; y en el que un *artista* moderno habia puesto el visto bueno con una cerradura que cubria la cuarta parte del armario; mas allá una mesa de nogal que tendria cien años de existencia, avergonzaba con su robustez á otra prójima, concluida de construir dos dias ántes, y llena yá de grietas y quebraduras que le habian costado diferentes chasquidos. Una cama de matrimonio, que á los 15 años de viuda, se habia resuelto á vender una señora de 60; un espadin de cazoleta que habia conservado por espacio de 12 años el ex-portero mayor de la sala de alcaldes de casa y córte; y multitud de objetos diversos, se hallaban estendidos delante de la prendería. Sus dueños, á quienes la estrema necesidad les habia hecho malvender aquellas antiguallas, se contentaban con pasar todos los dias á verlas, y tenian un placer al encontrarlas aún en poder del prendero.

Los libros y los cuadros suelen andar revueltos con las demás mercancías en tiempo de férias; pero tienen además sus puntos de venta especiales, particularmente los primeros. En estos sitios, no faltan nunca eruditos que salen á la calle esos dias, á buscar nuevas indigestiones literarias, y pasan todo el dia leyendo títulos, y hojeando mamotretos, para ver si encuentran la edicion tercera ó cuarta de una obra de la que yá suelen tener 15 ejemplares distintos. Y vuelven á su casa locos de alegría si hallan una edicion de un libro, que aunque sea de la misma fecha y del mismo punto que otra que tienen yá, lleve en la portada el nombre de

impresor, ó las señas de la casa donde se vendia, ó cosas de menor importancia. Entre esos bibliómanos, se quieren confundir otros pedantes de quienes al momento se sabe, que lo que buscan en aquel puesto de libros es aprender de memoria una docena de títulos, para encajarlos cuando venga al caso y cuando no venga tambien.

Además de esos libros, colocados en estantes de pino ó sobre tablados de cama, hay otros muchos que por su tamaño ó por su escaso mérito se venden chicos con grandes á *peseta, media peseta* y *á real.* Estos reposan sobre el suelo, hacinados como los melones, y como éstos, se dan á cala. Todo el mundo es dueño de acudir al reclamo del mozo que dice: — Yá van á dos reales los de á peseta!... á dos reales libros! Á nadie se le impide llegar al monton y pasan el dia cogiendo y soltando libros, dejándolos por fin todos donde están si ninguno de ellos le acomoda. De este género barato compran hasta los que no saben leer, pero que han oido decir que el mejor amigo es un libro, y no quieren perder la ocasion de comprar por un real lo que Diógenes anduvo buscando con un candil sin poderlo hallar. Además, y esto se lo oimos decir á un lugareño que compraba un dia dos libras y media de libros viejos, «puede uno tener alojado en su casa y conviene darle libros para que se entretenga y no pase el tiempo requebrando á las mugeres. *(Una voz al paño.)* ¡Cuántas personas suprimirian las librerías si no recibiesen visitas que notasen la falta de ese adorno en el gabinete!

En cuanto á los cuadros que se venden en tiempo de férias la mayor parte son retratos de personas muy conocidas.... de sus respectivas familias, y que únicamente por la fecha de los trages que visten pueden ser dignos de atencion. Los inteligentes admiran en algunos de ellos el colorido de tal ó cual pintor célebre, y los que quieren pasar á los ojos del público por personas de pró en la materia, los contemplan á diferentes distancias como suponiendo que buscan el punto de vista y la luz del cuadro, y no conocen que lo que más prisa les corre de hallar son las luces naturales de su cabeza. Véndense algunos de esos cuadros á personas que necesitan buscar en los retratos de familia, lo que no ha podido darles el dinero, y el que fué en vida, familiar del Santo Oficio, y se llamó D. Pedro Retroceso pasa á ser una de las víctimas quemadas por órden del Santo Tribunal y á llamarse D. Juan Avance, en la sala de un caballero de industria.

Últimamente, lector, las férias duran, como dejamos dicho, hasta el 4 de Octubre y algo más; respetemos los derechos de ese mes y no nos introduzcamos en sus dominios. Por hoy se suspende esta discusion, y en las primeras líneas del próximo artículo se continuará la órden del dia.

X

OCTUBRE

La benigna temperatura que empezamos á disfrutar en los primeros dias del mes anterior, y el cielo trasparente y azúl del Otoño, continúan inalterables á la hora en que escribimos estas líneas. El marchifollage de los árboles aguarda indefenso la hora del suplicio, perdida yá la última esperanza de vida que alimentó al sentir el dulce influjo de la nueva atmósfera. Las pocas plantas que lograron saludar la aparicion del Otoño sienten yá debilitarse sus fuerzas, y doblan la cabeza hácia el suelo que ha de recibir sus amarillos despojos. Pero á la vista del hombre, la vegetacion no ha retrocedido un solo paso en todo el mes trascurrido desde que el sol de Agosto recogió sus destructores rayos. El engañoso verdor de la corteza oculta el fuego interior que ha secado el corazon de la planta. Aún no han venido los vientos frios de Noviembre á helar la última gota de sávia que sostiene las hojas adheridas al tallo, y la vegetacion no ha llorado su muerte rasgando sus vestiduras. Setiembre y Octubre han formado un solo imperio, respetando lo existente,

sin atreverse á emprender reformas que el tiempo no les permitiria terminar. La hora en que la vegetacion se entrega al descanso para pasar durmiendo los meses de Noviembre, Diciembre y Enero se aproxima, pero no ha llegado aún. Nosotros no querémos anticipar á los lectores el triste espectáculo de ese inanimado panorama, y dejamos para el próximo artículo la autopsia de ese cadáver que recobrará nueva vida con el mágico galvanismo de la Primavera.

Sigamos miéntras tanto nuestro paseo por las calles de la capital.

Las aguas que cayeron en los últimos dias del mes anterior, no dejaron que las gentes continuasen visitando los museos de antigüedades establecidas en las plazuelas, y los trastos viejos, que al parecer se honraban mucho con nuestra presencia, obtuvieron del señor corregidor una próroga de ocho dias al plazo fatal que espiraba el dia 4. Esta es una gracia que á fuerza de años ha venido á ser un derecho, y cuando no hay lluvia que justifique la próroga, hay próroga que trae consigo la lluvia. Es decir, que los feriantes tienen siempre abierto el tribunal de apelacion, llueva ó no llueva, y si las nubes no han podido traer agua ántes del 4 de Octubre, las mercancías no se retiran de la féria hasta que se mojan. Los madrileños no suelen andar con grandes escrúpulos en tiempo de féria y arrostran los rigores de la estacion, saliendo á la calle á todas las horas del dia; yá los hemos visto pasear por la calle de Alcalá rompiendo nueces y mondando

melocotones. En las otras calles y plazuelas de la capital, tambien los hemos observado registrando libros y parándose á reir ante las papeleras del siglo XVII donde se guardaron los pergaminos, única nobleza de más de cuatro caballeros de industria. Hoy nos vemos comprometidos, por la cita dada á nuestros lectores en el artículo anterior, á seguir al pueblo de Madrid en su visita *artística* á la Academia de Nobles Artes.

La esposicion de pinturas contemporáneas que los profesores y aficionados envian todos los años á los salones de la Academia, es lo que lleva allí las gentes, y todos los dias, desde el 21 de Setiembre al 5 de Octubre, están abiertas al público las puertas del santuario artístico desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde. Si nosotros fuésemos á ver los cuadros sabríamos la hora que habiamos de elegir al efecto, pero como nuestro objeto es *ver cómo los ven* los demás, nos hallamos obligados á entrar en la Academia más de una vez y á distintas horas. El verdadero aficionado, el que ansía saber los adelantos de nuestros pintores, acude á primera hora para que la gente no le impida colocarse en el verdadero punto de vista de cada cuadro; el que por el contrario, lleva la idea de darse en espectáculo y de decir cuatro bufonadas delante de cada obra, ese necesita auditorio y va cuando la concurrencia es escesiva. Hay otros que van porque no se perdonarian á sí propios el dia 6 de Octubre, no haber entrado una vez siquiera en los salones de la Academia, y otros, en fin, por motivos más *frá-*

giles, que si Dios quiere y la tinta no se acaba, revelarémos más adelante. Ahora nos contentamos con entrar en la Academia, de donde no saldrémos sin haber visto más de cuatro debilidades.

La primera, y no se dirá que hemos ido á buscarla, sino que ella sola nos sale al encuentro, es la *esposicion* misma. ¿Qué significa la esposicion pública de 200 cuadros de los cuales 150 valian más cuando estaban en blanco, y los 50 restantes son 40 retratos de particulares, cinco copias y cinco cuadros de composicion? ¿Qué buscan allí aquellas obras? Son targetas de anuncio que dan al público los jóvenes profesores para ofrecer sus respectivas habilidades. Son piezas de exámen que someten á la crítica de los inteligentes. ¿Quién premia aquellos trabajos? ¿Qué estímulo se ofrece á sus autores? ¿Quién compra, en fin, aquellos cuadros?

Nadie, lector, nadie premia, nadie estimula, nadie compra; los cuadros vuelven al estudio del artista, que por toda recompensa recibe la enhorabuena de un amigo que lo mismo le habria dicho en su propia casa. Luego está visto, que la misma esposicion pública es la primera debilidad de sí propia; pero como sin ella no ocurririan las otras debilidades, seguimos adelante y abrimos los ojos en el patio de la Academia, segunda debilidad del asunto.

En esta antesala de la esposicion han acertado á entrar á las diez de la mañana unos lugareños que aún no se atreven á salir, y son las dos de la tarde; yá se ve, hay unos colores tan vivos en la pared,

que los cuadros están diciendo, *comedme*, á todo el que los mira! Si por retrato se entiende todo cuadro que se pintó teniendo delante una persona, el patio está lleno de retratos; si no han de ser retratos hasta que prueben la identidad, no lo serán nunca. En esta parte del museo, como el génio está al aire libre y el arte idem, suele haber grandes cuadros de grandes composiciones. Mucho de moros y de cristianos; los primeros cubiertos de mantas, y los segundos vestidos de cota de malla que no parece sino que el pintor tomó por modelo las escamas de algun besugo; veinte y cinco ginetes montados en cuatro caballos huyendo de un castillo que siempre vá delante de ellos; fatigados por las nubes que tienen que ir rompiendo con la cabeza y sin querer llegar al primer término del lienzo porque yá en el último son más crecidos que las demás figuras del cuadro. Ante esas obras maestras se páran muchas personas de diferentes especies: tontos que tienen la virtud de confesarlo; nécios que tienen la osadía de negarlo; inteligentes que lamentan la pérdida del lienzo que ántes de pintarlo servia al ménos para una mampara; y gentes de buen humor que se alegran de que se haya llevado allí aquel cuadro siquiera por tener ocasion de sacrificar á su autor con una gracia.

—¡Famoso cuadro!... dicen los tontos primeros; qué propios están los moros!... con su turbante y *todo*.... Pues y los lanceros!.... hasta lanza tienen!.... Cuánto sabrá el que lo haya pintado!

Los que tienen la pretension de ocultar su ignorancia vacilan ántes de elegir el que ellos creen

verdadero punto de vista, y procurando hacerse oir de las personas que están á su alrededor esclaman:

—Lástima que este muchacho (ignoran si el autor del cuadro es jóven ó viejo), no se haya detenido más en esta obra... El dibujo es algo incorrecto, pero están bien agrupadas las figuras, y hay mucha entonacion y vigor en el colorido.

Si alguno les pregunta lo que representa el lienzo, se sonrien compasivamente y dicen señalando á los lanceros:—Que es una copia del famoso cuadro de las *lanzas*.

Las gentes del pueblo no saben apartar la vista de los *bodegones*, y sin tener en cuenta que la intencion del artista fué pintar una perdiz, dicen que la gallina está tan propia que no le falta sino cacarear para salirse del cuadro.

Los salones del piso principal son los que encierran lo más notable de la esposicion, y sin embargo, la mayor parte de los cuadros que en ellos se encuentra debieran haberse ahorrado el trabajo de subir la escalera quedándose en el patio. Aquí las obras inmortales de Murillo, Ribera, Velazquez, Zurbarán, Cano, Morales, Ricci y Carducho, nos obligan á entrar sombrero en mano, entre porteros y centinelas, para ver los trabajos de nuestros pintores contemporáneos. *La sala del trono*, donde se colocan los cuadros de los profesores de cámara de S. M., está llena de gente á todas horas, y al ver la uniformidad de opiniones cualquiera diria que todos llevan formado de antemano el juicio sobre aquellas pinturas. Efectivamente, nadie se atreve á discurrir por sí, y

si á una gran parte de los concurrentes se les enseñara allí el peor de los cuadros del patio, saldrian diciendo que era una obra maestra. Tal es el influjo de la voz pública en cuestiones de esa especie. Pero á nosotros no nos toca dar ahora nuestra opinion ni sobre las reputaciones adquiridas, ni sobre el mimo con que el público las trata, con grave lesion muchas veces de su propio criterio; los cuadros que vamos á ver no son los pintados en el lienzo, sino que los que están por pintar aún y pueden llamarse con razon cuadros vivos ó *cuadros al natural.*

El héroe al óleo, que para revelarnos su existencia ha tenido necesidad de mandar su retrato á la esposicion, pasa todas las horas del dia en los salones de la Academia, vestido con el propio trage que sirvió de modelo para el cuadro. Sus amigos le encuentran y le dicen:

—Yá le he visto á vd. retratado; le han hecho á vd. poco favor.... representa vd. veinte años más de los que tiene.

Otro.— ¡No se quejará vd. del pintor!... lo ménos le ha quitado á vd. diez años.... pero le ha puesto á usted demasiado grueso.

Otro.—Hombre, he conocido que eras tú por la levita; pero no te se parece nada al retrato!... Qué delgado!... Qué sério!... Y luégo aquellos ojos azules!... Vaya, se ha lucido el pintor.

Otro.—No sabía que estabas en la exposicion; pero te he conocido al momento.... lástima que te hayan puesto aquellos ojos tan negros y demasiado risueño.... Tu fisonomía es grave.... ¿Díme, dónde

diablos te has hecho aquella levita, que parece un saco?... Si los pliegues de la manga son invencion del pintor, ha desacreditado el sastre que te viste.

Frente á un retrato de cuerpo entero y tamaño natural de una señora jóven y hermosa, se presenta otro cuadro de los pertenecientes á nuestro museo vivo. Tres señoras y tres caballeros, en grupos distintos, juzgan la obra del modo siguiente:

Ellas.—¡Cómo es posible conocerla si la han quitado doce años de encima!... Y qué cútis tan fino, cuando el suyo parece papel de lija!... Y qué colores tan hermosos.... ella que es amarilla como la cera!

Ellos.—Este pintor no es de los que adulan.... la marquesa tendrá que esconder su retrato hasta que pasen dos años, y entónces quizás esté parecido.... vaya un cútis ordinario.... y parece que ha tenido viruelas.... Pues y el color de las megillas!... este es un busto de yeso más bien que un retrato.

Ellas.—¡Pero hija, que ojos tan hermosos!... dónde los habrá alquilado la marquesa!... Y qué lujo de cabello!... como estaba abundante la pintura, no se la conocen las calvas.... Si tuviera esas manos tan pequeñas, más baratos la daria los guantes el guantero.... Pues dónde me dejas el talle!... No es ni la mitad del corpachon que tiene.... vaya, que el pintor es uno de sus mejores amigos.... por mucho dinero que le dé, no le paga.

Ellos.—No sé cómo se ha atrevido el pintor á copiar los ojos de la marquesa.... así han salido ellos.... pequeños y sin espresion ninguna.... Pues no digo nada del cabello, que parece lleno de calvas

por el modo con que están vertidas las luces.... ¡Y qué manos!... parecen sacos de arena.... El talle es lo mejor, pero algo ménos robaria la modista si ese fuera el cuerpo de la marquesa....

Poco más ó ménos son todos los cuadros vivos que forman el reflejo de los pintados; otros se presentan más sencillos, y nuestros lectores habrán tenido ocasion de ver algunos de ellos.

—Escelente retrato, dice un caballero, parándose delante de un cuadro; el parecido es admirable; sus mismas facciones.... su sonrisa burlona.... en fin, está hablando.

—¿Tiene vd. la bondad de decirme quién es el retratado? pregunta cándidamente un recien llegado de provincia?

—No lo sé, respondió el interpelado.

—¡Cómo decia vd. que estaba tan parecido!

—Y lo repito.... no he visto nada más parecido á sí propio; ponga vd. delante del cuadro un espejo y verá dos copias exactas.

Una madre acompañada de su hija, recorre con ansiedad todas las salas de la Academia.... busca una cosa y no la encuentra.... se pára delante de todos los retratos de hombre, y baja por fin desesperada á la calle. Al salir se encuentra, como de costumbre, con un jóven alto y delgado, que desde que se enamoró de la hija es la sombra constante de la madre, y le dice:

—¿No me dijo vd. que estaba su retrato en la esposicion?

—Sí señora.

—Pues le han quitado, porque he mirado uno á uno todos los cuadros, y no le he visto.... ni mi hija tampoco.

—Yo sí, mamá.

—No haga vd. caso, amigo; se ha empeñado en que era el retrato de vd. uno de medio cuerpo, con trage de majo que está en la sala segunda, y se le parece á vd. como á mí.... Es un hombre grueso, buen mozo, robusto y colorado.

—¡Ah! sí, el mayoral de la torada de Gaviria, dice el novio abrasado de ira.

—¿En qué sala está el retrato de vd.? pregunta la presunta suegra.

—En la última, junto á una señora vestida de azul.

—Allí no hay más que un caballero grueso, con la cara hinchada y los ojos saltones.... por cierto que tiene una camisa que parece un tahalí dado de albayalde. Y qué manos con sabañones!... y qué levita con ahuecadores!... Qué facha está el buen señor!...

El presunto yerno vá palideciendo con el relato de la mamá, hasta que irritado de oir aquella sarta de esclamaciones, interrumpe diciendo:

—Pues bien, señora.... ese es mi retrato.

—¿De véras?

—Lo que vd. oye.

—Pues no se lo diga vd. á nadie, y todos le guardarán el secreto.... Y si lo coloca vd. en la sala de su casa, diga vd. que es un retrato de familia.

Otra, por el contrario, sale de la Academia, y en el portal encuentra un amigo á quien le dice:

—Acabo de verlo á vd.

—¿Dónde?

—Arriba, replica sonriendo.

—Es imposible, señora, porque llego en este momento.

—Está vd. muy parecido.... hablando.

—Pero esplíquese vd.

—¿Quiere vd. que le regalen el oido?... pues sea; es de los mejores retratos que hay en la esposicion.... algo ordinario el pincel, pero el parecido admirable.

—¿Pero qué retrato es ese, señora?... mire usted que yo no me he retratado en mi vida!

—Ha hecho vd. bien en no decirnos nada; así tiene más mérito haberlo conocido. Lo que no apruebo es que se haya vd. retratado con la toga.

El amigo se echa á reir y dice:

—¿El retrato de que vd. me habla, está en la sala primera junto al de una bailarina?

—Sí señor, no se ria vd.

—¿Y no quiere vd. que me ria, señora? pues si ese es el retrato de un juez de primera instancia de no sé qué lugar de Castilla.

—Pues amigo, se parecen vds. como dos gotas de agua.

—Á otras dos gotas de agua, señora; porque él es rubio y yo soy moreno; él tiene 50 años y yo 25. Espero que otra vez me mire vd. con más caridad.

No acabaríamos nunca si hubiésemos de copiar todos los cuadros que forman las gentes que acuden

á ver los de la Academia, pero bastan los citados para dar al lector una idea de lo que pasa en la esposicion. Si la quiere más exacta, tómese la molestia de leer los juicios críticos en que se dá cuenta de las obras presentadas. Prescinda de la história de la pintura, preámbulo con que todos consideran de rigor encabezar sus artículos, y oiga á los unos decir:

Ningun año se han presentado ménos cuadros, pero jamás hemos tenido la satisfaccion de ver mejores obras.... nuestros pintores han dado pruebas de que son dignos de haber nacido en la pátria de los Murillos y los Velazquez.

Hablando del mismo asunto, de la misma esposicion y de los mismos cuadros, dice otro periódico:

Nunca hemos visto mayor número de cuadros en la esposicion de la Academia; pero entre tantas obras ni una siquiera encontramos digna de ocuparse de ella con detencion.... Velazquez y Murillo se avergonzarian si resucitáran, de ver el estado en que han puesto el arte los que han tenido la osadía de seguir sus huellas.

Si de los periódicos pasas á los cafés donde se reunen los autores de los cuadros, la decoracion es otra, querido lector, pero la escena es la misma. Aquellos cuadros, *pintados por sí mismos*, no son más caritativos consigo propios que lo fueron los estraños. Divididos los artistas en bandos, todas las obras son á su vez absolutamente detestables y malas, ó decididamente sobresalientes é inimitables.

Pero á tí, lector, ahora que me acuerdo, te debe de importar muy poco de esos cuadros y de esos

juicios: tú y yo somos el mejor cuadro del mundo, cuando nos comunicamos por medio del telégrafo de Gutemberg, que á pesar de los años y de las reformas, sigue siendo el mejor de los inventos conocidos hasta el dia. Hace nueve meses que hemos entablado nuestra correspondencia, y en todos ellos he procurado darte lo mejor de lo mejor que habia en mi tintero, sin cuidarme de saber si tú te habias tomado la pena de leer mis escritos. Miéntras no salga de esta duda me permitirás que suspenda este artículo, en el que, bien mirado, nada me resta que decir.

Terminadas las férias, ningun acontecimiento notable ocurre en el presente mes, y todas las calles y plazas de Madrid quedan silenciosas y desiertas como el interior de los teatros en Semana Santa. En la plaza de la Constitucion, la estátua ecuestre de Felipe III oculta á las gentes el sitio donde el 21 de Octubre de 1621 se alzó el cadalso para quitar la vida á D. Rodrigo Calderon. Como dice cierto pacientísimo capellan que tuvo la admirable calma de escribir una *poesía* para cada efeméride de todos los dias del año; la de este suceso no es de las peores y dice así:

«En la plaza de Madrid
en un cadalso hoy murió,
el marqués de Siete Iglesias
don Rodrigo Calderon.»

¡El monarca le quitó la vida en un suplicio y el capellan la fama en una copla!

XI

NOVIEMBRE

¿Qué significa el lúgubre tañido de esas campanas que conmueve la tranquila atmósfera del Otoño? ¿Lloran los campos sus perdidas galas, avisándonos para los funerales de la vegetacion? ¿Es dia 1.° del penúltimo mes del año, la plañidera alquilada por sus antecesores para llorar el tiempo perdido? ¿Serán tan sordos los amigos del difunto que no acudan prontamente al llamamiento pertinaz de ese incesante clamoreo? Pocas simpatías tuvo en este mundo el alma que ha pasado al otro, cuando tantos avisos necesitan los fieles para rogar á Dios por su alma. Al ver lo que tardan en dar sepultura al cadáver, cualquiera diria que habia fallecido la *avaricia* ó la *calumnia*. No parece sino que ha dejado de existir la *buena fé* ó la *caridad*, puesto que no se halla quien vierta una lágrima sobre esa tumba.

El eco funeral de las campanas, que se mece constantemente en el aire renovándose con melancólico compás, como las olas que rugen embravecidas hasta perderse silenciosas en la llanura,

nos obliga á preguntar con el insolente don Félix de Montemar: *¿Á quién llevan á enterrar?*

—Á vuestros abuelos.... á vuestros padres.... á vuestros hijos.... á vosotros mismos, nos dice una voz misteriosa.... y las campanas siguen doblando á muerto.

Cien lacayos vestidos de gala y cargados de cirios mortuorios, marchan con paso perezoso y tardo hácia el cementerio.... Es escesivo el número de los herederos, para que sea verdad que se trata de nuestro entierro.... la voz nos ha engañado.... Sigamos esa inmensa concurrencia y lleguemos con ella á las puertas del Campo Santo.... Todos llevan la risa en los lábios y el luto en la ropa.... Ellos son los parientes del difunto. La voz nos ha engañado, repetimos; no somos nosotros la víctima propiciatoria de este entierro.

Las gentes devoran con apetito las meriendas que llevan á prevencion y se atropellan por entrar en el cementerio. Entremos con ellos, aunque no los imitemos en lo de saltar y dar aullidos en derredor de los sepulcros que van á profanar con los desperdicios de sus manjares.

Averigüemos primero quién es el difunto. El vivo que guarda con llaves y cerrojos á los que aquí yacen, nos sacará de dudas.

—¿Sabrá vd. decirnos quién ha muerto? Debió de ser persona muy principal, cuando tanta gente acude al entierro.

—Hoy no muere nadie, ó mejor dicho, hoy no se entierra á nadie, nos respondió el carcelero sacu-

diendo el manojo de llaves que tenía en la diestra; hoy celebra la Iglesia *la conmemoracion de los fieles difuntos*, y vienen todos los fieles vivos á llorar sobre la tumba de sus parientes y de sus amigos, y á pedir á Dios por todos los hijos de la cristiandad.

—¡Quién no tiene una persona querida á quien llorar difunta!... esclamó una señora, comiendo un dulce en el primer pátio del cementerio.

Nosotros hubiéramos querido ahorrar con nuestra vida aquel sarcasmo á los que nada piden al pueblo, que con insolente curiosidad acude en bulliciosa romería á turbar el silencio de los sepulcros.

Dimos un paso para huir de aquella profanada mansion; pero luégo decidimos quedarnos á ver si la gente enmudecia y temblaba á la vista de aquellos elocuentes y terribles epitafios.

Nos engañó el deseo.... Leyendo y comentando con risa burlona las inscripciones de las sepulturas, visitaron todos los rincones del cementerio. La escesiva concurrencia hizo que no pudiésemos girar á nuestro albedrío, y no pudimos librarnos de oir las siguientes frases:

—Mira, chica, aquí está la sepultura de aquella presumida que iba al Prado.... Tiene palma, y murió á los cincuenta y pico!

—Oyes, qué lujo tiene el sepulcro del marqués de.... Mejor hubiera hecho la marquesa en pagar las deudas que ha dejado. Pero con este boato ha logrado atrapar al que hoy es su esposo. Muchas

lágrimas!... y se ha vuelto á casar antes del año de estar viuda.

—Calla, tambien está aquí don N...! por eso hace tanto tiempo que no le encuentro en ninguna sociedad. Pobrecillo....

—Allá nos espere muchos años.

—¡Sabes que no encuentro el sepulcro de tu vecina! y tengo curiosidad de ver la lápida para saber la edad que tenía.... lo ménos se quitaba doce años.

—¿Quieres que te diga quién es este *modelo de esposos y buen padre de familias?*... pues es aquel señor de quien me has oido hablar tantas veces que se separó de su muger á los tres años de casado.

—¿Quién será este tonto, que se ha contentado con poner sobre el sepulcro su nombre como si fuera tan conocido como Napoleon?

Abriéndonos paso por entre la multitud, para no seguir oyendo aquellas implacables necrologías, buscamos la salida del cementerio. Miéntras lográbamos respirar al aire libre, oimos los siguientes comentarios estadísticos:

—Mucha gente ha muerto este año.... es preciso cuidarse.

—He observado que la muerte ha cargado la mano en las mujeres....

—Es el género que más abunda, y aún no hay escasez de ellas.

—Pero hombre, lo que me ha llamado la atencion particularmente es el número de niños

que han fallecido...! Ha sido una mortandad horrorosa.

—La generacion futura tendrá ménos empleados que la nuestra.

Por fin salimos al campo; en el camino oimos otros tantos sufragios como los anteriores, y al entrar en la poblacion las campanas seguian doblando á muerto.

Era la hora del crepúsculo vespertino, y las gentes que se habian disputado la entrada en los cementerios se agolpaban á las puertas de las *buñolerías*. Los lacayos que habiamos visto cargados de cera para quemarla delante de los sepulcros de sus amos, corrian cargados de bateas de dulces y fuentes de buñuelos á servir el ambigú á los amos vivos, huérfanos de los difuntos del cementerio.

Entramos en nuestra habitacion, creyendo que habia sido un sueño lo que acabábamos de ver, y nos hallamos con la siguiente esquela de convite:

«Hoy no hay teatro con motivo de la solemnidad »del dia. La señora viuda de.... espera que tenga »usted la bondad de acompañarla esta noche á »comer los *consabidos buñuelos*, propios de la solem- »nidad del dia.—A las diez; trage de sério.»

Nuestra primera resolucion fué no asistir al concierto, pero llegó la hora y el deseo de averiguar si era cierto lo que habia ocurrido durante el dia, ó lo que se nos anunciaba para la noche, nos llevó á la casa del festin.

Acudimos algo tarde y yá estaba la sala llena de convidados, aplaudiendo el talento de una de las

señoritas de la casa que con el mayor desembarazo acababa de cantar al piano unas canciones andaluzas. Siguieron despues otras piezas de música; bailaron los jóvenes un rato, y á la una de la madrugada pasamos á la pieza del ambigú. La mesa estaba cubierta de esquisitos manjares, y en el centro descollaba una enorme fuente de buñuelos. Todos los convidados soltaron una estrepitosa carcajada al ver aquel incitativo del aguardiente, y la señora de la casa esclamó:

—Amigos, es preciso; hoy es dia de comer buñuelos.

—Es claro, gritaban á la vez muchos de los convidados, esto es muy *gráfico*.... Costumbre inveterada de nuestros mayores....

¡De los mayores, por cuya memoria se suspendian los espectáculos públicos, y cuyos sepulcros habian visitado horas ántes de sentarse á cenar!

La viuda *hizo los honores* de la casa mortuoria con amabilidad y alegría, y cuando nos retiramos de la fiesta eran las cuatro de la madrugada.

Las campanas de las iglesias volvian á tocar á muerto....

El lector nos dispensará que no le digamos más del *dia de los difuntos y de los buñuelos*.... Las reflexiones que nos ocurrieron en aquel momento las escribimos en papel separado por creerlas impropias de este artículo, que dejamos por hoy suspenso. Para seguir la crónica de este mes necesitamos que pasen algunos dias y formar artículo separado.

. . . . . .

Catorce dias han trascurrido desde que arrojamos la pluma, y en ellos afortunadamente nada ha sucedido que nos obligase á cogerla de nuevo. Difícil nos hubiera sido hacerlo bajo la terrible impresion que nos causó la revista del primer dia del presente mes. Hemos necesitado que entre estos dos artículos se haya interpuesto ese gran espacio para poder continuar la crónica de este mes, partidos en dos mitades, siguiendo la moda de este siglo de las segundas partes, en que apénas hay cosa que no se divida y subdivida hasta soltar el último átomo del último quilate de la quinta esencia. Y esto de la quinta esencia, ahora que me acuerdo, debió de inventarse en la infancia de la química; porque yá hoy sacamos á los cuerpos más simples no yá la quinta esencia, sino la millonésima parte del millonésimo quinto átomo de la millonésima quinta esencia. Díganlo si no los médicos homeópatas, ó mejor aún sus enfermos, que lo sabrán muy bien, á pesar suyo quizás.

Y despues de todo esto, querido lector, te aconsejo que no quieras sacar la quinta esencia de lo que llevo dicho, porque te quedarás punto ménos que si la medicina Hahnemannianna, te administrase un átomo indivisible de sus imperceptibles glóbulos. No esprimas las líneas pasadas, y consuélate con las que voy á escribir, si quiere Dios que acierte con la manera de terminar las presentes. Me hallo tan embrollado con esta segunda parte, que tal vez suceda que no acierte á escribirla, y entónces haré á tus ojos la triste figura.

Pero tate, lector amigo, que esa última palabra me ha dado la manera de salir del compromiso, y me conduce triunfante al monte del Pardo, teatro, hoy 15 de Noviembre, de nuestras tareas. Acordándome del caballero de la *Triste Figura*, he cogido un puño de bellotas, que si al buen don Quijote le sirvieron para improvisar un discurso sobre el siglo de oro, á mí me han inspirado las siguientes líneas:

Es el caso, lector, que si cuando la iglesia celebra la conmemoracion de los fieles difuntos, comen los fieles vivos buñuelos, hoy que celebra la festividad de San Eugenio, arzobispo de Toledo, los que en Madrid vivimos, á comer bellotas estamos obligados; y hé aquí por qué, sin pensarlo ni saberlo, puse yo el dedo en la llaga, al llenarme la mano del *suculento* fruto de la encina.

Supongo que tú no querrás ni la esplicacion botánica del árbol, ni la del fruto, ni mucho ménos la del orígen de esa costumbre; cosas todas que á la costumbre misma sé yo que no la importa un ardite averiguarlas. Te contentarás con saber algo del festin de las bellotas, como parte integrante de estos artículos, que yo he tenido la paciencia de irte describiendo, sin pararme nunca á averiguar si tú has tenido la virtud de seguirlos leyendo; y cosa es esta que muchas veces he estado á punto de preguntarte, y que ahora no me estorbaria saber si no temiera un desengaño. Por otra parte sospecho que estoy demasiado hablador, y que si por casualidad me estuvieres oyendo tendrias razon para llamarme al órden y decirme:

—Al grano, al grano.

Pero como el grano es hoy la *bellota*, y la bellota es una fruta con cáscara, resulta que ántes de comerla es preciso mondarla. Yo bien sé que estos preliminares te serán enfadosos, pero no está en mi mano ahorrarte esa molestia, y mayor es la mia, que para poder mondar el fruto tengo precision de ir á cogerlo al árbol. Verdad es que no estoy solo en esa operacion y que mal de muchos, consuelo de todos, pero si no fuera por tí, no me veria yo en el caso de ser uno de tantos como hoy acuden al real sitio del Pardo á celebrar la fiesta de San Eugenio.

Alquilados desde la víspera todos los carruages de Madrid, véome obligado á hacer á pié la romería, para comer á dos leguas de la córte una docena de bellotas, y traer otras tantas, en testimonio de ser un madrileño leal á las costumbres de sus antepasados. El carnicero que me nutre, ó que pretende hacerlo, y no es lo mismo; su compadre el fresquero, que me gasta en vinagre más de lo que valen sus pescados podridos; el zapatero, que se encarga de cultivar mis callos; el sastre que me prensa; la moza que me almidona; la cigarrera que convierte en humo mis monedas; la criada que yo mantengo á nombre de mis enemigos, y otros tantos y tantas que componen el pueblo que llamamos bajo, los que creemos hallarnos en las alturas, todos llegan al monte del Pardo despues de haberme arrojado á la cara el polvo de sus carruages. Yo llego allí rendido de andar, cuando ellos lo están de

haber bailado. Suena la hora de la bellota, y cada cual sacude una encina, recogiendo con ánsia el sabroso maná que cae de los árboles, y cuyos desperdicios tiene subastados á su favor el animal de cuya carne vivimos, y que por decoro jamás nombramos. Parece imposible que la Academia de la Lengua no se haya ocupado de variar el nombre al autor del tocino, puesto que el buen gusto ha tenido la estravagancia de proscribir el que hoy tiene. Quizás hayan tenido los académicos pensamiento de hacerlo, pero ninguno se habrá atrevido á indicarlo, por no dejar de ser persona pulcra y comedida.

Recogido el fruto que ha de servir de postre, se reunen las familias, y se cubre el monte de comidas y meriendas. Las menestralas de rumbo, cubierto el cuello de piedras, y llenas de oro las manos, arrojan los ricos pañuelos de Manila sobre la verde yerba, ó los atan despiadadamente á la espalda haciendo un nudo con las dos puntas, que cada una vale dos mil reales. Las costosas mantillas de terciopelo sirven de asientos á sus esposos, y las finísimas capas de éstos son las alfombras en que ellas pisan. El lujo de las comidas no consiste en el servicio de la mesa, sino en la abundancia y el valor de los manjares.

Terminado el banquete, álzanse los manteles, pero no se recogen las provisiones que sobraron, y los pobres son invitados para disfrutar de aquel botin. Vuelven á bailar hasta que el sol les avisa que se vá con la linterna á otra parte; á cuya hora se acomodan en los carruages, y vienen haciendo

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA · Granada ·

apuestas de celeridad, á fuerza de dar propinas á los caleseros, á parar á la puerta de un café, donde termina la broma, si no hay baile y cena dispuestos en casa de algunos de los concurrentes.

Así acaba la famosa romería de San Eugenio, y con ella los acontecimientos notables del penúltimo mes del año. El dia 30 es la fiesta de San Andrés apóstol; pero esto, bien mirado, sólo puede interesar á los que, como yo, tienen un amigo de ese nombre. Los demás se cruzan de brazos, se arriman al fuego y desafian desde el hogar los rigores del próximo Diciembre.

XII

DICIEMBRE

Los vientos frios que llegan á la poblacion, despues de haber atravesado las gargantas de la sierra, vienen á inaugurar el reinado del último monarca del año.

La cuadragésimanona dinastía del siglo XIX nos ofrece el último de sus vástagos, más para residenciar á sus antecesores que para establecer nuevas formas de gobierno en la república del tiempo.

El mes de Diciembre viene á pedir cuentas á los

mortales de lo que han hecho y de lo que han dejado de hacer. Todos le presentan un estracto de cuenta corriente para que les dé su conformidad ó haga los reparos que juzgue oportunos. Treinta y un dias de plazo concede el monarca para las liquidaciones, y sin embargo no hay una sola persona que merezca el visto bueno en el libro mayor de sus operaciones. El capítulo de los gastos es mayor que el de los ingresos, y hay personas que están declarados en quiebra desde el mes de Julio. Todas han gastado el tiempo sin haber hecho nada de provecho.

La tierra pide tambien una página blanca, con la que cubre los restos de la vegetacion. Los amarillentos cadáveres de sus hijos, desprendidos del seco tallo que les dió el sér, son exhumados por la nevada alfombra que humedece la tierra, obrando una benéfica reaccion en sus endurecidas entrañas. En esa blanca cubierta escribirán los meses de Marzo, Abril y Mayo la história de la vegetacion del año próximo.

Entretanto, el aspecto que ofrecen los campos el dia 1.º de Diciembre, es desconsolador y triste. El blanco ropaje con que aparece envuelta la naturaleza para la proclamacion del nuevo monarca, anuncia una dictadura horrible é implacable. Los labradores han de comprar con el sudor de su cuerpo la libertad de las tierras que cultiva su brazo; los árboles han de sufrir amputaciones peligrosas para conservar su existencia; las semillas han de rasgar su seno para producir nuevas plantas, y la tierra ha de cubrirse con las banderas del inflexible dicta-

dor, hasta sudar nueva sávia que ablande sus entrañas y engalane de flores su marchita epidérmis.

La inocente paloma que se durmió tranquila en el torreon del palacio desconoce el lugar en que abre los ojos la madrugada del dia 1.° de Diciembre, y en vano busca los sitios en que solia hallar su alimento. Los pájaros no se atreven á dejar el nido porque el viento que sale á recibirlos les paraliza los remos con que hendian el aire. Las fieras corren el bosque en busca de los lugares donde acostumbran á cazar sus víctimas, y rugen desesperadas de no hallarlas, y de no atinar con la senda que conduce á sus guaridas, porque la nieve ha borrado las huellas que otro tiempo las sirvieron de guía.

El campo está desierto. Por todas partes los blancos límites de la tierra parecen estar unidos con las nubes preñadas de nieve. El soñoliento aldeano que abre su modesta choza para saludar el alba, queda deslumbrado ántes de haber visto la blanca alfombra que le turba la vista. Los débiles rayos de luz son rechazados por la nieve y buscan un cuerpo oscuro que los absorba. Pero el labriego sabe su obligacion, conoce que la tiránica dictadura es por desgracia indispensable, y á pesar del viento que le arroja á la cara la esencia, por decirlo así, de la nieve en átomos imperceptibles, dispone su par de mulas, agarra el timon del arado y sale de su hogar á romper la tierra para disponerla á fecundizar el grano. Por cumplir los deberes que le impone la estacion, no siente separarse de la vivificante llama que abriga su reducido aposento, y con heróica reso-

lucion se separa de la esposa, que queda alrededor de la hoguera disponiéndole la comida que ha de repararle la vitalidad que está seguro de perder en su trabajo. Cuando yerto de frio se entrega á las faenas del campo, vé perdido en medio del puerto un carruage de gente que huye en posta de los rigores de la naturaleza, y corre á enseñarles la senda más corta para que lleguen cuanto ántes á la poblacion, donde los recursos del hombre han burlado en parte los designios del Criador.

Ese es el cuadro que ofrece el campo en el mes de Diciembre. En la Córte es otro el panorama que cobija el mismo cielo.

El humo que vomitan las chimeneas de las casas, suspendido en la atmósfera donde se dilata lento, impide ver la nieve que cubre los tejados de los edificios. Cien hombres barren la blanca alfombra que cubre las calles, para facilitar el tránsito de los habitantes, miéntras éstos duermen ignorantes del cambio ocurrido en la atmósfera. Los serranos sacuden la nieve que cubre la leña que partieron en medio del nevado monte, para que esté más pronta á arder en la chimenea del alfombrado gabinete, que recibe la luz del dia á través de dobles vidrieras. Capas de estiércol cubren las aceras para llevar el calor á las plantas de los cortesanos, y á las doce del dia abren los balcones para que goce la vista del nevado panorama del campo, cuyo frio aliento no puede apagar el fuego de la chimenea guardado en tubos de hierro que lo comunican á la habitacion.

Pero la diferencia de ámbos cuadros no exime al de la Córte de ser enteramente distinto del que ofrecia en las estaciones anteriores.

Secas las plantas que adornaban los balcones, y relegadas detrás de los cristales las hermosuras que se entronizaban en aquellos aromáticos jardines, la vista no halla siquiera una cortina que engañe su deseo y le haga creer oculto lo que en realidad no existe. Las niñas que engalanaron con sus gracias el verdor de la Primavera; las que perfumaron su esbelto talle con los aromas de las flores; las que ocultaron bajo su breve pié los despojos de los árboles, galvanizando la vegetacion con sus abrasadoras miradas, han desaparecido yá de entre nosotros.

Es inútil buscar en los paseos aquella espalda desnuda que el pudor aparentaba cubrir con la engañosa blonda; la graciosa bota de raso que ajustaba el pié, ha tenido la debilidad de cubrir una calceta de lana, y de encerrarse en un chanclo de cuero; el talle inverosímil, ceñido apénas por un raso ligero, se presenta fajado de terciopelo, y los bellos contornos del cuerpo que se dibujaban en los sutiles crespones de la India, gimen cautivos en oscuras mazmorras cargados con las pesadas pieles de Rusia.

Los tupidos velos caidos sobre el rostro, apagan la abrasadora mirada de los ojos negros, y los azules buscan en vano la salida de sus sensibles rayos por entre la trama de aquella enfadosa celosía. La blanca mantilla de tul, no se prende

yá como los velos de las vestales sobre la negra y brillante cabellera de las bellezas georgianas; las flores no saltan del tallo para lucir sus encantos entre los dorados rizos de las lindas alemanas, y el trasparente horizonte, cuya pureza se reflejaba sobre nuestras hermosas, aparece cubierto de opacas nieblas que absorben todas las gracias de la obra más bella de la creacion.

El animal más bello que Dios ha criado en este mundo, como ha dicho un poeta, á quien la diosa Vénus le perdone la galentería, se ha retirado yá de las calles y de los paseos; ha sufrido un desaire de sus amantes el sol y el campo, que no la arrojan como solian flores galanas, y los ha dado calabazas encerrándose temporalmente en una clausura. Cubiertas sus cabezas con los sombreros franceses y el cuerpo con un pañuelo de capucha cuya punta arrastra por el suelo, las mugeres semejan en los paseos del Invierno á aquellos regimientos de pajaritas de papel que formábamos sobre una mesa cuando niños.

Semejante desgracia ha debido llamar sériamente la atencion del hombre, que sin su fiel compañera le parecen iguales (todas malas) las cuatro estaciones del año. Él por su parte gana en vez de perder en la estacion del frio; el hombre está mejor cuanto más encubre su figura; su belleza es negativa y mejor parece embozado en una capa, que luciendo sus formas con trages ajustados y esbeltos. Pero, repetimos, que él por sí no es nada, y que su mérito artístico consiste

en dar mayor realce á las mugeres, sirviendo de contraste á su hermosura; y ha sido tan sábio en este punto, su egoismo le ha inspirado tan atrevidos pensamientos, que luchando á brazo partido con la naturaleza y con los elementos atmosféricos, ha logrado sacar partido de la obstinada dictadura del Invierno, para dar mayor atractivo á los goces que en vano han querido disputarle.

La estacion más triste del año la ha convertido en la más alegre, multiplicando en ella los placeres con una variedad voluptuosa y sin límites. Los bailes, los teatros, los conciertos y los festines, son las tareas contínuas que le hacen olvidar las penas á que le condena el último juez del tribunal de *los Doce* y se rie de la sentencia, como el preso que ha escalado la cárcel, cambiando el calabozo por un edem.

Las alfombras de sus palacios le hacen reirse de la nieve que cubre los campos; sus luces de gas no le hacen temer la oscuridad de las nieblas; desprecia delante de los espejos las cristalinas aguas del arroyo; las estufas le dan flores á despecho de los hielos; el termómetro le marca la temperatura que conviene á su bienestar, y las esencias que estrajo de las plantas le permiten embalsamar la atmósfera que respira, con los aromas del pensil.

Dispuesto así su paraiso artificial; desencadenados por el salon los torrentes de armonía y los ecos dulcísimos del canto con que olvida los trinos del ruiseñor y los gorgeos del pintado gilguerillo

que oyó en el Verano, se abren las puertas del edem á la reina del festin.

Las hermosas arrojan las pieles que entumecian sus cuerpos en el dintel de la puerta, y saltan en medio del paraiso con aquella esbeltez y aquellas formas graciosas que quiso robarlas el Invierno, envidioso de que hubieran embellecido con ellas á su antagonista el Verano.

La muger, vestida de blanco, con un ramo de flores en la mano, cuando se oye rugir el viento que hiela á las gentes que andan por la calle, parece la paloma que ha salido del arca y vuelve á anunciar á los del baile que yá ha terminado el Invierno, ofreciendo en prueba de su veracidad, el verde ramo que acaba de arrancar del tallo.

Hé aquí los medios de que se ha valido el hombre para esquivar las leyes de la naturaleza. Disfrutando á su antojo y por intérvalos los goces que continuados le empalagan, es como puede decir que el Invierno es preferible á todas las estaciones. Si su fortuna le permite vivir en un palacio, mansion del lujo y de los placeres, no atravesar la calle sino encerrado en un carruage, y ver por los cristales del telescopio la nieve que sepulta á los que atraviesan la sierra, puede decir que no hay nada mejor que estos meses del año. Pero no hay que culpar únicamente á sus riquezas en esa justa predileccion, porque todos los tesoros del mundo no son bastantes á embellecer del propio modo el Verano improvisando en medio de sus calores el frio del Invierno. La luz, no el sol, de aquella estacion, abrasa, y es necesario

vivir á oscuras ó resignarse á sufrir las plagas de insectos que la acompañan.

De lo dicho hasta aquí se inferirá quizás que el Invierno es preferible al Verano, y esto no es exacto, por más que sea nuestra opinion particular y la de muchos otros que nos prestarian sus firmas si tuviésemos tiempo de recogerlas. Pero las calles de Madrid nos sacan del *confortable* salon, para enseñarnos en revista sus principales acontecimientos; y el lector nos dispensará si pasamos como sobre ascuas por *las fiestas de Navidad*, porque tantas veces nos hemos visto obligados á narrarlas en prosa y verso, y tantas ediciones legítimas é ilegítimas se han hecho de nuestros artículos, que yá deben saberlo de memoria nuestros lectores. Para los que no tengan tan rara habilidad, hemos dicho otras veces que no escribimos, y áun que los tenemos por réprobos y gente de mal gusto, con otras cosas que ahora no se repiten porque no conviene, y no conviene porque.... Tampoco conviene decir el por qué no es conveniente decirlas; la mejor palabra es la que nunca sale de los lábios, y el que no habla no yerra. Motivos hartos debemos de tener para tanta reserva, y el lector debe respetarlos, en gracia siquiera de lo mucho que hemos hablado en los artículos anteriores.

Desde que sonó la última campanada del reloj que señalaba las doce de la noche del dia 31 de Diciembre de 1848, le hemos dirigido una filípica mensual, sin omitir en ninguna de ellas el menor rasgo característico y gráfico de los usos y costum-

bres de los habitantes de Madrid. Ofrecímosle entónces, si mal no recordamos ahora, demostrar con cien ejemplos prácticos, que el espíritu innovador de la época no habia cambiado la esencia de los usos característicos de la Córte, por más que las modas de Francia hubiesen enviado una propaganda al efecto, y tenemos la conviccion de no haber faltado á nuestra promesa.

Los constitucionales que fueron á *esperar los Reyes* en el mes de Enero; las renegadas manolas que en Febrero *mantearon los peleles de paja;* el pueblo todo que asistió en Marzo á lo que nadie sabe, por qué se llama *entierro de la sardina;* los que *comieron un cordero* en el mes de Abril; los que pidieron el dia 3 de Mayo *un cuarto para la cruz* y los que en Junio se aburrieron una noche y otra asistiendo á las *verbenas,* todos esos nos sirvieron para salir airosos de nuestro empeño en la primera mitad del año. Allí tomamos aliento para proseguir nuestra obra y pronto Julio nos suministró nuevas pruebas con la continuacion de las verbenas y los inveterados *baños del afligido Manzanares;* Agosto nos presentó los jubileos de *la Porciúncula,* de *San Cayetano* y de *San Lorenzo,* con la misma concurrencia del siglo XVIII, gráficamente disecada; Setiembre sacó á relucir *trastos viejos* en medio de las calles, que los ancianos juraban ser los mismos que se habian puesto en venta todos los años desde el mil setecientos y tantos. Tambien Octubre tuvo parte en la esposicion de ese museo de antigüedades, y Noviembre, con *la visita á los cementerios y los bu-*

ñuelos, San Eugenio y las bellotas, nos ha probado que teníamos razon cuando dijimos:

«La sociedad moderna de este pueblo no ha abjurado aún de sus antíguas costumbres, por más que á primera vista lo parezca. Bajo esa fisonomía vaga, superficial y frívola, oculta un corazon que late por cultivar los usos de sus mayores y tiembla cuando imagina que podria perderlos algun dia.»

Pero si tanto tenemos que agradecer á los meses citados y trascurridos, ¿qué no debemos al presente? ¿Hay un solo dia en los treinta y uno del mes de Diciembre, que no sea una prueba palpitante de la verdad de nuestro aserto? Pasémosle ligeramente en revista y los títulos no más de sus fiestas bastarán á nuestro próposito.

Los tambores con que los chicos atruenan nuestros oidos todos los dias, son un anuncio de que las *fiestas de Navidad* se van á celebrar del propio modo que nuestros padres dicen haber oido á sus abuelos que las celebraron los suyos. El corregidor constitucional no duerme tranquilo hasta dejar firmada una copia del bando que está en el archivo de las casas consistoriales desde que hubo en Madrid regidores perpétuos; por él se permite colocar los nacimientos y los pastores de barro en la plazuela de Santa Cruz el dia 9 de Diciembre, y los dulces en la Plaza Mayor el dia 18. Los empleados de la aduana, apénas tienen tiempo de registrar los regalos que de todos los pueblos de España vienen á la Córte en esos dias; los criados ven próxima la

propina de las Páscuas, y es el único mes en que sirven bien á sus amos; los escribientes de las oficinas, acuden ántes de la hora ordinaria al trabajo, porque desde que entraron de meritorios se les anunció una gratificacion el dia 24; los cesantes se rien aunque les digan que no hay un real en el Tesoro, porque saben que no hay ministro de Hacienda capaz de negarles la paga de Navidad; y en suma, por todas partes y en todas las fisonomías se advierten anuncios de las fiestas del mes de Diciembre. Los confiteros esconden á toda prisa los dulces modernos y las cajas de carton francés y llenan los escaparates de sus tiendas con las anguilas y los besugos del mazapan de Toledo, metidas en cajas de pino y adornadas con palomitas de almidon. Los fondistas y pasteleros franceses se cruzan de brazos, convencidos de que para cocer un besugo y asar un pavo, se bastan y se sobran todas las mujeres de Madrid.

En medio de esos preparativos y para que nada falte á la copia que hace el siglo XIX del original que se pintó en el XVIII, el primer sábado de Diciembre se *publica la bula de la Santa Cruzada*, con los mismos maceros, los mismos timbales y del propio modo que los años anteriores. El pueblo no acude á oir el pregon, pero se dá por avisado de que la bula está de venta en las librerías, y acude á comprarla, para poder comer carne ciertos dias del año, y para llevarla consigo al emprender el último viage de la vida. Si es grande de España ó título de Castilla ó caballero cruzado, le cuesta 60 rs. el privi-

legio, y si no es ninguna de esas cosas paga media peseta y está corriente.

Con las bulas de su esposa, hijos, criados y demás gente de casa en el bolsillo, se lanza el padre de familia en la plazuela de Santa Cruz y compra un nacimiento para los niños pequeños, y panderetas, tambores, chicharras, rabeles y otros agradables instrumentos por el estilo, para que le *alegren* los oidos el dia 24 de Diciembre. Compra en seguida un calendario para el año próximo, vuelve á su casa, rebosando gozo por todas partes ménos por los bolsillos, y abriendo la gaveta de los ahorros dá carta blanca á su esposa para que se *despilfarre*. La mayoría de nuestros lectores sabrán apreciar todo el valor y el arrojo que se necesita para semejante autorizacion. Afortunadamente las facultades que adquiere la carísima mitad, tienen un límite, uno solo. Le está prohibido pasar ese dia por la calle del Cármen, Mayor, Montera y otras donde haya comercios de telas; le está permitido gastar sin tasa en artículos de uso interno; pero no puede comprar ni una sola cinta, ni un moño ese dia. Pero si *ahorra*.... si tiene la habilidad de pagar mil reales por lo que no importaba más de cien.... en ese caso, varía la cuestion. Terminadas las fiestas de Navidad puede decirle á su esposo, que se va á comprar un corte de vestido con los 900 rs. que ahorró el dia de Nochebuena.

De cualquier manera que sea, llega la hora de la *colacion*, y lo que pasa en las casas, mejor que nosotros lo sabe cada uno de los lectores. La manera de

comer la sopa de almendra, el besugo, las ensaladas y los turrones, pertenece á la vida privada, y no dirémos de ello una sola palabra por nada ni por nadie. Los pavos que son pasados á cuchillo el primer dia de Páscua, no escitan nuestra caridad, y los dejamos ¡bastante trabajo tienen! entregados al torpe brazo que los hace trizas contra todos los principios del arte culinario y de la ciencia anatómica.

El mismo silencio guardamos con las demás festividades que dan fin del año, porque como para todas ellas se reunen y aislan las familias, no queremos violar el sagrado de ninguna de ellas. Si dan propina al cartero que les felicita las Páscuas; al sereno del barrio que se las desea felices; al repartidor de periódicos que se las pide en verso; al portero que les felicita en prosa, y á tantos otros como les manifiestan su adhesion en esos dias, hacen bien; *si no están en casa* cuando va esa gente, ¡cómo ha de ser!

Únicamente recomendamos á los padres de familia que no se olviden de encargar con anticipacion un palco para la funcion del teatro en cualquiera de las noches de Páscua, porque semejante requisito es tan indispensable como el del pavo asado y el de la sopa de almendra.

Por último, y hora es yá de terminar este artículo, el postrero del apostolado que hemos escrito este año, si tú, lector querido, *echas los años* el dia 31 de Diciembre (y advierte que eso de *echar los años*, no quiere decir que pierdas uno solo de los que

tienes á cuestas), si echas los años procura salir conmigo para el próximo de 1850.

Desengáñate, amigo mio, la cosa no tiene remedio; tú y yo hemos nacido el uno para el otro, y hemos de vivir juntos, hasta que á Dios le cumpla romper este contrato llamando á rendir cuentas á una de las partes. Lo único en que yo puedo complacerte, y esto te probará que deseo hacerte llevadera la compañía, es procurar averiguar dónde se vende el ingénio, y adquirir tal porcion de él, que cuando vuelva á escribirte no sean *doce artículos*, tan pesados y tan malos como los que te ha dado en esta ocasion, tu obligado amigo y S. S. S.

Q. T. M. B.

Antonio Flores.

LOS PANECILLOS DE SAN ANTON

Fortuna que el Santo fué ermitaño, de aquellos que se alimentaban con yerbas, y que acaso en el año 228, si se comia pan, no estaria en boga la homeopatía, y de consiguiente no habria libretas y panecillos. Y, vive Dios, que á no ser por eso dirian los lectores, que no contento yo con las vueltas que hice dar á San Anton en el otro artículo, aún pensaba en este inspeccionarle la comida, empezando por los panecillos. Pero afortunadamente no es así, y yá que mis deseos y la curiosidad de Vds. nos han traido á este punto, voy á decirles, sin rodeos, lo que tuve á bien callar en el artículo anterior. Así verá el lector que yo no soy de esos que dicen todo lo que saben de una vez, y si el principio de la sabiduría es saber callar, y yo me pinto solo para tener ejército de reserva en mis conversaciones y en

mis escritos, claro es que de ahí.... de ahí podria resultar, alambicando mucho la idea, que yo era un sábio; pero mi modestia no me permite sacar un cargo tan extrambótico.

Dije yá que la carrera de los animalitos, ó el local de sus carreras, era en la calle de Hortaleza; y no pude hablar de los festejos del vecindario (racional) por no mezclar las clases, porque habiendo probado cuanto decia con documentos originales, queria hacer lo mismo con las fiestas y demás accesorios del dia 17 de Enero, nombrando al ménos las personas que habian de formar la comision de los festejos; pero despues he sabido, con gran sorpresa por cierto, que este grave y lucrativo asunto se habia escapado á la alta penetracion de los cuadrúpedos de escalera abajo. No les faltó razon á los comisarios de esa fiesta para obrar así, porque las cosas, como dicen las viejas, han de salir de adentro, y cuando las casas de Madrid se cuelgan é iluminan, porque el alcalde constitucional lo manda, pena de multa, no tiene gracia ni hay busílis; esas cosas deben ser espontáneas, y así lo es el adorno que se hace el dia de San Anton de todos los portales de la calle de Hortaleza. Nada previene, como Vds. verian, el bando borrical que insertamos en el número anterior, sobre colgaduras é iluminacion; nada dice tampoco acerca de esos monumentos, no de *vino* y *leche*, sino de agua y harina, que á docenas se ven por los alrededores de la citada calle: y sin embargo, ámbas cosas están previstas por los hombres, de quienes se podrá decir (si el impresor no se

come la *S* de *los*) que hacen la córte á los burros como si necesitasen de ellos para atender á su manutencion. Y así es en efecto. ¿Qué sería de los bolleros si no pudiesen vender *panecillos del Santo* el dia de San Anton, panecillos del Santo el dia de San Ildefonso, y panecillos del Santo el dia de San Blas? ¿Y en qué vendrian á parar los turrones que sobraron de Noche-buena, si (por medio de una fusion ligera) no se pudiesen convertir en bollos pequeños, que se bautizan en un *santiamen* con el nombre de panecillos? Preciso es dar salida á todo; pero no hay razon para que el mazapan, que no pudo excitar el apetito de los golosos en los dias de Páscua, se escape de la metamórfosis ordinaria que sufren los alimentos en la ceremonia solemne, por más que sea cotidiana, llamada digestion.

Los panecillos del Santo, escitan el charlatanismo, como las ostras el vino, como los buñuelos el aguardiente, como las sardinas el agua.... como las digresiones el sueño; los diarios de avisos vienen llenos de anuncios, á cual más pomposos y retumbantes: «En la confitería de.... dice uno, se despachan los panecillos de mazapan y coco mejores que se han comido desde que Adan pecó.» El otro dice: «En mi casa se venden unos panecillos de mostachon, tan ricos, que el Santo (si fuera posible preguntar á San Antonio Abad lo qué era mostachon, no lo sabria) los ha probado desde la region celeste y ha dicho, *non plus ultra*.» Á ese tenor son todos los anuncios que los confiteros españoles, que llaman charlatanes á los estrangeros, emplean para

dar salida al género sobrante de Navidad. Los bolleros ambulantes, ó gente de todos sexos, que se dan á la fabricacion de los panecillos, fijan sus reales en la calle de Hortaleza, se estienden tambien por la de la Montera, hasta la Puerta del Sol lo más, y allí pregonan á su sabor, *los legítimos del Santo*, los de *limon y canela, qué ricos;* y los *del Santo Bendito.* Los portales de la calle principal están adornados de colchas, con manchas y todo si es posible, y bajo tales pabellones se ostentan las mesas de los panecilleros, que tienen buen cuidado de iluminarlos de noche. Los cuadrúpedos siguen impávidos su funcion, sin curarse de las diversiones del pueblo, que sin respeto á bandos ni á coces se mezcla con los actores de la broma, hasta quedar todos.... completamente confundidos. Amargo y muy amargo es para mí confesar semejante verdad; pero no hay remedio; callé esta circunstancia en el número anterior; omití esa franqueza de mis compañeros, los racionales, por ver si se les iba quitando, cuando entrasen en años.... pero nada. Este de 1844 he visto invadir la calle de Hortaleza, saliendo á recibir las cuadrillas de burros que iban y venian de ver al Santo.... sacerdote, que les daba los panecillos: y he presenciado (la verdad sobre todo) la prudencia de los animalitos, que suspendian la carrera para no atropellar á las personas. Y está visto que hablando de esa funcion, no se puede citar á los unos sin hacer mencion de los otros; por eso me vuelvo á mi burro, no cometa algun nuevo disparate, y digan que me apeo por las orejas: cosa que

en otro cualquier dia estaba expiado con una silba, pero en éste justamente, en que si hay un burro sin lazos, será por no tener orejas donde llevarlos, seria una profanacion.

Sin que yo sepa la causa, ni es del caso tampoco, San Antonio Abad (a) Anton, es protector de todos los cuadrúpedos, incluso el animal de cuya carne se hace el tocino; y hablando con esta pulcritud metafórica no se necesita decir *con perdon de Vd....* salvedad indispensable al reunir la C, la E, la R, la D y la O, para decir *Cerdo*. Todos los dueños de caballos, mulas ó burros, desde el alquilador más miserable hasta el más opulento señor, engalanan sus bichos con cintas en las orejas y lazos en las colas, y se van tan ufanos á dar vueltas por Madrid, entrando despues en la carrera, y visitando, al exterior, la iglesia de San Antonio Abad. Á nadie le gusta que su animalillo se muera de torozon ni de muermo, y estas enfermedades y muchas más se alejan, por lo ménos, con unos panecillos de cebada, que bendice un sacerdote, y que además lleva el busto del santo en el anverso y una cruz en el reverso. Llegan á la reja, construida de intento en la Escuela Pia de San Antonio Abad, entregan allí un celemin ó dos de cebada, reciben en cambio una centésima parte de panecillos, ó la misma cebada, sin dar limosna, en plata, por ella, y vueltos á sus casas, reparten la cebada bendita, á panecillo por barba, ó por pesebre, que tanto dá, si están llenas todas las plazas de la cuadra, y hay tantos panecillos como cabezas.

De los panecillos de San Ildefonso ni de los de San Blas, nada podemos decir, por dos razones: primera, porque no cumple al epígrafe de este artículo, y segunda, porque la inconsecuencia y la apostasía, es moneda muy corriente hoy, y no queremos perder el tiempo, apostrofando á las cosas inanimadas. Las de carne, hueso y alma se reirian de nuestro sermon para que hagan caso los panecillos. Digo esto, porque *mutandas, mutandas*, que dijo el célebre Mendizábal, y áun sin mudar de camisa siquiera se pasan á San Blas los panecillos, que estuvieron al servicio de San Anton, ó mejor dicho, de los aficionados á la golosina: azucaraditos y tiernos se presentaron al público con el uniforme de San Anton, y nadie los quiso; natural es que se pasen á San Ildefonso ó á San Blas, hasta encontrar quien los quiera. En política viene á suceder lo mismo con los camaleones; cuando no figuran con blancos, ni con negros, forman un partido sin color donde vayan á pasar los rezagados de todos los partidos.

Por carambola protege San Anton las casas de Beneficencia, y para ello se rifan dos animalitos de aquellos que ántes no queríamos nombrar; dos cerdos, con perdon de Vds., expónense al público, en la calle de Toledo el uno y en la Puerta del Sol el otro; véndense á cuatro cuartos las cédulas, y al cabo de dos meses se rifan, y al que le toca el lechon, si no le bendice San Anton, se lleva á su casa una res de 32 arrobas, y si le bendice, de 38.

Tambien se puede considerar el dia 17 de Enero como inauguracion del Carnaval, y los chicos

empiezan desde ese dia á poner mazas á todo el mundo.

«Porque en tiempo de pega,
que todo pasa,
hasta los alguaciles
llevan la maza.»

Desde ese dia hasta el Miércoles de Ceniza, pueden escusarse los servicios del cepillo, en la ropa, porque á lo mejor se oye en la calle, el *saca la maza.... que la lleva.... el borriquito*, señal cierta de que lleva el vitoreado un burro de yeso en la espalda ó un rabo de papel prendido en los faldones de la levita.

Pero nos dá vergüenza saludar tan pronto al Carnaval, y aunque no pensamos pasarnos la mano por la cara, esperamos ponernos una careta, y entónces.... entónces sí que hablarémos largo y tendido.... ¡Qué cosas! qué cosas voy á decir á Vds. cuando no sepan que soy

ANTONIO FLORES.

EL CARNAVAL DE MADRID

Geniales ante quadragenarium
jejunium dies.

No tengo yo por buena señal empezar mis artículos en latin, pero creo que es preciso empezarlos de algun modo, puesto que es preciso escribirlos: y para que la virtud se encuentre en el medio, es indispensable que haya extremos, sean ó nó viciosos; pues sobre ese punto mucho pudiera decirse, si fuera preciso decir algo, ó nó se pudiera dejar para mejor ocasion; *et sic factum*.... y como lo pensó lo dijo, y como lo dijo.... etc.

El Carnaval no tiene nada que echar en cara á la Cuaresma: primero, porque esta es un perfil de bacalao sin cara, y segundo, porque tan gastrónomos son los que se atracan de truchas en Semana Santa, como los que tragando lengua de vaca y jamon, mueren de apoplegía en Carnestolendas. Y yo tengo para mí que los ayunos de la Cua-

resma, como consecuencia gastronómica del Carnaval, no pasan de ser una regla higiénica tanto más útil al penitente bromista, cuanta mayor sea la necesidad que tenga de dieta y menor hubiese sido su abstinencia en la temporada de la careta. Pero dieta y abstinencia son palabras que no se hallan bien en este artículo y quedan excluidas sin apelacion de cesantes ni viudas pobres. Muchas gentes se incomodan cuando oyen decir que no hay dinero y quisieran saber de dónde sale el que se gasta en esos dias; á mí no me gusta lo primero porque todas las realidades me amargan; pero tengo bastante con saber que se gasta sin cuidarme de lo demás. Nosotros vamos á gastar unas cuantas líneas en decir unas cuantas cosas del Carnaval, y para no extraviar con digresiones pesadas la buena fé de los lectores, aquí termina el prólogo diciendo:

QUITÉMONOS LA CARETA.

No dejará de parecer extravagancia quitarse la careta cuando todos se la ponen, esto es, cuando empieza el Carnaval. Sin embargo, nada hay de gustos escrito, y cuando uno hace una cosa, estudiada se la tiene:

«Medio mundo se rie
del otro medio,
y yo sola me rio
del mundo entero.»

Ahora que todos se disfrazan y se cubren y se enmascaran, y hacen estudio de hablar en falsete, nos conviene á nosotros salir al mundo tal cual somos, si no tal cual nacimos (por la honestidad y los sastres). Hablar clarito, dejarnos *embromar* por las chicas bonitas, decir un *desengaño* (1) á las viejecitas adobadas y empezar la historia desde el dia de San Anton.

Lo primero que hacen los aficionados al Carnaval es tomarle la filiacion hojeando el calendario para ver si cae *alto ó bajo;* si por la talla resulta liliputiense, es señal de vida corta y conviene aprovechar los momentos ántes que el Miércoles de Ceniza nos enseñe el rostro escuálido de la penitente quintañona; si se halla en el segundo caso da esperanzas de mucha vida, y no hay tanta prisa. En ambos extremos se toma San Anton la molestia de romper el baile, y desde el 17 de Enero se sabe quién es el empresario de Villahermosa; el número de bujías (con b y con sebo) que habrá en el salon; se dice quién escribe las letras para los coros; se afirma que ni hay unas ni otros y se abren los almacenes de trajes. El *Genio, la Union, Cervantes, Euterpe, Terpsícore* y el *Instituto* son los primeros salones (ó salitas) que abren sus puertas al bullicioso enjambre de aficionados, que ansiando romper zapatos y deshacer callos agenos, en el campo de los *pinreles*, se lanzan al baile con más entusiasmo que frac;

(1) Desvergüenza que llaman los peritos.

pues como suelen decir los programas de *Terpsícore*, se admiten, en los bailes sérios, levitas cortas y gabanes ceñidos por usarse en París y Lóndres.... (Para abrigarse, tal vez, ni más ni ménos que en Madrid.)

Aún no es tiempo; sin embargo, de que el movimiento carnavalesco se haga sentir en los despachos de guantes ni en los gabinetes del peluquero; ¿para qué han de estar abiertas las guanterías, cuando los Genios y las Euterpes admiten manos desnudas, ó con guante súcio todo lo demás? Chasco sería que el *paquetito* de Cervantes (suple salon) se gastase dos reales en el tocador, cuando con ese dinero compra un cartucho de papel amarillo, capaz de seducir, no por los caramelos, sino por la cinta azul, á la modistuela más descarada de las más *raidas* que asisten á esos bailes. El entusiasmo verdadero, el lejítimo interés de la careta, no tiene orígen divino; pero raro es el año en que la inspiracion no baja del cielo, en forma de lluvia más ó ménos fuerte; en esa época tienen los alquiladores de coches una de sus mejores cosechas, y se dice que hacen rogativas para que llueva mucho:

Así la diversion del Carnaval
está en razon inversa al temporal.

Cuando el cielo se cubre la cara con las nubes más negras, de las muy oscuras que tiene á su disposicion, y nos baña el rostro con el agua que

destila de su careta, nosotros echamos mano á las nuestras, y las llevamos á la cara, siquiera para librarnos de la humedad atmosférica.

Las máscaras han perdido una gran parte de la animacion que tenian hace algunos años, y sin embargo, no se conoce la causa de esta decadencia. El entusiasmo con que fueron inauguradas en los salones de Santa Catalina y los teatros fué en aumento con los magníficos salones que se le ofrecieron en Oriente y Villa-hermosa. Entónces se hacía notablemente risible la persona que se presentaba en estos bailes con la cara descubierta; y ahora, excepto una parte de nuestras hermosas que lo llevan á medio cubrir, se avergüenza cualquiera de cumplir con el nombre de la funcion á que concurre. Repetimos, que ni áun conociendo que las máscaras están sujetas como todo al capricho de la moda, no podemos atinar los motivos de un cambio tan desgraciado.

La costumbre tan general que impide á los hombres usar los birretes, los bombachos, las trusas, las fajas de marinero, las chinelitas de moro y otras ridiculeces por el estilo, nos parece muy acertada; pero que nuestras lindas madrileñas se muestren tan desdeñosas con el Carnaval es cosa que no podemos sufrir á fuer de aficionados que somos á escuchar sus secretos con toda la libertad que las concede la careta. ¿Habria cosa más agradable que estar nosotros con la cara descubierta explotando la ocasion de cambiar los papeles con el sexo bonito para escuchar á través de los tafetanes

lo que sin ellos no nos hubiesen revelado jamás? Pero para ellas debe ser de más importancia el estado de nuestra salud puesto que es la única pregunta que hacen cuando están disfrazadas.

El pueblo bajo tiene fija la vista en el bando municipal que permite disfrazarse los tres dias de Carnestolendas, y prohibe usar distintivos militares, hábitos de religiosos... y casi todo lo que no sea un *mamarracho de capricho*. Yo he llegado á creer si esa prohibicion tendria por objeto favorecer las artes y la moda, desarrollando los ingenios; pero la experiencia me ha convencido de lo contrario, y si tal fué la intencion de los concejales, sus esperanzas se han convertido en pelucas de estopa, en jorobas de lana, en sombreros de estera, en abanicos de esparto y en blondas de papel. Todos los años predomina un mismo traje en los hombres, y otro en las mujeres; los primeros todos son sectarios de Mahoma, con bombacho; las segundas todas visten de valencianas, y así se forma una pareja moruna que dá gozo. Ya se ve, es tan fácil hacer unos pantalones anchos de unas mangas viejas, aunque estén sucias! y cuesta tan poco, teniendo tohallas y pañuelos de seda, formar un lio que haga las veces de turbante, buscar un chaleco de pana, y una faja de seda, que sólo falta salir á la calle diciendo: *baxaral esalip el mokadda, men adaina nejena y alajena*... para tener un moro hecho y derecho, aunque sea *pati-estevado* el mocito que se disfraza, porque las enaguas lo cubren todo.

La mayor parte se disfrazan para sí mismos di-

virtiéndose ellos solos; en este caso están los que se visten de viejos, ó de *señores*, ó vice-versa; y así ni más ni ménos sucede con los que cambian el sexo, vistiendo faldas por pantalones y frac por corpiño.

Si los gaditanos hubiesen podido olvidar el movimiento de su país, en los tres años y la próroga que disfrutaron de esa concepcion, les haríamos venir á Madrid, en los últimos dias del Carnaval, primeros del movimiento carnavalesco. Los dejaríamos estar en su pátria echando los *años* y los *estrechos* el Juéves de *compadres* y el de *comadres;* permitiéndoles que regalasen dulces á sus comadres. Aquí no rigen esas costumbres y no hay nada que ver hasta el último Juéves de Carnestolendas, conocido con el nombre de *Juéves gordo*. Los prosélitos de la careta, se declaran desde ese dia en estado excepcional, cada casa es una prendería; cada mujer una costurera; cada hombre un pintor de figurines. Todos son víctimas y verdugos; todos prestan trajes y piden trajes; unos los devuelven estropeados; otros los usan hasta estropearlos. Pero esa revolucion *hebráica*, ese afan de ser judíos cambiantes, todos á la vez, es exclusivo de la clase media; ella sola conoce ese prólogo de la diversion, ella sola se ocupa con 48 horas de anticipacion del traje que ha de lucir (la intencion es tal por lo ménos) siete horas cuando mucho. Los goces son hijos de las necesidades satisfechas; pero mueren en el momento de vislumbrar otra necesidad mayor como el gusano de seda cuando sale del capullo, y deja un embrion que ha de pasar por la misma metamórfosis, y ha

de perecer apénas llegue á la suprema felicidad. La glória es tanto más cara cuanto más áspero es el camino que á ella nos conduce. Por ser ésta una verdad de á 24, y por parecerme mucha filosofía para darla de una vez, concluyo diciendo: que los que salen del teatro á las doce pensando si irán ó no á las máscaras, que á las dos se deciden y entran en el baile á las dos y cuarto, no saben lo que es ir de máscaras, ni sacan partido de la diversion. Las bromas, yá se sabe, pesadas ó no darlas: el baile de máscaras tiene sus trámites, y son como sigue:

Cuatro dias de preparativos son suficientes para pensar si ha de ir ó no, para discutir el traje que se ha de llevar, para ver á quién se le ha de pedir, para discurrir quién le querrá prestar, ó para formar un círculo de prestamistas heterogéneos que completen el traje en cuestion. Que vá la chica de beata (fea sin más informacion);—pues yá está corriente, dice la madre; doña Basilisa tiene un rosario de huesos de aceituna engarzado en plata con un crucifijo de palo santo, que te llegará á la rodilla; la digo que es para una funcion de iglesia y nos le da al momento; de otro modo imposible.—Pero y la toca!—Como que me apuro yo por eso!... doña Rosita tiene unos pañuelos de batista con encaje, riquísimos; la pido uno como muestra, para que tú hagas otros iguales, y estamos despachadas. Lo demás ya está dicho; la señora del piso principal se ha quitado el luto hace unos dias, y con su basquiña... (no te quejarás que es merino muy bueno) te haces las sayas.

Si á la niña le cumple ir de valenciana, ya es

más sério el lance; porque la mamá bien sabe dónde hay aderezos, pero no sabe quién se los querrá prestar. Sin embargo, ella se ingenia diciendo á todas sus amigas, si saben de alguna señora que quiera vender algun aderezo antíguo, porque tiene encargo de un collar y unas arracadas; así consigue tenerlas unos dias en su poder, las luce su hija, y si no las pierde, las devuelve luégo diciendo que no gustan porque son de poco valor.

No sirve ser antipático con el Carnaval para librarse de esos compromisos; ni hay otro medio para defender cada cual su ropa de la metamórfosis que la amenaza, que negarse definitivamente; pero con política.—Hombre, Vd. tenía unos botines de majo. —Sí, pero los dí.—Me hará Vd. el favor de la manta.—Cuánto lo siento, pero me la robaron... Y si piden el frac, que tienen á la vista, se contesta que está empeñado, y que se usa bajo fianza. Esto es inverosímil, pero llena el objeto.

EMBROMAR

En otra época cualquiera del año, no me daría cuidado que mis lectores ignorasen el significado de la palabra *broma;* que segun el Diccionario de la Lengua quiere decir «cosa pesada;» pero en los dias del Carnaval sería una falta imperdonable, y los

que, por desgracia, la hemos aprendido prácticamente, tenemos un deber en separar al prójimo de semejante calamidad. Entro, de buenas á primeras, aconsejando que si no pueden Vds. resistir á la diabólica tentacion de los bailes de máscaras, no hagan caso alguno de las disfrazadas hermosuras que con el mayor misterio, y como si fuese la cosa más árdua del mundo conocer á uno.... cuando lleva la cara descubierta, le dicen:—Adios, fulano, ya te conozco. —Muchas hay que suelen relatar á renglon seguido los nombres de nuestra parentela, y se retiran tan ufanas diciendo:—Cómo le he embromado!!!—Diálogos graciosos dicen que se originan con ese motivo, y por ese mismo método, pero yo, que he presenciado muchas *bromas* en los bailes de máscaras, estoy convencido de que lo mejor y más sano, para evitar 99 sandeces, es contestar á la primera con un *desengaño* (véase la nota núm. 1) y para que no se diga que hablamos de memoria, allá va uno de los lances más *bromosos* que suelen ocurrir diariamente.

—Adios hombre, cómo estás?—Bueno.—Tú, ya se sabe, tan divertido.—Sí.—No me conoces.—No. —Pues yo conozco á tu familia.—Ola!—Y soy visita de tu casa.—Me alegro, abur.—Ven acá, no te atufes; sé muchas cosas de tí.—Pues dílas.—Hace mucho que no vas al Prado?—Sí.—Pues te veo allí todos los dias.—Sea enhorabuena; (*ap.*) española neta.—Qué dices?—Nada, que tienes toda la viveza de tu madre, y mucha chispa para dar broma.—Es mi fuerte; pero no tengo mamá.—Eres inclusera! me gusta.—Y tu amigo?—Bueno.—Sois insepara-

bles, siempre juntos, donde va el uno va el otro, no sabeis estar separados.—Por esplotar tus sinónimos. —Pero chico! (aquí va entrando la familiaridad) sabes lo que digo?—No, ni tú tampoco.—Que eres muy torpe; no me conoces; vaya, te voy á dar una seña: todos los dias estoy en el Prado.—Vendiendo flores, eh? adios Mariquita.—Anda, bruto.—Adios, prenda, y endoso.

Esto último es suficiente para que se pongan sérias cuando se quitan la careta; y á fé que si el estimulante no fuera tan soporífero, se pudiera uno alegrar de los efectos. Hay, sin embargo, algunas bromas más divertidas, que consisten en hablar á un sugeto, á quien se vé por primera vez, y esto se llama «bromear por endoso.» El prólogo de estos *divertimientos*, pasa entre dos máscaras, hembras, que con el mayor misterio posible se retiran á un extremo del salon.—Mira, me vas á hace un gran favor, dice la *una* á la *otra*.—Dí, contesta la *otra* á la *una*.—Tengo mucho interés en embromar á un amigo que está en aquella mesa *(y señala)* cenando. —Déjalo estar; corre de mi cuenta; y se dirige tan ufana á dar la broma.—Pero si no sabes cómo se llama, qué le vas á decir?—No faltará.—(Aquí es preciso que bajen la voz para que los lectores no pierdan la ilusion del diálogo, que tiene la máscara con el que está cenando; y es como sigue:)

—Adios, fulano.—Adios máscara.—Tú siempre cenando.—Ménos á las horas de almorzar, de comer... y otras diversiones que tengo con las chicas bonitas. —Siempre tan galante; dí, cómo tienes á tu esposa?

—De parto.—Y te vienes al baile!—Sí; yo estoy bueno.—Hace mucho tiempo que no ves á mi amiga?—Desde la otra noche que os encontrásteis las dos en mi casa.—Embustero!—Quieres cenar?—Gracias; es temprano.—Verdad es; *(ap.)* por eso te lo digo.—Si supieras lo que he sabido de tí!—Sí, eh!—Quieres que te lo diga?—Estoy cenando.—Anda, grosero.—No soy curioso.—Sé toda tu vida y milagros.—La segunda parte, no la creo: la primera la sé de memoria.—Mira, tienes dos hermanas, y ayer estuvieron en el Prado; tú vas mucho al teatro, y paseas cierta calle.—No sabes más?—Como tienes tantos trapicheos! tengo ofrecido un rigodon, y voy á bailar; pero vuelvo á seguirte embromando.—Con que me estaba dando broma!... pues sigue, hija mia, sigue, así como así, el mozo tarda mucho de un plato á otro.—Ola, te va picando la curiosidad?—Sí, mucho; sobre todo lo de saber que tengo mujer y hermanas.—Pues sé muchas cosas más; sé dónde vives, que fumas mucho, y siempre habano.—Ah! me alegro encontrarte.—No, no me conoces.—El último tabaco que me llevastes era holandés legítimo, y sabia á espliego.—Tengo yo trazas de vender tabaco?—No tal; pero como el dinero que yo te dí por los cigarros, es moneda corriente en los almacenes de trages, creí.—Pues te has engañado. La jóven se amostaza, busca á su amiga y la dice:—Chica, ese hombre es un grosero, me ha equivocado delante de todos con una cigarrera; pero le he dado una broma que yá! se volvia loco y queria disimular su turbacion cenando; buena píldora tiene en el cuerpo.

Bromas más inocentes que las que acabamos de referir, y no digan Vds. que es imposible, suelen inquietar á más de cuatro hombres tontos *(vide cándidos)* de esos que el vulgo llama *primos*, y que efectivamente tienen ese parentesco con todas las mujeres que quieren apagar el hambre cenando, ó dar una prueba de sus simpatías con el galan que las acompaña, llevando un cartucho de dulces al brazo. En cuanto á los pocos hombres que se disfrazan hoy dia para dar broma á sus semejantes masculinos, nada puedo decir. De un hombre que embroma á otro hombre, qué se puede esperar!...

EL ENTIERRO DE LA SARDINA

Memento homo quia pulvis....

Acuérdate, hombre, que eres polvo y en polvo te has de convertir: palabras son éstas, que sin el eco grave con que suelen ser pronunciadas, infunden en el corazon más escéptico un pavor grande que crea remordimientos hasta de las cosas más sencillas; voz terrible, eco fatídico, fórmula breve pero universal que alcanza á toda clase de personas, y es acaso el primer sonido de la trompeta funeral.

Memento homo.... Acuérdate, mujer, que no redi-

miste los años cuando pagaste el colorete, y que cuando te quites la careta han de salir á luz pública tus arrugas y se ha de conocer todo el artificio del retablo! Acuérdate tambien que el agua de Vénus no dice *á prueba de sudores,* y no olvides que tu rostro es yá una pura argamasa! Mira que ese hombre no está tan hambriento de besos que se atreva á darlos en un tabique!

Memento homo.... Acuérdate, elegante, que el sastre quedó en volver mañana á tu casa y que no le servirá que luzcas el frac, si gastas lo que le debes en una cena! Acuérdate, pobre anciano, de tus botas de hule y de tus dolores reumáticos y no te la des aquí de mozalvete, pensando engañar á quien de fijo te ha engañado yá á estas horas! Vén acá tú, miserable regidorzuelo, y espera que amanezca, porque si sales á la calle, te estamparás los sesos contra esos edificios movilizados que diariamente dejais fabricar en los sitios más públicos de la capital! Créeme y no salgas, que los faroles del alumbrado se apagaron á la una, y el astro de la noche no ha tenido por conveniente remediar vuestro abandono!

Acuérdate, miserable pretendiente, que si te colocan hoy te dejarán cesante mañana, y saca la mano del bolsillo si pensabas, como creo, gastar tu dinero en comprar dulces á la familia del ministro! Acordaos tambien vosotros....; pero me acuerdo yo que mi mision no ha cambiado por la llegada de la Cuaresma, y dejo este tono fatídico que tan mal contrasta con las diversiones del dia.

Memento homo.... Acordaos, lectores, que hoy es Miércoles de Ceniza, y que el populacho ha escogido este dia para celebrar una de sus más solemnes bacanales, y no extrañeis que abandone mi comenzado sermon siguiendo á mis protaganistas en su impropia cuanto anti-religiosa diversion.

Una gran parte del pueblo madrileño, que ha visto amanecer el Miércoles de Ceniza bailando y que se retira á su casa, ó á la del vecino, pues estos son dias de mesa y cama redonda, se envuelve alegre en sus disparatados disfraces y se dirige á las orillas del canal á representar esa gran funcion conocida con el nombre de: *Entierro de la sardina.* No hay papeletas de convite ni nadie sabe dónde se despide el duelo; pero el cortejo fúnebre se reune en el Prado, que se halla invadido de gente; la mitad con su rostro libre á reirse de la otra mitad que con la cara cubierta está animada de la misma intencion que su contraria. Aún sigue el ¿«me conoces? yá te conozco» y las bromas que salen á través de las esteras son como muchas de las que se oyeron en la noche anterior entre el crugido de los tafetanes y los terciopelos. Marcha por fin la procesion, y en la pradera del canal entierran la sardina entre los bailes, la algazara y los espantosos aullidos de los que desocupan una bota y otra de vino, devorando cabritos y jamones para cumplir así con tan carnal y pública comilona el austero precepto de vigilia ordenado por nuestra Santa Madre la Iglesia.

Y como no siempre ha de ocurrir que el escritor

ilustre á sus lectores sobre las dudas que puedan ocurrírseles; sino que muchas veces, y acaso las más (por mi parte hablo) sucede lo contrario, y hé aquí una de esas en que tenemos necesidad de averiguar de cualquiera que nos lo quiera decir: si el pueblo de Madrid es cristiano, ó si el entierro de la sardina es una funcion anti-religiosa? Para nosotros está contestada la duda en la segunda parte de la pregunta; pues de otro modo es imposible dar á esa desenfrenada funcion un orígen que esté en armonía con los principios religiosos del pueblo en que se ejecuta. En Barcelona y en vários otros puntos de España se celebra tambien ese entierro, pero es en los dias de Pascua al concluir la Cuaresma: cosa que se comprende lo mismo que si en el Miércoles de Ceniza se enterrase un pavo, y áun esas funciones serian más propias antíguamente en que se acostumbraba á no comer otra cosa que pescados en los cuarenta dias que dura el reinado de la escuálida *jamona*. Y subrayo esta palabra para que sepan ustedes que la pongo con intencion, y la pongo con intencion porque tiene su busílis; y tiene su busílis porque hay en ella más de lo que parece; y hay en ella más de lo que parece porque yo me entiendo y Dios me entiende.... y trato ahora de que ustedes me entiendan.

Llamo *jamona* á la Cuaresma, á despecho de los salmones y los atunes, porque no es mujer ni hembra, pero es femenina y raya en los cuarenta.... y no digo más, porque al buen entendedor, etc.

Pero conozco que me he detenido demasiado

en indagar el orígen de una funcion popular, de que yá hablé en otra ocasion, que como la mayor parte de ellas son hijas de un acontecimiento cualquiera, y en pasando algunos años se desfiguran de tal modo que yá no cumplen en nada con el objeto de su institucion. El pueblo se divierte con esas bromas y es muy aficionado á obrar por costumbre (cosa que le aplaudo); porque como dicen en general (y se ahorran muchos malos ratos): *Dónde vas Clemente?—Donde va la gente.*

Yo creo en todo á puño cerrado, con una fé más grande que el santo carbonero de la sagrada Escritura, y concluyo (aquí de la instruccion) con las palabras que un hijo de Mahoma, usó al hablar del Carnaval cristiano: *Todos se vuelven locos por tres dias y recobran el juicio al cuarto con un polvo de ceniza en la frente.*

EL BAILE DE PIÑATA

— Cuándo se cierra el despacho de billetes?
—Cuando salga el último aficionado.

Á ese! señores moralistas; á ese sí que deben Vds. enseñarle los dientes, y hablarle gordo; á ese sí, que no á los bailes del Carnaval, porque al fin y al cabo, cada cosa en su tiempo, y no se ha visto nunca que la Cuaresma nos regale un manojito de es-

pinacas en Carnestolendas. Los cocineros del ambigú, han querido engañarnos, y lo han hecho, al darnos cola de boca por gelatina, y guisantes con jamon en vez de jamon con guisantes; pero jamás se han atrevido á adulterar la carne con acelgas.... porque al fin y al cabo, cada cosa en su tiempo, y en Cuaresma ayunos. Hablo, señores, de esa invasion brusca que hace la careta en el pacífico reinado de la penitente dueña; de esa familiaridad con que se posesiona del primer Domingo de Cuaresma, so pretesto de que es una broma y de que no es baile de máscaras, sino de piñata. Yo espero que el tiempo irá borrando hasta la memoria de semejante desacato, y lo espero tanto más cuanto que nunca han adjudicado la piñata al número de mi billete.

La *piñata*, era en su origen una diversion *sui generis* (de mal género) que consistia en reunirse media docena de familias, gente de casa, hacer un globito de papel, llenarle de dulces y pájaros y romperle para cuya última operacion, vendaban los ojos á la jóven más decidida; si esta no atinaba á otra; é idem, idem, con todas las presentes, comíanse los dulces en buena paz, ántes de las doce para no quebrantar el ayuno del Lúnes, y á poco rato se disolvia la reunion. Aún hoy se usa esa cándida diversion en várias casas particulares; pero los bailes públicos han reducido la diversion de este dia á una especulacion en extremo lucrativa para las empresas: cuando no hay rifa en los bailes suelen asistir 500 personas; á 20 rs. son 10,000; cuandó se sortea una cosa cualquiera que vale 7,000 rs. se venden

5,000 billetes que son 100,000 rs., conque deduzcan Vds. las ventajas.

Pero el baile de Piñata no es un baile de máscaras, es una especulacion mercantil; es una lotería extraordinaria; es un tormento para los aficionados legítimos á la careta, un pretesto para los *vergonzantes*, que dicen: «he venido aquí por la rifa: como si no se pudiera tomar un billete y estarse en su casa; ni más ni ménos que yo pudiera continuar este artículo, y sin embargo lo dejo.

Tal vez haya encontrado el lector descoloridos estos cuadros, pero como los máscaras van estando cada vez más pálidas, sería una falta imperdonable que yo me diese á despertar la aficion con mis artículos.

TODO MADRID EN SAN ISIDRO

Que entrase la parte en el todo, ni tendria gracia ni novedad, porque todo el mundo lo sabe así; ménos los valencianos que comen *cordero* EN *tomate* y van *á paseo* EN *sombrero;* sin dejar por eso de tener esperanza CON Dios.... en que nadie entienda esa confusion de preposiciones; que la parte fuese mayor que el todo, sería cosa de ver y podria pasar al panteon del movimiento contínuo y del punto en el espacio: pero áun eso admitia su *distingo* y su *absolute nego,* etc.; aquí lo que hace falta es que nos estrechemos todos un poco para que todos podamos estar reunidos en la pradera de S. Isidro el dia 15 de Mayo. Unos por ir, otros por no dejar de ir, y yo por seguir mi costumbre de escribir las costumbres de mis conciudadanos, todos vamos allá.

Todos los cojos van á Santa Ana
yo tambien voy con mi pata galana.
Y como aquí no es santa que es santo
tambien yo voy como uno de *tanto*.... *(s)*
Pero la S que se aguante
porque en plural no es consonante.
Y este verso que erró el camino
puede volverse por donde vino;
pues si le sigo haré una cosa
que no sea ni verso ni prosa.

Hágase el milagro y hágalo
el diablo.

Hombres quiero yo, que no principios, dicen los cosmopolitas políticos; lo que equivale á decir: vengan destinos y llámenme corregidor ó jefe político, y alcalde de casa y corte, ó juez de primera instancia tanto me dá. (Y en verdad, y entre paréntesis, os digo que si las revoluciones no han de producir más que nomenclaturas, y se ha de sacrificar una nacion porque las autoridades se llamen *así* ó *asá*, asando del mismo modo todas, no lo entiendo....) Pero.... sus! señor fiscal de imprenta, no hay que saborearse con el corretaje porque yo no paso adelante.

Diviértame yo á todas horas, que es lo que importa, y sírvame de excusa S. Juan ó la Magdalena, es igual. El corazon humano lo que quiere es broma y jarana sin que los escépticos tengan voz ni voto en este asunto. Nació el Señor, alegrémonos, resucitó el Señor, alegrémonos.... murió S. Isidro Labrador el dia 15 de Mayo de 1130, pues tengamos una ro-

mería todos los años para celebrar ese aniversario.... Pues á S. Isidro! pues á S. Isidro....

Decididos como estamos á tomar las cosas en su orígen, y á seguir á los protagonistas de nuestro teatro analítico-descriptivo, desde que se empiezan á vestir en sus *camerinos*, harémos la vista gorda, que á fuer de miopes que somos, no es muy fácil, mientras el Montepío dá dinero sobre alhajas á los que han de almorzar en S. Isidro, y tomarémos la história con diez dias de anticipacion, acompañando á los fondistas y á los confiteros á casa de su señoría, el regidor encargado de *dar los puestos* en la pradera. Este acontecimiento es más grave de lo que á primera vista parece, y en el reparto se observa un rigoroso escalafon. La mayor parte de los licoristas, confiteros y demás gentes que venden sus géneros en la ermita del santo, tienen un privilegio especial para colocarse en tal ó cual sitio, privilegio que pasa de padres á hijos, inherente al establecimiento, y que se traspasa las más veces con los demás enséres de la tienda. En cualquier época del año en que se traspasa una fonda, una confitería ó una lonja de ultramarinos, se hace mencion importante de ese privilegio, y se dice: «tanto por la tienda y tanto por el puesto de S. Isidro.» Con la anticipacion que hemos dicho y con la mayor escrupulosidad se divide el terreno, se tiran líneas, se trazan cuadros, más ó ménos grandes, se reparten los puestos, y empiezan los vendedores á conducir tapices, lienzos y enseres; pero esto yá pertenece á la história de los bastidores, y ahora nos conviene ser profanos

para no perder la ilusion cuando se descorra la cortina el dia 14 por la tarde.

Indudablemente los dias grandes se conocen por las vísperas pequeñas, y el furor gastronómico del 15 de Mayo, se advierte bien en el ayuno forzado del 14, en que no hay fonda surtida, ni confitería que no esté desmantelada, ni géneros de Ultramar en los ultramarinos, ni servicio en los cafés, ni aguadores *de agua dulce* (de botijo), ni naranjeras, ni.... nada, en fin, porque todo se ha embargado para S. Isidro.... Todo, señores, todo está en S. Isidro. Acuérdense Vds. de Lot, y escarmienten en cabeza ajena; no hay que volver la vista atrás porque Madrid está desierto, y ántes que la soledad les dé tristeza, sálganse al campo por cualquiera de las puertas ó portillos que dan al Manzanares, y si es posible, por la de Segovia; pero la de Toledo y los portillos de la Vega, S. Vicente y Gilimon, pueden servir tambien para el caso.

Allí, en aquella altura, á la orilla derecha del Manzanares, verán Vds. un punto blanco, destacado de una masa negra y compacta, que se agita en derredor suyo, como si quisiera conmoverle por sus cimientos y arrastrarle en su incesante torbellino: el fondo negro es una masa inmensa de cabezas (algunas de ellas rubias); el punto blanco que se eleva sobre ellas dirigiéndolas su voz con un esquilon desentonado, es *la ermita de S. Isidro*. El dia 14 por la tarde va mucha gente á la ermita; pero el pueblo bajo, que es el que dá entonacion á esos cuadros, no asiste ese dia, la clase media tampoco;

aquello es un paseo aristocrático. Los vendedores no hacen negocio, y nosotros no queremos alzar el telon hasta el dia del santo por la mañana; hasta entónces ni grita el confitero, ni enarbola su bandera el fondista, ni llama parroquianos el vendedor de los frasquetes, ni humean las cocinas de campaña.... ni suena, en fin, la hora del movimiento. Aquello es la cueva de S. Martin, pálida, fria, inerta, hasta que vá un charlatan á subir los fondos. Hasta que el santo *se sacude las polainas*, y es fama que lo hace todos los años, (con cuya metáfora, porque algo ha de ser, se indica la lluvia en ese dia) no hay nada bueno. Muchos pasan la noche del 14 en la ermita y otros van únicamente á ver cómo está puesto el campo, para determinar si han de ir al dia siguiente; disculpa propia de almas vergonzantes que en vez de decir:—Voy porque me gusta y volveré mañana, aunque no hago falta, dicen siempre que van por compromiso; y siguen renegando de la diversion hasta el año siguiente. Pero hay tal delirio en Madrid por esa romería que unos salen de Madrid ántes de amanecer, otros no se acuestan para ir más temprano, otros van y vienen tres ó cuatro veces al dia, y el resto se entrega allí á la comilona y á la francachela.

Dos aspectos enteramente distintos tiene la ermita el dia del santo patron; y aunque la transicion de ellos ofrece otro bastante nuevo tambien, con la ayuda del jilguerillo y del aura de Abril para el de la mañana, y con la bota y el Valdepeñas para el de la tarde, vamos á examinar los dos.

Son (eran ó serán, no sean Vds. tan materiales) las cinco de la mañana, y un viento suave sopla, soplaba ó soplaría, bajo los arcos de la puerta de Segovia, que arroja (yá me fijé en presente) inmenso gentío, como si en el casco de la poblacion se temiese algun terremoto, alguna explosion de polvorin, ó algun pronunciamiento político, que como terremotos no tienen nada que pedir. Sería una *pregunta necia* de esas que merecen *oidos sordos*, y si el refran dijese orejas, estaria bien dicho; sería, repito, tan ridículo preguntar adónde se dirige esa gente, como ignorar el camino que conduce á la ermita de S. Isidro, cuando si se descargase una botella de Leiden en la cuesta de la Vega habian de sentir la chispa eléctrica los que venden en la pradera. Y esto no lo digo por darla de físico, pues cuando mucho, probaria aficion á los juegos de manos, sino para dar una idea de la masa compacta de gentes que en ancha procesion y por distintos caminos van tomando por asalto la altura citada, donde se eleva la capilla que á expensas del marqués de Valera se fabricó en 1724 sobre las ruinas de la que se hizo en 1528 por la emperatriz doña Isabel; porque allí dió el santo con la ahijada, y brotó un manantial de agua purísima. Y para que no se me llame plagiario, declaro que eso no es mio, sino que lo dice así la tradicion. Tres puentes de piedra, con más, los de madera que se improvisan ese dia, atraviesan el Manzanares, y saliendo por la puerta de Segovia es preciso tomar por el de ese nombre; pero para los que están en el secreto de lo que es ese rio, para los que

conocen la buena fé de sus arenas, todos son excusados. Con zapato de tela nó, pero con bota se puede atravesar impunemente el Manzanares, que como arenal, no hay nada que pedirle; pero como rio debe su fama á una docena de poetas *pagados*.... de sus orillas, que no tienen nada que envidiar á las más anchas; le sucede lo que á las mantillas de nuestras manolas, que entre las dos franjas se comen el tafetan. Pero ganemos nosotros la orilla derecha del Manzanares, y sea á pié enjuto como el ejército de Israel, aunque no haya un Moisés que nos separe el agua, y lo demás no importa; á fé á fé que para probar lo que hemos dicho basta recordar que hace años se hundió un puente de tablas, condenado desde entónces, que *al asno muerto*, etc., etc., y léjos de ahogarse ninguna de las muchas personas que cayeron al rio, todos salieron puros y limpios, ménos los que se rompieron la cabeza del golpe.

Los alquiladores de coches, tartanas, calesas, carros, y hasta de confesonarios con ruedas, desempeñan un papel muy importante en estos dias; el calesin sobre todos es el héroe de la funcion; los caleseros son los protagonistas de las fiesta. El dia 15 de Mayo no se siente la falta de caminos de hierro; cada calesin es un *vapor;* los carruajes no corren, vuelan, todos marchan unidos, y casi saltan unos sobre otros sin el menor contratiempo. Pero todos se detienen apenas pasan el rio; la tropa que está allí para cerrarles el paso no es la que los impide llegar hasta la ermita: la masa impenetrable de gente, la primer línea de los vendedores que se

atrincheran á un cuarto de legua escaso de la ermita, es el obstáculo invencible que encuentran los caleseros para seguir adelante con sus viajeros, á quienes desuellan sin piedad, y de quienes no se cuidan si les sale otro marchante para el retorno. En aquella confusion es difícil volver en el mismo coche si no se paga adelantada la vuelta; si se paga imposible; pero á nosotros no nos corre prisa volver á Madrid, y ahora sólo tratamos de ganar la cuesta para subirnos á una altura y observar desde allí el animado panorama que se desenvuelve á nuestra vista.

La capilla de S. Isidro proyecta su sombra en la pradera, y los rayos del sol que se escapan por los límites del edificio, atraviesan los líquidos de diferentes colores que de trecho en trecho se encierran en multitud de vasos cristalinos, que el vulgo llama *frasquetes del santo:* apellido que lleva cuanto allí se vende. Al pié de la ermita se abre un hondo valle de frondosa espesura, y el astro del dia, que difícilmente penetra por el lustroso follaje de los arbustos, ilumina con graciosa coquetería diferentes familias improvisadas ó legítimas, que tendidas sobre la verde yerba se disponen á almorzar, ó á disponer el almuerzo. Las alturas de este delicioso valle están coronadas por las tapias exteriores de un cementerio, y el eco sordo de las campanas que repican en la ermita, la algazara de los que venden, y el sordo rumor de los que compran, no deja oir la sarcástica plegaria del numeroso gentío que invade la santa morada de los que dejaron de existir, leyendo con estúpida carcajada y lúbricos aullidos los

elocuentes epitafios de aquellos sepulcros. Únicos testigos de que los que allí moran fueron ayer lo que hoy son, los que serán mañana con ellos en la silenciosa mansion de los muertos.

Á nosotros nos ha estremecido siempre tan insolente contraste y no hemos podido evitarnos la amarga reflexion que acabamos de hacer. Quisiéramos por lo tanto que en ese dia de pura bacanal y estrepitosa orgía, no estuviese franca la entrada del campo santo; quisiéramos que no se turbase el silencio de sus moradores, que se les dejase descansar en paz en su último asilo. Pero todo eso lo deseamos allí; aquí queremos continuar nuestra fiesta, separándonos todo lo posible de la mansion del silencio. Y ántes de alejarnos de la capilla nos llegarémos á beber el agua del pozo del santo con toda la fé que inspira la siguiente décima, que está grabada sobre el pilon, aunque escrita como verán nuestros lectores:

Oh ahijada tan divina, que segun la historia enseña,
sacastes agua de peña, prodigiosa y cristalina;
tu (1) labio al raudal inclina y bebe de su dulzura
que S. Isidro asegura, que si con fé la bebieres
y calentura trajeres, volverás sin calentura.

Entronizados de nuevo en la montaña más elevada de aquel lugar, y bajo el cielo azul y siem-

(1) Si es la fuente la que aplica el labio, ¿quién es el que se cura de la fiebre?

pre sereno de la capital de España, dilatarémos la vista por la alfombra inmensa de gente, que embriagada de alegría, bebe, canta, corre, juega, y en confuso torbellino se agolpa á la entrada de las fondas, no con el objeto de almorzar, que eso es problemático, sino con el de decir despues que almorzó en S. Isidro. Capricho que no tiene precio; pero que siempre se paga muy caro, porque los mozos que allí sirven son más fisonomistas que Lavatter, y saben que cuando un caballero, ó uno que va de levita, tiene todo el arrojo suficiente para entrar con dos (1) ó más señoras en un *merendero*, y valga por lo que valga la palabrilla, no se ha de asustar aunque la cuenta de lo que les sacaron para almorzar pase de 1,000 rs. Y declaro que no me he equivocado en los ceros, sino que *mil reales* el dia de S. Isidro son ménos que *mil ochavos* en otro cualquiera dia del año. El que piensa almorzar en S. Isidro y lleva dos onzas de oro en el bolsillo, cree que se ha dejado el dinero en su casa. Allí se reputa el cobre como género numismático, la plata no corre y sólo circula el oro; allí, bajo cuatro palos torcidos cubiertos por un tapiz viejo, se admira el nunca bien ponderado personaje del *primo*. El PRIMO!!! ese tipo curioso que si no se publica en *los Españoles pintados por sí mismos* es porque le traen y le llevan de primada en primada sin darle el tiempo de que se retrate ni áun al daguerrotipo; pero yo le he

(1) En llegando á dos, recibe cualquiera el título de *buen amigo;* en pasando de tres gana la cruz de imperturbable.

cogido descuidado, en una de sus acciones más frecuentes, que es la de dar dinero, y voy á permitirme una ligera digresion, con permiso de los fisiólogos.

La persona que trae al mundo la mision de *hacer el primo*, puede ser alta, baja, delgada, gorda, elegante ó *facha;* generalmente está en el último caso. Si no canta, si no baila, si no rie, si no habla, si no sabe saludar, si es un estafermo, en fin, tanto mejor; la sociedad que tiene repartidas sus contribuciones por una rigorosa estadística, justifica así la que le impone al infeliz que debe su estancia en el gran mundo, á su airoso manejo para llevar la mano al bolsillo, y derretir el dinero que por su desgracia le concedió la fortuna. Él acompaña al café á las señoras más elegantes y más bonitas, las lleva al ambigú en tiempo de máscaras, las dá el brazo en las verbenas, las sigue cuando van de tiendas, es el encargado de hacer los preparativos para las comidas de campo; y como todas le hablan y todas le adulan á la vez, convida él mismo á los amantes, instándoles por Dios á que vayan porque «él sólo no puede con todas.» Éstos, que no esperan otra cosa, acceden; le dejan que se acerque á todas indistintamente, y despues que ha soltado la mosca.... despues que *ha hecho el primo!*... le endosan con admirable destreza.... el brazo de la mamá. Pero áun en esto cifra él su gozo, áun cargando con la buena señora siguen en pié las ilusiones del *mocito* (que es la voz técnica); porque la astuta vieja, la intrépida mamá le dice:—Venga Vd. acá, don fulanito (el *don* y el *ito* constituyen el primo), que esos muchachos

son unos troneras, y don fulanito va lleno de orgullo, riéndose en su interior del *mal papel* que han hecho los otros, dejándole pagar á él solo. Desgraciadamente ese tipo se va haciendo cada dia más raro! Maldita civilizacion!

Hasta las doce del dia se mantiene el cuadro á la misma altura, con corta diferencia, que tenía á las seis de la mañana. Los elegantes abandonan las fondas, dando el brazo á las hermosísimas madrileñas, que yá no pueden sufrir ni el polvo de la pradera, ni el roce contínuo de la cesta de provisiones que lleva la menestrala para tener motivo de desocupar la bota de vino, que su marido enarbola en la punta de un enorme garrote, que probablemente, merced al mosto y á la policía, obrará al dia siguiente en un proceso criminal, de los muchos que se forman de resultas de esa romería. Son tantas las quimeras y las palizas con que termina el dia del santo, que si se diera un indulto para los presos por heridas y asesinatos en S. Isidro, las cárceles y los presidios quedarian medio desalquilados. Desde esa hora empieza el telon supletorio, y á las dos de la tarde es enteramente nueva la reunion. Un panorama distinto en un todo del de la mañana se ofrece á la vista del espectador. Ahora con más razon nos subirémos al punto más elevado posible, porque los toros deben verse de léjos.

Crece la confusion, crece el gentío,
el polvo aumenta y el calor abrasa;
en vino tinto se ha tornado el rio

y el hombre y la mujer beben sin tasa;
pero Baco, sereno, grave y frio
esto les dice, cuando entre ellos pasa:
—Tú crees, borracho, que borracho estás,
y eso es hidropesía nada más.
Tal vez tenga razon el dios beodo,
yo desde la montaña en alta popa,
la cuestion miro de distinto modo:
para mí la pradera es una copa
donde la gente que empinó de codo,
se agita entre el licor echa una sopa;
y... como al verso acusan de embustero
decirlo en prosa y á mi gusto quiero.

Efectivamente, la atmósfera se condensa cada vez más, y no diré yo que con el polvo y el tufo de los borrachos se forma lodo, porque eso ni yo mismo lo creeria; pero es una verdad que el vino de los innumerables pellejos que pasan desde los carros al cuerpo del bebedor, esto es, al alambique humano, se condensa en forma de vapor sobre las hojas de los árboles, por ejemplo, y destila luégo gota á gota, refutando de una manera indirecta aquello de que es imposible que el olmo dé peras.

Las tintas bucólicas de la mañana han desaparecido; el jilguerillo que se mecia en las ramas, cantando sobre los infinitos almuerzos que allí se improvisaron se ha visto precisado á emigrar del campo, porque la bota y las chaquetas descansan yá sobre las ramas que él destinára para su nido. Confuso y perdido vuela de aquí para allá sin adi-

vinar la causa de aquel tumulto, ni la densidad de aquella atmósfera, sobre la cual se sostiene sin esfuerzos, pero que no puede cortar con sus tiernas alas; y más de un cohete, de los muchos que allí se disparan, le detiene en su carrera.

Los calaveras, que son fruta del tiempo en ese dia, pasan la tarde tirando al aire las botellas del licor, que aparentaron beber, y vuelven á Madrid, con el paraguas abierto, aunque no llueva ni haga sol, guarnecido de campanillas de barro y cuernos de idem; pues son las dos cosas más esenciales de la fiesta. No se puede decir que se viene de San Isidro sin presentar una *campanilla del santo*, ó un cuerno; además es preciso ofrecer dulces á los amigos que se quedan en Madrid, y la *manola* tiene todo su placer en venir cargada como un burro con cuanto estuvo al alcance de los cincuenta ó más pesos fuertes que se gastó allí con la generosidad característica de esa clase que está agonizando ya, y que siempre ha *tenio unos humos, unos arranques, y un aquel, que yá!* Ver una pareja de manolos con su calesin descorrío, un santo de barro en una mano, una campana en la otra, llena de *torraos* y pasas para regalar á sus conocios, con más lujo y más aquel que unos usías, es cosa que pasma. Entónces suelen cantar la siguiente:

De San Isidro vengo,
y he merendao;
más de cuatro quisieran
lo que ha sobrao,

Ha sobrao cordero,
doce gallinas,
unos pavos en salsa,
y pastas finas.

En fin, y para dar fin á este artículo, el dia 15 de Mayo forma una época tal en Madrid, que además de ser una fiesta en la que nadie trabaja, no hay una persona siquiera que no piense con dos meses de anticipacion en el dia de S. Isidro. Llega la romería, y no hay criado de servicio tacaño, doncella de labor que no sea espléndida, jornalero que no derrita allí los jornales de una semana, ni nadie, en fin, que no gaste en S. Isidro más de lo que puede. Yo me acuerdo de un año que me quedé dormido en la pradera, y ví en sueños condensarse los vapores vinosos, y aparecer entre ellos una matrona, vestida de luto y con una bolsa en la mano, en la que se leia: CAJA DE AHORROS.... Y no sé más, porque me despertaron diciéndome: YÁ ES TARDE.

LAS VERBENAS

Tengo acá mis dudas, pero casi estoy convencido de que este asunto debe escribirse en verso. Sin embargo, soy algo dado á la discusion, y me gusta consultarlo todo con mis lectores; al cabo y al fin, entre ellos y yo ha de quedar la cosa, con que sería excusado que por un negocio de familia alborotásemos la vecindad. Demasiado se desvelan los hijos de Madrid en las noches del 12, 23 y 28 de Junio, y áun en las del 15 y 24 de Julio con sus verbenas, para que vayamos por una cosa tan trivial á no dejarlos dormir. Verdad es que esta consulta que quiero hacer al lector, y las que se hacen á la opinion pública en los gobiernos absolutos, se parecen tanto entre sí como una gota de agua á otra (ámbas en estado líquido), y como el preámbulo de

este artículo á vários otros preámbulos de vários otros artículos que tengo escritos en vários otros momentos de mi poco variada pluma; y esta constancia forma el orgullo de mi vida.

De gustos y constancias
no hay nada escrito;
por si Vds. lo ignoran
se lo repito.
Y alza, Marica,
que cada cual.... (¿estamos?)
donde le pica.

Demasiado sé yo que no hay tiempo para poner á votacion la pregunta; ojalá le hubiera, que á las suscritoras por ejemplo, las habia yo de consultar una por una.... Bonito (1) soy yo para perder esa ocasion de andar con el bello sexo á bolas negras y blancas! En cuyo caso, y lo digo para que no se dude de mis simpatías, las bolas negras indicarian verso, las blancas prosa. Y no porque yo no sea poeta me vayan Vds. á aplicar la fábula de la Zorra, que no raya tan alto mi orgullo.

Pero figúrome que ha habido votacion y empate, y decido que este artículo se escriba en *variedad de prosas;* siendo de cuenta y riesgo de mis malos

(1) Los cajistas han tomado la palabra *bonito* como suena, y.... ya se ve como me conocen de vista, y.... les parezco *fe*.... *feo* con todas sus letras, me han hecho una interpelacion algo séria: pero yo me he dado hoy al despotismo *ilustrado* (con láminas, porque el tal gobierno no admite otra ilustracion), y no hago caso. Quieren que *conste en el acta*, pero eso huele á prácticas parlamentarias, y no puede ser; constará en una nota, y gracias.

versos probar á Vds. que eso es más fácil de lo que á primera vista parece.

Buenos serán los versos,
buena la prosa,
pero el género misto
yá es otra cosa.
Y ahora, señores,
me voy á la verbena
con mil amores.

Despues de la romería de S. Isidro, la primer fiesta que huele á romero es la de S. Antonio de Pádua; así como la primer verbena que huele á albahaca es la de S. Juan, y la última la de Santiago. La noche del 12 de Junio lucha con las reminiscencias del 15 de Mayo, y con los preparativos del dia de S. Juan, como la sociedad moderna de España pelea con sus antíguas costumbres, y ansía á tontas y locas las tonterías traspirenáicas del siglo actual. Este color indefinible, que maldita la gracia tiene, coloca la fiesta de S. Antonio en un rango excepcional, que ni pertenece marcadamente á la romería ni á la verbena, aunque participa de ámbos géneros de diversion ó de pasatiempo; que en esto de divertirse mucho hay que decir, y cada persona se suele divertir á su modo.

Los amantes de toros
con el encierro;
mi amigo.... (el nombre callo)

con un entierro.
Pues hay de todo;
yo haciendo seguidillas
gozo á mi modo.

La capilla de S. Antonio es parroquia del rio, y está situada á la orilla izquierda del Manzanares; se fundó en 1720, se reedificó en 1770, y se construyó de nuevo en 1792 por el arquitecto Fontana; el célebre Goya pintó los frescos de la cúpula, y la iglesia tiene una forma lindísima; la efigie del santo que hay hoy es de Ginés; la que habia antiguamente era obra de otro escultor cuyo nombre callamos, porque al hijo de su delicado cincel le dieron un destino poco decoroso por cierto.

Al S. Antonio antíguo
¡quien lo dijera!
le llevaron de un coche
á la trasera.
Y esto es tan cierto,
como el fraile que lo hizo
dicen que ha muerto.

Pero vive Dios que esta seguidilla necesita una explicacion en prosa y allá vá: - «Si habla Vd. de *San Antonio de la Florida*, me dijo hace dias un cronicon ambulante, no se olvide de decir, que el Santo que habia en la capilla primitiva, se llevó á la parroquia de San Márcos, y habiéndole reclamado los frailes de S. Martin, el teniente cura se metió en

el coche que le dieron para conducir el S. Antonio que ató á la trasera.»

Y es el caso, señores,
que á esa capilla
vá el 12 por la tarde,
toda la Villa.
Porque la gente
vá, como Vds. saben,
con la corriente.

El paseo de árboles que conduce á S. Antonio de la Florida, es hermoso y fué un tiempo tan concurrido como hoy es el Prado. Llénase de gente la víspera del santo, á las cuatro de la tarde, á pesar de los 30 grados que marca el termómetro de Reaumur, y del sofocante polvo que levantan los carruajes que se dirigen á la capilla, ó de los que van á la *Puerta de Hierro* para tomar los caminos de Extremadura y Castilla. El paseo cruza por delante de la iglesia, teniendo los frondosos árboles que en dos limpias hileras le guarnecen las orillas, el respeto religioso ó arquitectónico más bien, de abrirse en dos semicírculos para formar una pradera ó un ensanche delante de la capilla, donde se reproduce en pequeño, pero con alguna más poesía, la fiesta de S. Isidro que describimos dias pasados. La verbena empieza al anochecer, y aunque suele ser diversion exclusiva de la gente del bronce, las almas delicadas y tiernas pueden asistir á ella, seguros que no han de echar de ménos, ni el bellísimo canto

del grillo, ni el agradable quejido de la rana, ni los salutíferos vapores del Manzanares; pues por más que digan de sus arenas y sus puentes de piedra, yo creo que es rio, por estas dos razones:

Los que á orilla de él viven,
cogen tercianas;
y que tiene agua es cierto
pues cria ranas.
Y aquí *no hay tio*
á quien pueda decirse
pásame el rio.

Á la mañana siguiente sirve de paseo, y de pretesto para madrugar, á la clase media de Madrid, que va allí á tomar leche y bollos, y á ver tomar lo uno y lo otro, segun *esté* ó nó en *fondos*. La fiesta dura todo el dia 13 de Junio, pero cesan las hostilidades, esto es, se suspende el paseo, desde que el sol suspende legítima y perpendicularmente sus hermosísimos rayos sobre las cabezas de las jóvenes que desesperadas de no encontrar novio por los medios *naturales* (1) acuden á los milagrosos. Y me esplicaré, porque temo que el lector se quede en ayunas; y eso sería tanto más sensible cuanto que á mí me bautizó S. Antonio en comision, y yo no doy como darian mis abuelos bizcochos el dia de mi santo, pero no consentiré mientras me llame Antonio que se queden *in albis* mis lectores, por letras más ó mé-

(1) Sin que yo crea que hay *naturalidad* en la coquetería, incluyo los coqueteos en los medios ordinarios de *llamar parroquianos*.

nos, el dia 13 de Junio. Digo que las feas acuden á S. Antonio, desengañadas de que en el mundo, donde se dá gato por liebre, no están en circulacion las chatas ni las tiernas de ojo, salva por fortuna de esa miserable fraccion del sexo femenino, algun capricho-aberracion de los muchos que padecen los hombres, y hay autores que los colocan en la clase de los suicidios.

Nacen del que escarmienta
los avisados,
y es patron S. Antonio
de enamorados.
De esto que os digo,
cada fea casada
es un testigo.

El santo, segun dice la história, era muy feo, y nada tendria de particular que ahora que se ha visto en posicion hiciese algo por el gremio; aunque bien pudiera tomar otra medida más radical, puesto que á lo que parece está en su mano. Yo no haria lo que nuestros políticos han hecho con las comunidades religiosas; nada de perseguir y maltratar lo que hoy existe, sino procurar que no exista cosa por el estilo mañana. Yo daria un decreto, bajo pena de infanticidio, prohibiendo que naciesen mujeres feas en lo sucesivo; pero respetaria (de léjos si era posible) las que hoy viven para tormento de la sociedad

y lastre perpétuo de toda clase de diversiones; porque nadie cree de mejor fé en el *audaces fortuna jubat*, que las feas. Y como decia á Vds., todas ellas se arreglan con el santo bendito para buscar amantes.

La muchacha que es fea
como el demonio,
el *responsorio* reza
de S. Antonio.
Y un novio anhela
que cubra los estragos
de la viruela.

San Juan, S. Pedro, Santiago y la virgen del Cármen no son casamenteros, ó por lo ménos no ejercen su profesion á cartas vistas; pero tienen sus verbenas con más lujo por cierto que S. Antonio. Reciben á primera hora en la Plaza Mayor, entre los tiestos de albahaca y los canastillos de flores, y en la alta noche en el salon del Prado, á donde antiguamente asistia mucha gente, hoy dia unos cuantos, y dentro de algunos años nadie; porque todo se reduce á no dormir, á pasear á la luna y á respirar en una atmósfera de aceite quemado que quita la gana de comer buñuelos. Pronosticamos tan tristemente de las verbenas porque no sabemos de ninguno que haya quedado con ánimo de correr ese bromazo dos años seguidos, y como todos van una vez

por curiosidad, estamos seguros de que algun dia se han de acabar los curiosos, de una generacion al ménos.

Mas no niego por eso
que haya verbenas
medianas, regulares,
malas y buenas.
Como hay autores
que hacen punto y se llaman

ANTONIO FLORES.

UN DIA DE TOROS EN MADRID

Tiempo há que el deseo de bosquejar un cuadro bajo las condiciones que impone el título que acabamos de escribir, nos traia desasosegados é inquietos, y más de una vez hemos arrojado el lienzo dispuestos yá para este trabajo. Hasta el momento de empezar el boceto, nunca teníamos por árdua la empresa; pero llegado ese caso nos decíamos á nosotros mismos: el trabajo es inútil; para los españoles será siempre el cuadro incompleto, pálido y desentonado; para los extranjeros será confuso, y se vengarán de la copia hablando mal del original. Estos temores nos hacian abandonar el proyecto, y hasta llegamos á formarnos el compromiso de no escribir el artículo; pero hoy hemos resuelto faltar á nuestra palabra. La inclinacion ha triunfado de los dos razonamien-

tos; nos creemos incapacitados de seguir pintando cuadros de costumbres nacionales, si no destinamos el primer lienzo de nuestra galería, al verdadero espectáculo español, para merecer con ménos injusticia el título de escritores populares; necesitamos solicitar la confirmacion del público, intentando bosquejar un cuadro de fiestas de toros. El tribunal que ha de juzgar nuestros trabajos es más numeroso que de ordinario; todos los españoles son votos competentes en el asunto, y por difusos y minuciosos que seamos, el público sabe de memoria y con creces, cuanto podamos decirle. Sin embargo, estas consideraciones tampoco menguan nuestro propósito; ántes por el contrario, nos facilitan el desempeño. Y como quiera que la materia es larga y el espacio corto, sin más preámbulos queremos dar principio á la tarea.

No nos entrometerémos en la história de las luchas del hombre con el toro, ni en averiguar si los romanos fueron los primeros que alancearon esas fieras en nuestro suelo, ó si no se conoció esa diversion hasta que vinieron los africanos; ni si D. Juan II las protegió más que Cárlos V, ó éste ménos que Felipe II, Felipe III y Felipe IV, ó ninguno de ellos como Cárlos II. Consecuentes con nuestra manía de respetar el polvo que cubre los cronicones en las bibliotecas, nos basta saber que hoy lucha el hombre cuerpo á cuerpo con el toro, y que el estudio y la práctica han hecho un arte de lo que sólo era una fiesta bárbara y una série de lamentables desgracias. Pero no queremos tiranizar al

lector, ni hacerle cómplice de nuestra ignorancia histórica, y le dejamos en completa libertad para que averigüe si quiere, lo que despues de sabido no ha de servirle para nada.

Ni el evocar la sombra de Rodrigo Diaz del Vivar, para saber si él fué el primero que alanceó los toros desde el caballo, le ha de valer para decir si el picador de ahora saca la *puya* que marca la estacion ó si *remata* ó no los toros; ni el indagar si en las bodas de Alfonso VII, hubo corridas de toros en Saldaña, les ha de servir para saber si el diestro de á pié *recibe*, ó no recibe la fiera al buscarla para darla muerte. Pero quede sentado que no queremos privar al dicho lector de la citada prerogativa, siempre que se retire de la biblioteca, hambriento de lectura, para pasar la vista por los siguientes renglones:

Empecemos el cuadro:

Para pintar un dia de toros en Madrid, nos basta con un lienzo de cortas dimensiones; para la obra que nos hemos propuesto, es necesario un lienzo colosal. Un dia de toros no tiene 24 horas, como los ordinarios, tiene las 24 horas de todos los dias de la semana. El verdadero aficionado encuentra en esa diversion un oficio, con el que todos los demás son incompatibles. Para desempeñarle dignamente, necesita distribuir la semana del modo siguiente:

El *Lúnes* por la mañana, observar el estado atmosférico y calcular si las nubes que se ven en lontananza llegarán á Madrid, ántes de empezarse la corrida; si no hay peligro de que se suspenda la

funcion, frotarse las manos (símbolo europeo de felicidad completa), y salir de casa á saludar á los que despachan los billetes en la calle de Alcalá. Á las doce á ver el apartado de los toros que han de lidiarse por la tarde; comer luego de prisa en su casa ó en la misma plaza y mirar el reloj á menudo para no llegar tarde al gran espectáculo. El *Mártes*, salir de casa temprano para informarse de la salud de los lidiadores que se retiraron estropeados, y disputar el resto del dia sobre los incidentes del dia anterior. Es de rigor el *Miércoles* ir á la Muñoza á ver elegir el ganado para la corrida de la semana próxima. El *Juéves* le falta tiempo para ponderar la escelencias de los toros que no ha elegido, y hablar de las suertes atrevidas que pudo haber hecho desde el caballo. El *Viérnes* va á las esquinas á leer los carteles que sabe de memoria y á informarse de qué color piensa vestir el primer espada y si el picador estrena la moña que le regalaron los aficionados del 5.º tendido. Hacer el *Sábado* una visita á la plaza es cosa indispensable; primeramente á ver probar caballos, y á juzgar de las esperanzas que ofrecen los chicos que se ensayan en saltar la barrera; y por último.... á ver si la plaza está en el mismo sitio y á preguntar si se sabe cuándo llega tal ó cual diestro que fué á las corridas de la vírgen del Pilar de Zaragoza ó á las de otro punto cualquiera. El *Domingo* es preciso montar á caballo y dirigirse al arroyo Abroñigal, para venir escoltando el ganado hasta el encierro.

Hé ahí algunos de los principales accesorios de

este cuadro, que nos contentamos con apuntar ligeramente, para no distraer la atencion del asunto principal, y porque habriamos de necesitar el papel de todas las fábricas del reino para pintar los cuadros que resultasen. Otra consideracion nos obliga á la reserva, y es la de no creernos autorizados para copiar minuciosamente esas escenas privadas de la vida del aficionado á la tauromaquia; el cual tiene tambien sus horas de estudio, siendo la única obra *declarada por texto* la «Tauromaquia completa del célebre lidiador Francisco Montes.» El idioma del aficionado es el castellano, adulterado con muchas voces técnicas, y su acento el andaluz. Nuestros lectores nos dispensarán si se nos escapa alguna pincelada del lenguaje taurómaco: procurarémos que sean las ménos posibles, aunque estamos persuadidos de que no hay un solo español que necesite diccionario al efecto. Y dejemos al aficionado pasando al libro mayor los apuntes que hizo en el diario, sobre la última corrida, empezando de una vez nuestra tarea.

Yá nos han elegido los bichos que han de lidiarse: los tienen por ende enchiquerados con arreglo al sistema celular, y son las tres de la tarde del Lúnes. La corrida (si el tiempo lo permite) se va á empezar á las cinco. La Puerta del Sol está llena de carruages que van á dar pronto la señal de partir; la gente que va á los tendidos no quiere llegar tarde, y los que no han podido estirar su capital, hasta poder pagar con él, amén del billete, un asiento de ómnibus, ó la tercera parte de una calesa, van pi-

sando hormigas hácia la Puerta de Alcalá. La calle de este nombre, presenta un cuadro que por sí solo necesitaba un lienzo extraordinario si hubiésemos de copiarlos con precision; cien carruages arrancan á un tiempo, semejando cuatro ó cinco ferro-carriles en competencia; pasan unos sobre otros sin apercibirse de ello.... los mayorales de los faetones se olvidan de lo que van ganando en el viage y de lo que pagaron por el tiro.... al calesero no le importa reventar el caballo, que es su único patrimonio, á trueque de llegar el primero á la Plaza.... y por la Puerta de Alcalá entran todos á la vez, sin que nadie haya podido explicar aún si eso es efecto de que la puerta se ensancha, ó de que los carruages se sutilizan. Lo primero parece imposible y lo segundo no es probable. Los centinelas, que están para impedir los atropellos, se limitan á no ser atropellados, y cuando piensan detener el primer *wagon* del ferro-carril se encuentran que yá ha pasado el último. Por las aceras de las calles marchan presurosos los aficionados pedestres.... y como todos los caminos tienen un término, la gente que invadia la calle de Alcalá desde las tres y media, se halla reunida en la plaza á las cinco ménos cuarto.

Para pintar el sorprendente golpe de vista que ofrece el circo en este momento, no hemos podido hallar colores en nuestra paleta: diferentes veces hemos cogido el pincel con ese objeto, y nunca hemos acertado á trazar otra cosa, sino una mano señalando con un dedo la plaza, y remitiendo al lector el original, cuya copia es imposible. Doce mil

cabezas apiñadas en 110 palcos, en las gradas, en los tendidos y en las contra-barreras, muestran su impaciencia por la tardanza del espectáculo. Suena por fin la hora.... los músicos que están encima del toril apagan el griterío con las voces de sus instrumentos.... contéstales el pueblo con una salva de aplausos, y entra en la plaza el alguacil mayor del ayuntamiento, seguido de otros dos, y precedidos los tres de los lidiadores, se dirige la comitiva á saludar al presidente de la plaza, y á tomar su venia, para empezar la lid. Retíranse los picadores que están de reserva.... colocándose dos á la izquierda del toril, y la cuadrilla se desparrama por la plaza, echándose al brazo el capote y deslumbrando con la plata y el oro de que están recamados sus trages. Uno de los alguaciles recoge la llave del toril, que le arroja el presidente, la entrega al chulo y cruza la plaza en su caballo ligero, recibiendo gran cosecha de silbidos. La grita del alguacil es tan indispensable, que se cuenta de uno de esos prógimos, que pareciéndole no haber obtenido esta distincion por completo, se creyó desairado y presentó al ayuntamiento la dimision de su empleo.

En este crítico momento todas las miradas están fijas en el toril; los amantes se olvidan de sus parejas, los celos hacen tregua, las conversaciones se suspenden y veinte y cuatro mil ojos, rebajando los de algunos espectadores tuertos, salen al encuentro de la fiera. Ábrese por fin el toril, y entra el bicho en la arena. El aficionado sabe yá de antemano el nombre del toro, la casta, la edad y otras

mil particularidades biográficas; réstale rectificar la filiacion ó tomársela de nuevo, si no asistió al apartado; en cualquiera de ámbos casos toma razon del color del pelo, y de si tiene ó no muchas libras, si es buen mozo, si está bien armado, si es corni-alto ó corni-gacho, ó corni-veleto, y forma de antemano un juicio frenológico, que generalmente suele rectificar el toro. Con el estado en la mano, se dispone á tomar razon del número de varas que toma el bicho, de los marronazos, de las caidas de los picadores, de los caballos que mata, de las banderillas que recibe, del número y calidad de las estocadas que dá el espada, y de todos los incidentes de la corrida.

Miéntras tanto, el toro ha tomado dos varas y ha muerto los caballos de los picadores, uno de éstos ha quedado sin sentido y lo llevan entre cuatro hombres á la enfermería. El público se entusiasma, agita los pañuelos, grita pidiendo caballos y picadores, y sintiendo que el toro se enfrie y que en vez de matar ocho jamelgos, no mate más que cuatro ó cinco. Las gentes del tendido por donde pasan al picador herido ó tal vez muerto, cosa que yá hoy en dia va siendo por fortuna muy rara, gritan: *Tumbon.... maulon.... eso es lo que tú quieres.... lástima que no te duela de veras*, y otros desahogos por el estilo. Los alguaciles que, á pié entre barreras, están mirando al palco del presidente, parten en distintas direcciones: uno á informarse del estado del enfermo, de parte de su señoría, y otro á apremiar al contratista de los caballos, y á decir al picador que se vaya

al toro. Á lo que contesta el lidiador:—*Diga ozté á zu zeñoría que ezto ni ze come mu cruo ni mu cocío, y que dezde el parco ze ponen mu guenaz varaz.*

El público que en estos momentos está siempre de parte del presidente, grita:—Á la cárcel... á la cárcel ese tuno.... vaya Vd. al toro, so mandria... otro pasito....

Si el toro no entra y el picador sale á buscarle á los medios de la plaza, gritan los unos:—No seas bárbaro, borrachon.... no te espongas. Al paso que otros le dicen:—Á que nó!... á que nó!... pensando obligarle de ese modo á que haga un disparate que le prohiben las reglas del arte. Los banderilleros salen en medio de la plaza con un par de rehiletes en las manos, y el público silba á la autoridad, si le parece que aún podia el toro tomar algunas más varas. La suerte de las banderillas es de las más difíciles, pero de mucha defensa: el lidiador, por lo regular, ligero y esbelto, se planta delante del toro, le cita á distancia proporcionada, y cuando la fiera parte, le sale al encuentro y le clava con inconcebible seguridad los palos que lleva en la mano. Cuando el toro ha recibido tres ó cuatro pares de sanguijuelas, suena el clarin, y anuncia la gran suerte de esa fiesta; la escena final.... el momento en que el hombre vestido de seda, con un estoque en la derecha y un trapo colorado en la izquierda, se arroja á quitar la vida á una fiera irritada que acaba de matar media docena de caballos.

El espada, con la muleta y el estoque en la izquierda, se pára delante del presidente, se descu-

bre la cabeza y le brinda el toro con estas ó semejantes palabras: *Por la reina, por uzía, por las personas de zu querencia, y por too el pueblo de Madrid.* Arroja con garbo la montera, aplauden los del tendido el bríndis, y el diestro se va derecho á buscar el bicho. Yá le ha estudiado las mañas, y sabe la manera de hacerle tragar el anzuelo; las capas se le han traido á la suerte, y el espada despliega la muleta, y cita al toro. Le da los pases de muleta necesarios y se arma para la muerte. En esa airosa posicion cita al toro, lo deja llegar á *jurisdiccion*, y cuando lo tiene bien humillado, mete el brazo de la espada, marca la estocada dentro, y cuando el toro tira la cabezada, el torero se halla fuera de las astas á favor de la muleta. Si la estocada ha sido de ese modo, el toro queda muerto y el público victorea con frenesí al afortunado espada, que recorre la plaza devolviendo los saludos. Los aristócratas le llaman, le arrojan cigarros, y escita la envidia de todos, el que es saludado por el héroe en aquellos momentos. El cachetero, armado de un puñal, se llega á la fiera cuando ha caido sobre la arena y la remata. Si no lo consigue al primer golpe, el público le administra grátis una silba, y le repite á coro: *una, dos, tres, etc.*

Los tiros de mulas destinados á servir de sepultureros, arrastran los muertos fuera de la Plaza, sin faltar nunca á la precisa condicion, pena de una multa, de sacar primero los caballos, dejando para el último arrastre el cadáver del héroe de la fiesta.

Inmediatamente vuelve á anunciar el clarin la salida de otro toro, que aunque ha de ser lidiado con los mismos preceptos que el anterior, es para los aficionados un espectáculo enteramente distinto. La alcurnia, la educacion, las cualidades físicas, las circunstancias que ocurren en las primeras suertes, la manera de estar presidida la plaza, todo influye para hacer diferente y única la história de cada toro. Á todos los pican, los ponen banderillas, los capean y los matan; pero de mil toros que salen á la plaza no se sacan dos iguales. Creemos que el lector nos dispensará que no le hayamos descrito, ni todas las clases de toros, ni todas las suertes de la lidia; necesitaríamos para ese trabajo algunos in-fólios. Nuestro objeto no era pintar las corridas, sino el pueblo que asiste á ellas: quizá nos hayamos entrometido demasiado; volvámonos, ántes de concluir el cuadro, á nuestro punto de vista.

Á la parte exterior de la plaza hay multitud de aficionados, á quienes la pereza ó la falta de recursos metálicos les privó de alcanzar una localidad y juzgan y disputan del mérito de la corrida, por los aplausos que oyen desde su humilde observatorio. Ven sacar los toros y los caballos, y eso ménos tienen que preguntar luégo, y en sus semblantes se revela que el estar allí les aminora el pesar de no haber asistido al espectáculo.

Óyese de repente ruido en las escaleras interiores, presagio seguro de que ha terminado la fiesta, y pronto se llena el campo de gente, que como de ordinario sucede al final de todas las diversiones,

sale mustia y afligida; pero en las funciones de toros el disgusto no le produce el cansancio, sino que es por el contrario dolor de que no se hayan lidiado doce toros en vez de seis. Han sobrevenido mil circunstancias diversas, bastantes por sí solas á dar en tierra con esa diversion; pero nada, el público se ha hecho el desentendido y sigue asistiendo con igual constancia. En poco tiempo se ha suprimido el despejo de la plaza y el paseo; no hay sino dos picadores en plaza; los caballos ni lo parecen ni lo son; el capeo se ha olvidado, y si alguna vez se hace es para estropear la res; se matan pocos toros recibiendo, y otras mil faltas que equivalen á media corrida, y sin embargo, el pueblo toma lo que le dan con tal que sea en la plaza de toros.

De los extrangeros, que tanto se divierten con nuestra fiesta nacional, y despechados de no poderla tener en su pátria, nos llaman bárbaros, hubiera querido decir cuatro palabras; pero el lienzo se acaba.... estoy pintando yá en las orillas y no me es posible hacerlo. Si el editor de *La Semana* fuese tan amable, que quisiera tomar mi consejo, yo quedaria en parte satisfecho, y el público español vengado. Yo le ruego que adorne este artículo con algunos grabados, de esos con que los franceses se afanan por dar á conocer en su país las corridas de toros, y habré logrado mi objeto.

ANTONIO FLORES.

VISITA GENERAL Á LOS CEMENTERIOS

Yo, que al sentar plaza en la falange periodística me propuse chismorrear á menudo con mis lectores sobre las costumbres de los que leen, y de los que nó (inexorable con los segundos), pensé desde un principio dar alguna tregua á mi pluma, destinando un dia al año, por lo ménos, para divertimiento y solaz de mi poco solazado y nada divertido espíritu. Dia por dia he recorrido los 365 que en círculo vicioso siempre igual, monótono y contínuo han pasado más de una vez ante mi barba rubia, testigo ella misma, y unos por bromas de más y otros por chanzas de ménos, á todos los he dado salida sin permitirme la menor franqueza con ninguno de ellos. Cansado yá de semejante derecho electoral y persuadido de que cuando hay mucho en que ele-

gir siempre se queda uno con lo peor, me he decidido á meter mano en cántaro, y salga por donde saliere. Yo soy de tal condicion, y si no basta que yo lo diga será suficiente que los lectores me crean, que á todo me acomodo, y tanto me da pasar en una cueva un dia de Verano, como estar junto á una chimenea en el dia más frio del Invierno. Si todos pensasen como yo, nadie llevaria á mal que hoy fuese 1.° de Noviembre, ni les pesaria de haber sacado en suerte la única papeleta que huele á difuntos, de las 365 que estaban preparadas.

Cuando la muerte pide *plaza* en una familia, abriéndose paso por entre el cúmulo de esfuerzos impotentes que los parientes de la víctima (si no son herederos forzosos) oponen con frenética desesperacion á la guadaña, el luto y el llanto, no salen de aquel recinto; y excepto el médico y el boticario, que lamentan la poca duracion de la agonía, toda la caterva de gentes que hoy son lo que ayer fué el cadáver que amortajan, se entrega al desempeño de su oficio con la más estúpida alegría, oyendo indiferentes el fatídico clamor de las campanas, que anuncia el tránsito terrible y solemne de esta vida á la otra. El cura párroco cuenta la riqueza del difunto por el número de responsos, el sepulturero tasa su jornal por los adornos del ataud, el cerero atiende al número de convidados para saber las hachas que han de alumbrar el entierro, y los sastres gozan cuando son muchos los huérfanos que quedaron, porque muchas serán tambien las prendas de luto que necesiten. Pero la Iglesia ha querido corregir

esa indiferencia insultante, destinando un dia al año para la contemplacion universal, de ese trance universal y terrible que amagándonos á todos por igual y sin período fijo, apaga el último aliento de la vida humana, que encadena con la eternidad. La sociedad se ha mostrado satisfecha de semejante fiesta, y ha tenido toda la diablura necesaria para convertir en una romería, lo que más distante debiera estar de semejante sarcasmo.

La muchedumbre bullanguera que invade en ese dia la mansion de los muertos, léjos de comprender toda la realidad del frio silencio que allí reina, tiene la audacia suficiente para insultar en su retiro á los cadáveres que ayer vivieron con ellos, y los aplazan hoy para que duerman con ellos mañana. No cumple á nuestra intencion acompañar al pueblo de Madrid en esa romería, y abandonándole en su mal encubierto escepticismo, le dejarémos que beba y ria al visitar los sepulcros de los que ayer tomaron parte en sus festines. No creemos que la algazara estúpida de sus bacanales, turbe el silencio que reina hoy en nuestro aposento. La atmósfera que respiramos está contagiada con la fetidez del cementerio; el aire en que hoy vivimos es el que ayer circundaba la mansion eterna de los que no sienten yá esas necesidades de la vida. El doblar de las campanas nos envuelve en un paño mortuorio que cada vez va reduciendo más sus límites; pero tal es el dia que nos ha cabido en suerte, y no queremos sacudir su fatídico imperio, satisfaciendo placeres gastronómicos ante los únicos testigos de

las generaciones que pasaron, y buscando con insolente curiosidad los sepulcros de personas que no volverán á ser lo que una vez fueron.

El hombre, en su rápida peregrinacion por el mundo, no nos deja otra cosa al morir que un vasto cementerio; nosotros hemos creido que debíamos leer en él una vez al año, y el corazon, que gastado por los placeres no quiere amortajar tan pronto sus ilusiones, nos niega el valor para ello. ¿Para qué quiero aprender hoy, nos dice, lo que he de saber precisamente *mañana?*... Nosotros conocemos cuán terrible es la prueba, y en nuestro inexorable egoismo tratamos de ahogar los recuerdos cuando los epitafios van pasando por nuestra vista; siempre vemos en lontananza ese *mañana!* Pero ese acento metálico nos persigue, y todo nuestro orgullo es impotente para alejarnos de él. El velo funeral se va tornando cada vez más espeso; yá no podemos borrar los nombres que en él se dibujan; yá no vemos á través suyo la sociedad que vive; yá no tenemos delante otra cosa sino los cadáveres de la sociedad que pasó.

Pero el velo funeral se desvanece lentamente; las letras de oro y los sepulcros de mármol desaparecen con él; el aire, extraordinariamente enrarecido, nos comprime y nos hiela. La estancia se va llenando de figuras que nos cercan, brotando de nuestros piés; queremos huirlas y nos persiguen sin que las veamos. Al cabo de mil esfuerzos impotentes tendemos la mano para palparlas; no las sentimos y sin embargo las tememos. La imaginacion ha dado

con el secreto de los sentidos, y quiere avasallarlos; el alma está señalando al cuerpo el lugar que deben ocupar los esclavos. Sin atrevernos á dar un paso por el gabinete, cerramos los ojos para no ver esas figuras que creemos reconocer distintamente, y la imaginacion nos miente un mundo de fuego, cubierto de espectros pálidos. Estamos persuadidos de que aquellas sombras son las mismas que diariamente evocamos, y nos da miedo tenerlas á nuestra vista. Nos cubrimos los oidos, amedrentados al escuchar el crugir de los huesos, que acaso ayer por ostentar el lujo de los carruajes y la riqueza del mausoleo, trasladamos con toda pompa de un cementerio á otro. Queremos publicar nuestra debilidad buscando medio de huir tan horrible situacion, y movemos los lábios para pedir socorro; pero la palabra se hiela ántes de salir de la boca, y no nos queda mas recurso, sino sufrir los efectos de nuestra altanería, víctima de nuestra miserable existencia.

Ansiábamos con delirio leer una vez siquiera en el porvenir, y ántes de abrirse el libro, en que con los signos de las generaciones pasadas se grabó el destino de las venideras, nos quedamos mudos de terror, y hasta el valor de retroceder nos abandona. Falsas fueron las lágrimas que derramamos al separarnos de nuestros amigos en este mundo, cuando sus sombras nos intimidan, y borramos sus nombres de nuestra memoria, porque no turben nuestros placeres.

. . . . . .

Un solo dia hemos querido consagrar á la memo-

ria de los que emplearon toda su vida en acompañarnos y servirnos; y ese dia le hemos gastado en ultrajar sus nombres, leyendo los epitafios de su reducida mansion entre carcajadas estúpidas y placeres diabólicos.

Nada nos piden los muertos, tal vez porque nada esperan de nuestro egoismo; pero tienen un derecho muy sagrado para que esa visita de cementerios sea un tributo de justicia, y no un sarcasmo.

LAS FIESTAS DE NAVIDAD

Unos dicen, que todo ésto (lo que dirémos despues) consiste en que nadie se mantiene del aire, y otros lo explican por medio del instinto gastronómico, con algo de la teoría manducatoria; los primeros creen (y creen bien) que es necesario comer para vivir, los segundos dicen (y no dicen mal) que es necesario vivir para comer; pero ámbos pero grullos (plural que no le habia ocurrido á nadie) convienen conmigo, y yo con ellos, en que la única costumbre perpétua que se ha emancipado de la moda es la de comer, por lo cual repetimos á coro:

Comer, dormir y no pensar en nada
es tener la salud asegurada.

Por eso, á todos nos parece bien la saludable

costumbre de empezar á comer el dia 24 de Diciembre de cada año y mondarse los dientes el dia 7 de Enero del siguiente. Todo lo más que puede suceder es abrir la boca el dia de *Noche-buena* y cerrar los ojos el dia de *Reyes;* esto es tan lógico· como morir de un hartazgo, y más noble que fallecer de hambre, puesto que supone ménos miseria.

Merced á Gutemberg, y á otras várias personas y cosas, que no son del caso citar aquí, no hay cosa ni persona por insignificante que sea que no tenga seis palmos de tierra siquiera donde diga, *aquí nació, vivió y murió, etc.;* y aunque *las fiestas de Navidad* viven hoy dia, como han vivido siempre desde que nacieron, y por fortuna nada se barrunta de su muerte, aunque hay autores que la señalan en el *juicio final*, yo quiero ser hoy cantor, pintor, historiador ó cronista de esas fiestas; pues si de gustos no hay nada escrito, y hay gustos que merecen palos, este pide turron, no á boca llena, si no á boca mediada para mascarlo con más facilidad.

Ageno en un todo al charlatanismo parlamentario, no he querido tomar mi historia todo lo léjos que pudiera, y sólo diré algunas breves palabras sobre los preliminares y las vísperas de estas fiestas; advirtiendo que doy una *chicharra* de á cuarto al que me señale una innovacion siquiera de un año para otro; multando en un *pavito cebon* al que me advierta algun olvido de los que por ignorancia pueda cometer mi pluma; estando satisfecho el interesado de que, sin escrúpulo, me lo comería á su salud.

El último dia del «dichoso mes, que empieza con los Santos, media con san Eugenio y acaba con san Andrés,» es el primero que anuncia la llegada de la Navidad. Los muchachos recorren desde ese dia las calles de Madrid zurrando los tambores, con un toque particular, que á saber yo música no dejaria de escribirlo á continuacion; pero la necesidad carece de ley, y aquí lo que nos importa saber es el motivo del toque y las consecuencias de la tamborilada. La inauguracion de estas fiestas, por medio de los muchachos y los tambores, tiene para los primeros el trágico percance de las pedradas que se regalan entre sí las bandas de tamborileros. Los partidos no se dividen en progresistas ni exaltados, sino en *Maravilleros y Barquillistas*, ó en *Francisquistas*, (sin alusion política) y *Gilimoneros;* la honda suele ir atada por bandolera, y apénas se avistan las cuadrillas (siempre en paraje donde haya piedras de media libra) se empieza la pedrea, con notable perjuicio del vecindario pacífico y de la tropa que acude á separarlos; pero unos y otros pueden ponerse en guardia en el momento que oigan cantar los siguientes carteles de desafío:

—Si no me habeis conocido
en el pico del sombrero,
soy del barrio del Barquillo
traigo bandera de fuego.

—Aquí están las Maravillas
con deseos de reñir;
ménos lengua y más pedradas
señores del Barquillí.

Á los del Barquillo no les incomoda la novedad del asonante; pero no pueden sufrir el sarcasmo de la *señoría* y dan principio á la refriega que concluye con algunas desgracias de una y otra parte, siendo de este número las descalabraduras de los guerreros y las contusiones de las cajas, precursoras del nacimiento de Dios. El botin suele ser de los alguaciles, que impermeables á todo, llegan á prender algun chico, cuyo padre les da, por via de aguinaldo, el dinero que ellos piden por conmutar la pena de cárcel, con la de un consejo, para que reincidan. Y mientras anda esa marimorena por las calles de Madrid, están en sus casas las santurronas haciendo penitencia para prepararse á la funcion gastronómica de la Noche-buena. Consisten estos actos piadosos en una cuarentena de Ave-marías con igual número de jaculatorias, que rezan todas las noches desde el 30 de Noviembre al 24 del mes siguiente; siendo condicion precisa del autor que se recen al anochecer.

Pero nada de esto hubiese sido suficiente para señalar el dia de san Andrés como el primero precursor de estas fiestas; hay una razon más poderosa que de modo alguno puede pasar desapercibida y es la que nos ha movido á tomar nuestras observaciones de ese dia. Y es el caso que, aunque los políticos lo tengan por una heregía, el dia 30 de Noviembre se da la convocatoria para las cortes ordinarias, que se han de reunir precisamente en la plaza mayor el dia 24 de Diciembre; si bien es cierto que se permite á ciertos diputados celebrar juntas preparatorias

desde el dia de la Purísima Concepcion. Y no hay que decir, señores liberales, sino que Vds. han parodiado estas representaciones nacionales, porque ellas tenian lugar en tiempo del gobierno absoluto, y ni jamás han cambiado de local, ni los de la derecha se han ido á la izquierda, ni el centro ha sido ocupado por otros señores que por los diputados de *Pavía;* de cuya fraccion se suele formar el ministerio responsable. Todas las provincias de España se apresuran á mandar sus representantes, y la comision de actas ejecutiva y permanente establecida en la aduana, aprueba en general todos los poderes, hasta los de regalo inclusive, sin discusiones ni peroratas: «tanto más cuanto, pague V. los derechos y el quebranto.» Todos los diputados, como es de suponer, no son á gusto del pueblo; pero unos más y otros ménos todos tienen sus partidarios; los hay que en lenguaje parlamentario podrian pasar por tribunos elocuentes, tales como el *mazapan* que viene por Toledo, el *turron* que representa á Jijona, la *mantequilla,* diputado electo por Soria, y otros vários señores de no ménos nombradía que los citados. Madrid se suele contentar con adulterarlos todos; pero yá sabe todo el mundo lo que significa la muestra de mazapan *al estilo de Toledo,* roscones *por un fabricante de Zaragoza....* etc., y se desprecian esas intrigas; sin que esto sea decir que no haya muchas víctimas de ellas. Los diputados hacen mil protestas de incorruptibles, pero quiá!... lo mismo es entrar en Madrid que si cayeran en un pozo. El que no puede aspirar al estómago de algun usía,

halla colocacion en el cuerpo de una manola, ó en forma de solicitud, favorece la causa de algun pretendiente desesperado; lo cierto es que todos hallan acomodo, sin responsabilidad. La responsabilidad verdadera es para los ministros de esas fiestas, los pavos. Oh! para ellos no hay cuartel ni bromas de *mentirijillas;* los que escapan de la guillotina, llevan garrote entre los dedos de alguna vieja cocinera; y el que no sufre tres horas de tormento en un asador, es descuartizado y expuesto al apetito público en pepitoria.

Pero no es tiempo aún de que nos detengamos en las secciones del mazapan ni en las del tamboril y pandereta; dia vendrá, y acaso esté próximo, en que nos instalemos enmedio de la plaza mayor, y entónces seguirémos, muy de cerca, todos los actos de esa representacion nacional. Miéntras llegamos con nuestra relacion al célebre dia 24 de Diciembre, nos permitirá el lector que vayamos poniendo el nacimiento, para no vernos ese dia en el grave trance de no tener donde cantar unos villancicos, ó donde poder decir á lo ménos:

«Tengo de echar una copla
por encima del nacimiento
para que Dios dé salud
á todos los que nos estamos divirtiendo.»

Verdad es que este último verso, sigue su marcha por cualquier camino de herradura; en el portazgo le quitarán las sílabas que le sobran; pero

eso no hace al caso, y aquí lo que importa saber es que las costumbres de esta quincena son iguales en todas las clases de la sociedad. Las fiestas de Navidad, señores, y esto (estilo parlamentario) importa mucho que se tenga presente, no son clásicas ni románticas.... son fiestas de Navidad. Basta ser padre de familias, para comprar rabeles y pastores de barro; basta ser español para no perdonar el besugo de Noche-buena ni el pavo de Pascua á despecho de la cesantía y la miseria (aviso al Diccionario de Sinónimos). Nosotros, sin embargo, queremos hallar un buen modelo de castellano viejo para que no falte nada á la verdad histórica, y nadie mejor que D. Bruno hará de maestro de ceremonias en estas solemnidades.

D. Bruno se casó con doña Juana.... y.... (adelante); tiene cuatro hijos, dos varones y dos hembras; y el mayor cumplirá 12 años ántes de entrar en los 13, y el más pequeño tendrá 5 muy pronto. Yo soy amigo antiguo de la casa, por razones que no son del caso, y llego de visita el dia de san Andrés en el momento mismo que D. Bruno disfrutaria el más feliz de su vida si todos los años desde que tiene hijos, no lo hubiesen rodeado el mismo dia para pedirle á voz en grito la colocacion del nacimiento. Los cincuenta años, bien cumplidos, de mi amigo, no le dan toda la reserva necesaria, para ocultar toda la alegría pastoril que asoma á su rostro y que de seguro le rebosa en el corazon. Niégase al principio, para dar más importancia al asunto; sofoca (así debo decirlo en honor de la

verdad) su afan por entonar un villancico, coge las llaves de la boardilla, desaparece seguido por los muchachos y vuelve al poco rato, con una cosa indefinible, compuesta de cañas y papel pintado. Lo que trae Don Bruno, es el *peñasco* que sirvió el año pasado; pero los ratones lo han destruido todo y es indispensable hacer uno nuevo. A bien que no es el primero que hace mi amigo, y en cuanto á la precision histórico-geognóstico-tipográfica, tiene él un plano de la tierra Santa que le trajo el guardian de Jerusalen que yá!... La primer providencia es embargar todas las mesas viejas y tablas de cama que se encuentren, aunque estén en activo servicio, para hacer el tablado; la segunda practicar la misma diligencia con todas las cañas de escoba existentes en la cocina; la tercera elegir una gran fachada donde colocar el peñasco, y la cuarta comprar todos los útiles necesarios al efecto, consignados en la siguiente fórmula: *cuatro manos de papel de Aragon; cuatro cuartos de cola; dos libras de harina; dos onzas de serrin de corcho; un cuarteron de vidrio molido, y cuatro cuartos de cada uno de los colores siguientes: almazarron, ocre, cardenillo y polvos de imprenta.*

Con esta receta llega D. Bruno á la droguería, y le dice el droguero:—Hola! este año es menor el nacimiento!—Por qué? pregunta mi amigo.--Porque lleva V. ménos papel que el año pasado. Este breve diálogo, que da una idea de la memoria del droguero, prueba bien la constancia de D. Bruno, parroquiano muy antiguo, aunque sólo haga gasto en el mes de Diciembre. Torna de nuevo á su casa; pero no pone

manos á la obra porque le estará esperando la oficina, y el peñasco se puede hacer á ratos perdidos. El hijo mayor de D. Bruno es el encargado de componer las figuras de barro que sirvieron los años anteriores y que se encuentran bastante mutiladas, porque los mozos de cordel que llevaron las esteras á la boardilla, tropezaron más de una vez con el cajon, donde se guardaban los muñecos. Pero el muchacho es hijo de su padre, y conforme ván saliendo cojas ó mancas las figuras las va curando; y administra en esta operacion una justicia tan seca, que si á un rey mago, le pone un brazo de arriero, al pastor de ganados le coloca una testa coronada y punto concluido.

Y aquí dejamos nosotros en paz á la familia de D. Bruno, sin perjuicio de volver á su casa, cuando nos cumpla, ocupándonos ahora, con toda la ligereza posible, de todos los incidentes que ocurran precursores de la célebre Noche-buena.

II

El *aguinaldo* es la palabra dominante de la situacion, y el punto principal de la quincena; no hay persona en Madrid que no esté obligado á darle porque todos pueden recibirle de ese modo. Las monjas abren la marcha en este asunto, y desde el dia 9 de Diciembre empiezan los mandaderos

de los conventos á cambiar cestos de bizcochos y bandejas de acericos por tareas de chocolate y jamones de Candelario. Siempre se ha dicho, «bizcocho de monja fanega de trigo» y así sucede en esta ocasion. Siguen á las esposas del Señor los cocineros de Galeno, y en esos dias se pueden recibir impunemente las botellas que vienen de la botica, seguros de que si vienen llenas de *noyó* ó de rosoli de *café*, lo más que puede suceder (y esto es más que probable), es notar cierto gustillo picante que nada significa y que el boticario no pudo remediar; pues por más que hizo, para lavar el filtro de la tintura de cantárida, ántes de clarificar el noyó, no logró su objeto. Cuando esas botellas van á casa de algun médico suele acompañarlas uno ó dos pavitos cebones segun el valor de las recetas que puso el médico en todo el año. Los aguinaldos de las provincias suelen ser muy costosos para el que los recibe, porque además de haber dado curso á veinte ó treinta solicitudes que el provinciano mandó á Madrid, y satisfecho el importe de otros tantos comunicados que le ocurrió remitir, sin franqueo, para todos los periódicos de la capital, hay que pagar el porte, la puerta, la aduana y la conduccion del aguinaldo, hasta la casa del obsequiado, que concluye por hallar dos libras de papel picado, y dos docenas de bizcochos, que si no llegan rotos, es porque cuando los tomó el ordinario estaban tan duros, como cuando se reciben ó poco ménos. Estos regalos se anuncian con un mes de anticipacion, y cuestan al infeliz que los espera

veinte viajes á la posada y otros tantos á la aduana; con más el correo que suele ser la parte más lastimosa; seis cartas es lo regular: una en que se consulta el gusto del obsequiado; otra diciendo que se han mandado hacer los bollos; otra anunciando que saldrán del pueblo á la primer ocasion; otra avisando que salieron el dia tantos; otra que llegarán á Madrid el cuantos y otra deseando que se les diga si gustó el regalo. Pero los pueblos de la provincia son más perjudiciales con sus aguinaldos que todo esto; porque de pagar seis cartas, á mantener diez dias al lugareño que trae (de regalo) dos gallinas enfermas y una cestita de bollos, de aceité por añadidura, lo primero es mucho más económico y ménos molesto; sin perjuicio de devolverle la cesta llena de dulces finos y turrones, quedándole agradecido, por el *item más*. Los maestros de escuela toman con anticipacion las avenidas, para reunir el dia primero de Pascua, á más tardar, tantos pavos como discípulos, y tantas botellas de vinos generosos como dos veces aquellos. Para la víspera de Noche-buena se aplaza el reparto de premios, y los chicos, sin diferencia de holgazanes ni aplicados, reciben tantos *vales*, como el maestro cree suficientes para ablandar el corazon de las familias. Hay personas que tienen muy desarrollado el órgano de la generosidad, y á esos les basta con uno; pero los hay tan empedernidos que necesitan seis ó siete premios por cada cosa de las que aprende el muchacho; y hay muchos padres de familia, que por tener muy grande la protuberancia del *tacañisísimo*,

se hacen los sordos á toda clase de insinuacion. Estos no suelen dar *fiasco* al profesor; ántes por el contrario, le sirven para probar la imparcialidad de su enseñanza á la faz de sus subordinados; él tiene necesidad de dejar sin premio á tres ó cuatro chicos por lo ménos, y en ese caso son sus víctimas los hijos de aquellos padres, de quienes cualquier maravillera frenóloga diria: *quiá! só tumbon.... tie usté cara de poca pringue.*

Nosotros dejarémos, por ahora, los aguinaldos prematuros, para ocuparnos del célebre dia de Noche-buena, asistiendo un rato al congreso de la plaza mayor, no sin ofrecer el brazo á la mujer de D. Bruno, en cuya casa nos volvemos á instalar, para ver en qué consiste la agitacion que reina en ella.

III

Doña Juana va y viene á la cocina para ver si han venido yá las verduras de las monjas, el rosolí del boticario, los vinos del ultramarino, la azúcar y la canela del lonjista, los pavos que la regala todos los años su suegro y las batatas de su prima la malagueña; su esposo, D. Bruno, la dice que vaya con la criada á comprarlo todo, cuidando que no la vendan pava por pavo, que es á lo que se reduce en ese dia el gato por liebre; pero doña Juana,

explica su morosidad en las siguientes justísimas reflexiones:—«Calla, hombre, yo bien sé lo que me hago; quieres tú que vaya á gastar el dinero en cosas que luego me han de regalar! ¿por qué crees tú que yo sigo sacando el chocolate de la esquina apesar de haberse maleado de poco tiempo á esta parte? ¿No sabes que hoy dan los lonjistas á todos los parroquianos una libra de azúcar y dos cuartos de canela para que se haga en su nombre la sopa de almendra? Pierde cuidado, añade, que yo estoy en todo. El año pasado compré un pavo, y luego me hallé con el que me trajo tu suegro.» Y esto que á primera vista parece una alusion personal horrible, no lo es tal, sino que doña Juana sabe al dedillo los regalos que ha de recibir, ó mejor dicho, las cosas que ha de cambiar; porque el aire, como ella dice, quiere correspondencia y donde las dan las toman.

Doña Juana sale por fin de su casa y, como señora de pundonor, no quiere dar el brazo á ningun hombre que no sea su marido, por lo que nos vemos obligados á seguirla de léjos, aunque siempre á distancia de poder escuchar los apartes que tiene consigo misma, miéntras la acosan por todos lados los vendedores que invaden la plaza mayor.—«La ensalada de ápio con granada es indispensable,» dice para sí, al preguntar si son de Múrcia legítimas las que tiene delante; «el *cascajo*, para los chicos, no tiene escape,» añade, comprando tres celemines de bellotas, uno de nueces, dos de castañas, y medio de piñones. Á todo esto los mozos de la

esportilla la gritan para que los ocupe en algo, miéntras la desocupan la bolsa de todo cuanto permite su sagacidad, que no es poco; porque el mocito que no hace allí méritos activos para ir á la cárcel, es porque tiene carta blanca para dormir *bajo el Ángel* cuando quiera. Mi buena señora, llena de turrones la cesta de la criada, ocupa tambien dos esportillos de besugos, gallinas, frutas y cascajo, y ella se carga tambien (si se pudiera decir, como un burro!) de rabeles, zambombas, panderetas, chicharras y tambores, y entra en su casa saltando y brincando como una loca, porque á proporcion que va pasando el dia 24 se va acercando la hora del nacimiento del Niño de Dios. Pero de pronto, y cuando más alegre se dirigia á la cocina, se pone pálida, tiembla, se santigua y dice: «perdonadme, Señor; cuando la iglesia manda que hoy sea dia de ayuno y previene que no se coman carnes, sus motivos tendrá para ello;» y luégo llama *heresiarcha* (como femenino de hereje) á la criada, porque la dice que en ese dia se dispensa todo y en todas partes se hace colacion con besugo; que quien dijo Noche-buena, dijo besugo; que ni pobre ni rico deja de comer cuanto quiere esa noche, que por eso la llaman *colacion romana*, y que á eso solo le falta lo de *católica apostólica*, que se dispensa *entre gentes de buena conciencia*. A todo esto viene D. Bruno cargado de musgo y ramas, regañando al niño pequeño porque ha roto el rey negro que le acababa de comprar, y su mujer dice que en esos dias no se riñe, y el chico cree que

su madre tiene razon, y ella le dá unas monedas de oro para que compre otro juego de reyes, y D. Bruno conoce por el busto y el color el oro mismo que tenia escondido en el bufete, y sin embargo no se incomoda; y dan las seis de la tarde, y nosotros dejamos á D. Bruno en paz, para que encienda su nacimiento y convide á los vecinos; pues aunque vista su casa están vistas casi todas las de Madrid en ese dia, bueno es respirar un rato al aire libre, para que no se escape nada de lo que ocurra en la calle. El programa de la funcion es el siguiente:

1.° Repique general de almireces, como si machacasen almendras. 2.° Bandas de chicos zurrando tambores, raspando rabeles y desgarrando oidos, si éstos no tienen la prudencia de hacerse los distraidos, cosa indispensable en esos casos. 3.° Murgas (1) de ciegos cantando villancicos á las puertas de todas las tiendas, con preferencia de los despachos de vino, que en esos dias se llaman tabernas, á despecho de los nécios innovadores, que pululan en este siglo de la ilustracion y de los establecimientos de obra prima. 4.° Borrachera completa de todos los pobres, y embriaguez de todos los ricos. Concluyendo la funcion con un sueño profundo, del cual no despiertan algunos.

La estadística de Madrid no se puede apreciar ese dia por el número de vecinos; es preciso tomarla por el de habitantes; porque desde que anochece

(1) Han dado en usar esa voz, para designar las músicas ambulantes y yo no quiero faltar por mi parte á la aclimatacion de una palabra que no sé lo que significa.

el dia 24 hasta que vuelve á ponerse el sol el 25, quedan desalquiladas dos terceras partes de la poblacion; ni cómo habia de ser de otro modo cuando la cena que no baja de veinte cubiertos pasa de treinta y ocho! La colacion de Noche-buena se verifica por genealogías, y hay tantas mesas como apellidos, ó pocas ménos, que á veces tambien suelen reunirse por vecindades; sin que por eso se reconcilíen las suegras con los yernos, ni los cuñados entre sí. La amalgama de esa noche es una tregua de hostilidades y despues de cenar todos juntos un besugo, pueden romper de nuevo la guerra sin volverse á saludar siquiera. El ruido es una cosa necesaria para la felicidad de la Noche-buena, y nadie extraña que cuando la zapatera del patio golpea frenética la pandereta, repiquen en la calle los almireces, y zurren los muchachos del piso segundo los tambores que para eso precisamente los compró su padre. La física y la música dirán lo que quieran al definir el sonido, pero lo cierto es que cuando las vibraciones se chocan entre sí, nada hiere al tímpano del oido y sólo resulta una atmósfera de alboroto, donde no hay ecos posibles, pero que, sin embargo, guarda un equilibrio perfecto.

La *misa del gallo*, considerada en su parte religiosa, es la única misa que se celebra á las doce de la noche, y está dicho todo. Hubo un tiempo en que fué moda asistir á ella; pero afortunadamente ha cesado aquel furor, que de todo tenía ménos de religioso, y que era causa de muchas irreverencias, ajenas de un pueblo católico con ínsulas de culto; y

yo siento tanto más esos efectos de las revoluciones cuanto que me pone de mal humor pensar en ellos; y mal humor en tiempo de Navidad es como la risa en Viérnes santo. Aparto, pues, mi vista de esas dolorosísimas escenas, y sin parar mientes en los que pasan la noche alborotando por esas calles hasta quedar dormidos tras una esquina, bajo la atmósfera benéfica de 6 grados bajo cero, tomo el benéfico y saludable camino de la cama, ínterin me repongo un poco, para poder continuar mi trabajosa tarea. No es culpa mia el haberla emprendido, ni es delito de mis lectores el acompañarme en ella; es crímen de los madrileños el hacer tantas diabluras gastronómicas para celebrar el nacimiento de nuestro Padre Jesús.

IV.

Que quien dijo besugo, dijo Noche-buena.....
Palabras de la criada de doña Juana á su ama.—
SESION DE LA COCINA, ETC.

Decia, cachazudísimos lectores, que si el besugo y la sopa de almendra son los representantes legítimos de la Noche-buena, el pavo y el billete de la comedia lo son asimismo del primer dia de Pascua; y añado, que si en todas las casas de Madrid veis alojar un pavo con asistentes ó sin ellos, en la víspera de Navidad, estad seguros que serán pasados á cuchillo sin compasion el primer dia de Pascua;

¡tal están en esos dias las leyes de la hospitalidad! Tal es la suerte que se ofrece á los indivíduos de pavía (sin alusiones) que en numerosísimos regimientos y bajo la disciplina del fresno, patrullan á todas horas en los dias de Diciembre por las calles de la capital. Es indispensable que las personas que asistan á una boda se hallen en la tornaboda; y es asimismo de rigor, que los que comen juntos de un mismo besugo, no coman separados de un mismo pavo. Mi amigo D. Lúcas (y no diréis que os enseño las costumbres Madrid por un mismo cristal), mi amigo D. Lúcas es padre de una numerosa familia, y tiene la desgracia de que le llamen tirano porque la suerte le ha favorecido con dos hijas, de algo más de 15 años la una y poco ménos de 20 la otra; ámbas bonitas como rosas.... de Alejandría (que son las flores que á mí más me gustan). Pero él se ha convencido (Dios sabe si por economía tal vez) de que el trato enjendra cariño, el cariño franqueza y ésta fastidio, y no quiere que sus hijas se familiaricen con las diversiones. Llévalas al teatro dos veces al año por la tarde; una en Carnaval y otra por Navidad. No le falta un amigo á quien encargar con anticipacion un palco segundo del número 5, ni dinero para alquilar un coche simon, que á las tres y media en punto se halle á la puerta de su casa, para conducir al teatro las nueve, y su mercé diez, personas que se reunieron á comer el consabido pavo. Suele hallarse entre esa gente algun mocito con melenas, de esos que el vulgo llama *románticos*, y éste seguramente es la víctima del convite; porque

teniendo de elegante, el pelo largo lo ménos, con facilidad se engríe hasta el punto de no querer subir con su padre al coche porque parece feo que vayan diez personas en un mismo carruaje; dando lugar á que D. Lúcas diga que para eso lo paga y á que el lacayo proteste contra la infame violacion de las leyes de alquiler. Pero allí no sirven protestas, y una vez empaquetados en el coche las diez personas, más una cesta con empanadas y bollos, que es la *media luna* del romántico, llegan al teatro media hora ántes de empezarse la funcion, y poco les costaria ocupar el palco de cinco en fondo si mi amigo no hubiese dicho á dos ó tres amigos que fuesen á su palco número 5, sin etiqueta; con lo cual es preciso estrechar las distancias y ver cada cual qué postura es la mejor para pasar tres horas y media, porque del modo que están es imposible otra cosa. Sin embargo, el palco de D. Lúcas no llama la atencion; porque todos están lo mismo; todos son cuadros de ánimas. Lo cierto es, que mi amigo rie como un ganso y asegura que la dama jóven (el primer galan vestido de hombre) es lo mejor que ha visto en su vida. Los chicos rien igualmente; meriendan con franqueza en un entreacto, y D. Lúcas, que llegó á tiempo de ver encender la lucerna, saca todo el jugo posible á los 49 rs. y 8 mrs. viendo salir desde el palco toda la gente que asistió á la representacion. El dia segundo de Pascua dá una peseta y dos cuartos al criado para un asiento de pátio; y hace lo mismo con la doncella, porque todos son hijos de Dios, dice él, y yo no lo dudo; suele

tambien hacer el arrojo de lanzarse en la plazuela de Navalon á ver *las figuras de movimiento* y *las pruchinelas;* cosa que aunque el asendereado lector lo lleve á mal no puede pasar sin una digresioncilla á su favor.

Desde tiempo inmemorial han existido en Madrid várias casas que, deshabitadas en los diez meses del año, sólo tienen inquilinos en las de Diciembre y Enero; y una de ellas precisamente es la señalada con el número 1 en la plazuela de Navalon. Los cartelones que hay á la puerta y el enorme farol de trasparente, anuncian en letras gordas: EL NACIMIENTO DEL NIÑO DE DIOS, EL POSADERO Y EL CANDIL, LOS CELOS DE SAN JOSÉ, LA HUIDA DE EGIPTO (la preposicion DE vale mucho) y LA DEGOLLACION DE LOS INOCENTES; todo se enseña por dos reales de entrada y uno de luneta principal. Por ese dinero se vé á san José trabajando con sierras inglesas de última moda, á Herodes con un gorro griego que da gozo, á los pastores con sombreros calañeses y botines jerezanos, al recien nacido con pañales de bayeta fina, al ventero con un candil manchego y un gorro catalan que asombra, á los reyes magos con espolines de cangrejo, y todos hablan en español; y aquello tiene una propiedad histórica admirable; y cantan villancicos con violines, y á veces cruza el portal de Belen una ciega vendiendo la hoja volante; y si los pruchinelas se equivocan, ó se rompe alguna figura, llama el director de escena al órden con una desvergüenza castellana que yá!

Pero basta de digresion, y démos por terminada

la Pascua para llegar al *dia de Inocentes* y advertir á todo cristiano que cierre bien su bolsillo, ó mejor aún, su intencion para no prestar dinero á nadie, pues tanto como dé tanto pierde. Empieza la broma (que llaman) al amanecer, por pedir los vendedores de las plazuelas un duro prestado al gallego recien venido, que si tuviera tanto de garboso como de simple caeria en el lazo, y concluye por hacerse lo mismo en las tertulias de la clase media (en más ó ménos cantidad; porque eso es yá objeto de especulacion). Creen que es una chanza esa tontería de mal tonto..... y pasa, como tantas otras simplezas que se cometen diariamente. Todo eso pertenece al *Gloria in excelsis* de los profanos, y no hay sino esperar á ver cuándo se rien los demás para no caer en falta: como hizo aquella señorita de aldea que no habia tomado nunca sorbete y esperó á que los demás empezasen porque no sabía qué hacer con la pirámide ni con la cucharilla.

V.

Ahora yá hemos meditado sériamente en la plaga que hemos arrojado sobre el lector llevando este artículo hasta el infinito, y mudamos de resolucion abreviando todo lo posible la crónica de los aguinaldos. Hoy es 31 de Diciembre, último dia del año y víspera de *año nuevo*, y nada tiene de particular nuestro propósito: «año nuevo, vida nueva.» Esta noche nos

reunimos en casa de mi vecino don Cosme *á echar los años*; (que no abran el ojo las viejas del cormillo retorcido, porque esa frase no quiere decir nada; lo pasao pasao y cada uno se queda con los años que tiene). Yo siento que este artículo llegue yá tarde á poder de Vds., porque quisiera presentarlos en casa de mi vecino para que vieran la operacion; pero puesto que no es fácil, yo les noticiaré lo ocurrido, que á la letra copio; y dice así: Don Cosme tiene hijas é hijos de todos tamaños; esposa, suegros y mucha gente; su casa parece un arca de Noé. En el momento de que hablo á Vds., están todos ellos en derredor de una mesa con bayeta verde, ocupados en escribir los unos, en cortar papel las otras, y en reirse todos; pero con aquella risa contenida, como de boca que espera cosas más solemnes para soltar la carcajada: risa de vísperas que llamamos *fra noi*. Anímanles en la operacion las voces de las gentes que gritan en las calles: *Motes nuevos para damas y galanes; targetas finas*. Ellos acaban de comprar aquellos papelitos en la esquina de la plazuela: cuatro cuartos multiplicados por el número de pliegos que compran es el dinero que se pega, por ahora, á los novios de las muchachas, que son los *paganos* en esas fiestas cristianas. Distribúyense las papeletas en cuatro bolsas distintas: dos para cada sexo; encárganse de hacer el sorteo las muchachas, intrigan los galanes mal avenidos con su bolsillo para *salir del año* con sus respectivas damas, y éstas, que nada pierden en el suicidio de aquellos, otorgan el favor escondiendo la targeta del novio en la manga del vestido hasta

que conviene darla á luz. Don Cosme es muy *bromoso* y hace trampas de otro género, reducidas á poner en unas targetas *el caballo de bronce, el leon del Retiro, la Mariblanca de la Puerta del Sol,* que vive hoy dia en la plazuela de las Descalzas, y la *Pantera;* quita tambien algunas targetas de la bolsa masculina (entre ellas la suya) para que resulten *viudas* algunas señoras; rie cuando estalla alguna de sus bromas, y, segun él dice, se divierte mucho. Cada nombre sale acompañado de un impreso en forma de verso, con más sandeces que líneas y más disparates que letras; resultando de todo que al dia siguiente, si no se halla allí el agraciado, le dicen las señoras:—Sabe Vd. que soy su año! Y si el interpelado calla ó dice: «sea enhorabuena,» se entabla conversacion sobre caprichos y deseos; diciendo, al mismo tiempo, que don Fulano tomó tan á pecho la tontería de los años, que el anterior habia regalado al suyo un abanico de 500 reales y un cartucho de dulces. Esta misma operacion se repite el dia 5 de Enero, víspera de los Santos Reyes, con el nombre de *estrechos,* con cuyo motivo propongo á los poetas festivos la siguiente letrilla:

Amiguito, á lo hecho pecho,
no ha habido trampa ni engaño;
cayó Vd. conmigo de año
y con mi mamá de estrecho.

Pero la *Noche-buena de Reyes,* que dicen los avaros de Noche-buena al dia 5 de Enero, tiene

una cosa sobrado particular, para dejarla pasar desapercibida; prima hermana, ó hermana legítima de la inocentada que Vds. saben yá, carísimos lectores. Y ruégoles por Dios, tengan paciencia, no se diga nunca que por líneas más ó ménos no quieren venir conmigo *á esperar los Reyes*. A mí no me importa que Vds. sean liberales ni republicanos, con tal que sean capaces de engañar al criado de su casa para que se ponga un ruedo detrás y otro delante, dejando á mi cuidado el resto de la operacion; yo le cargaré de cencerros, le tiznaré la cara, le echaré á cuestas una escalera y le diré que vienen este año por la puerta de Alcalá. Si se encuentra ese mozo cándido y otros vários, que á trueque de aforrarse bien de vino, sean capaces de llevar los hachones, yá está la cosa hecha. Aunque oigan Vds. dar vivas á la libertad; aunque les digan que tenemos gobierno representativo, digan Vds. que no es verdad; ríanse Vds. de todo y créanme á mí: el pueblo de Madrid va todos los años *á esperar los Reyes* (en plural como género de reemplazo) y por más que pasa un año y otro sin encontrarlos, no desmaya.

Con los cencerros que impávido
arrastra en alegre estrépito,
manifiesta que impertérrito
será de cadenas ávido.

Yo de mí sé decir que habiéndome dicho una señora el año pasado:

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA

—Parece que suenan bueyes
y me asustan los hocicos,
la dije: serán los chicos
que ván á esperar los Reyes.

Voy, pues, á concluir este artículo, dando primero las Pascuas á D. Cosme, y suplicándole me lleve en su compañía cuando vaya *á dar pascuas* por esas calles. D. Cosme está despachando un largo correo; pero de una manera muy original; todas las cartas son iguales, y, sin embargo, se dirijen á diferentes sugetos. Verdad es que ahora están cerrados los tribunales, las oficinas y los despachos particulares y no hay otro asunto de que tratar; mi amigo trae entre manos el correo de las Pascuas; todas sus cartas se reducen á decir: *Celebraré haya V. tenido felices Pascuas, entradas y salidas de año.* Esta fórmula le sirve tambien para las visitas de Navidad; teniendo cuidado de ir el primer dia de Pascua á los conventos de monjas y casas particulares, el dia de año nuevo á la grandeza y el dia de Reyes á los militares; esta division es indispensable; sin ella nada valdria el ceremonial. En cuanto á las propinas, sólo dirémos lo siguiente: llaman á la puerta, á las seis de la mañana: el aguador felicita á V. las Pascuas—á las siete los serenos del barrio id.—á las siete y media «el repartidor del diario, pide el aguinaldo en verso,» y hace bien de decirlo así, porque no se conoce;—á las ocho el cartero felicita á V. las pascuas—á las nueve el hombre que trajo por el Verano la leche de burras

para el señorito, felicita á V. las Pascuas;—á las nueve y media los serenos del barrio diciendo que los que vinieron ántes eran *apócrifos*.... Y si á las diez no se sale V. de su casa, para echar unas monedas en el cestillo del peluquero ó en la bandeja del café, concluye por mantener la borrachera á los que le importunan, y gastar en un dia lo que ahorró en un año.

Cuán económico es salir de Madrid el dia 24 de Diciembre y volver el de 7 Enero! Yo digo á Vds. la verdad; este año *tarde piache;* pero no seré más víctima propiciatoria de esas funciones, aunque no vuelva á escribir en toda mi vida otro artículo tan largo como este, que ya, por fin, termina en esta palabra.

ÍNDICE

PÁG.S

Prólogo. IX

Un año en Madrid.

Enero. 1

Febrero 17

Marzo. 34

Abril 49

Mayo. 63

Junio. 81

Julio 97

Agosto. 112

Setiembre. 127

Octubre 144

Noviembre 157

Diciembre. 167

Los panecillos de San Anton. 183

El Carnaval de Madrid. 191

Todo Madrid en San Isidro 211

Las Verbenas. 227

Un dia de toros en Madrid 237

Visita general á los Cementerios. . . . 249

Las fiestas de Navidad. 255

2.800

- AN
- SEU
- S.XIX
- LES

Francisco Alvarez y C.ª, Editores

OBRAS PUBLICADAS Y EN VENTA

	Rvn.
El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes Saavedra, edicion microscópica. Un tomo en 16.º de 756 pgs.	30
Doloras y Cantares, por don Ramon de Campoamor, 15.ª edicion aumentada con 30 Doloras nuevas. Un tomo en 8.º de 576 págs. con el retrato y el autógrafo del autor.	28
Nuevos Poemas y Doloras, por D. Ramon de Campoamor. Un tomo en 8.º . .	16
El Final de Norma, 4.ª edicion, novela de D. Pedro A. de Alarcon. Un tomo en 8.º	12
Un Retrato de Mujer, por don José Selgas. Un tomo en 8.º	10
El Mundo Invisible, por don José Selgas. Un tomo en 8.º con 100 págs.	16
Hechos y Dichos, por D. José Selgas. Un tomo en 8.º. .	12
Noches en Vela, poesías de D. Eusebio Blasco. Un tomo en 8.º.	6
Lecciones sobre Electricidad, por Tyndall. Un tomo en 8.º acompañado de un álbum de láminas. . . .	12
Pequeños Poemas, por don Luis Montoto. Un tomo en 8.º	8
Tipos y Costumbres Españolas, por D. Antonio Flores. Un tomo en 8.º. . . .	12
Los Restos de Cristóbal Colon. Un tomo en 8.º. . .	4
Fruta verde, por D. Manuel del Palacio, un tomo en 8.º.	12
Granos de Arena, poesías de D. Luis Montoto. Un tomo en 8.º.	10
Melancolía, cantares por don Luis Montoto. Un t. en 8.º.	4
Basilis, novela por Eusebio Blasco.	6
Ayer, por D. Antonio Flores. Dos tomos, á.	12
El Salterio, por D. José Ortega Munilla. Un tomo en 8.º	12
Lucio Trellez, 2.ª edicion por J. Ortega Munilla. . .	8
Viñetas del Sardinero, cuentos y relaciones por J. Ortega Munilla.	10
La Cigarra, por J. Ortega Munilla	10
Don Juan Solo, por el mismo.	8
Sor Lucila, por el mismo. .	8
Disertaciones y Juicios Literarios, por D. Juan Valera.	24
Estudios críticos, por el mismo, un tomo encuadernado en tela.	20
Las Ilusiones del Doctor Faustino, por el mismo. .	20
Tentativas Dramáticas, por el mismo.	10
Pasarse de Listo (2.ª edicion), por el mismo.	10
Poesías, por el mismo, un tomo encuadernado.	14
Dafnis y Cloe, por el mismo, un tomo en 8.º	12
Nuevas poesías, 2.ª edicion, por J. Velarde.	12
La Velada, por el mismo . .	4
La Venganza, por el mismo .	4
Meditacion ante unas ruinas, por el mismo.	4
Fernando de Laredo, por el mismo.	4
Los Buenos y los Sábios, poema en cinco cantos, por don Ramon de Campoamor. .	8

EN PRENSA

Poesía y Arte de los Arabes en España y Sicilia, por D. Juan Valera.

La Srta. de la Cisniega, por J. Ortega Munilla.

El Amor y el Rio Piedra, poema por D. Ramon de Campoamor, con ilustraciones de P. Vega.

La navaja en la liga, novela por E. Blasco.

Leyendas del antiguo Oriente, por D. Juan Valera.

Hoy (2.ª parte de *Ayer*, *Hoy y Mañana*), por D. Antonio Flores.

Guia del Bañista en Archena.